

Cosmópolis



Ayuntamiento de Madrid
Madrid, febrero 1930

Precio, 1 pta.

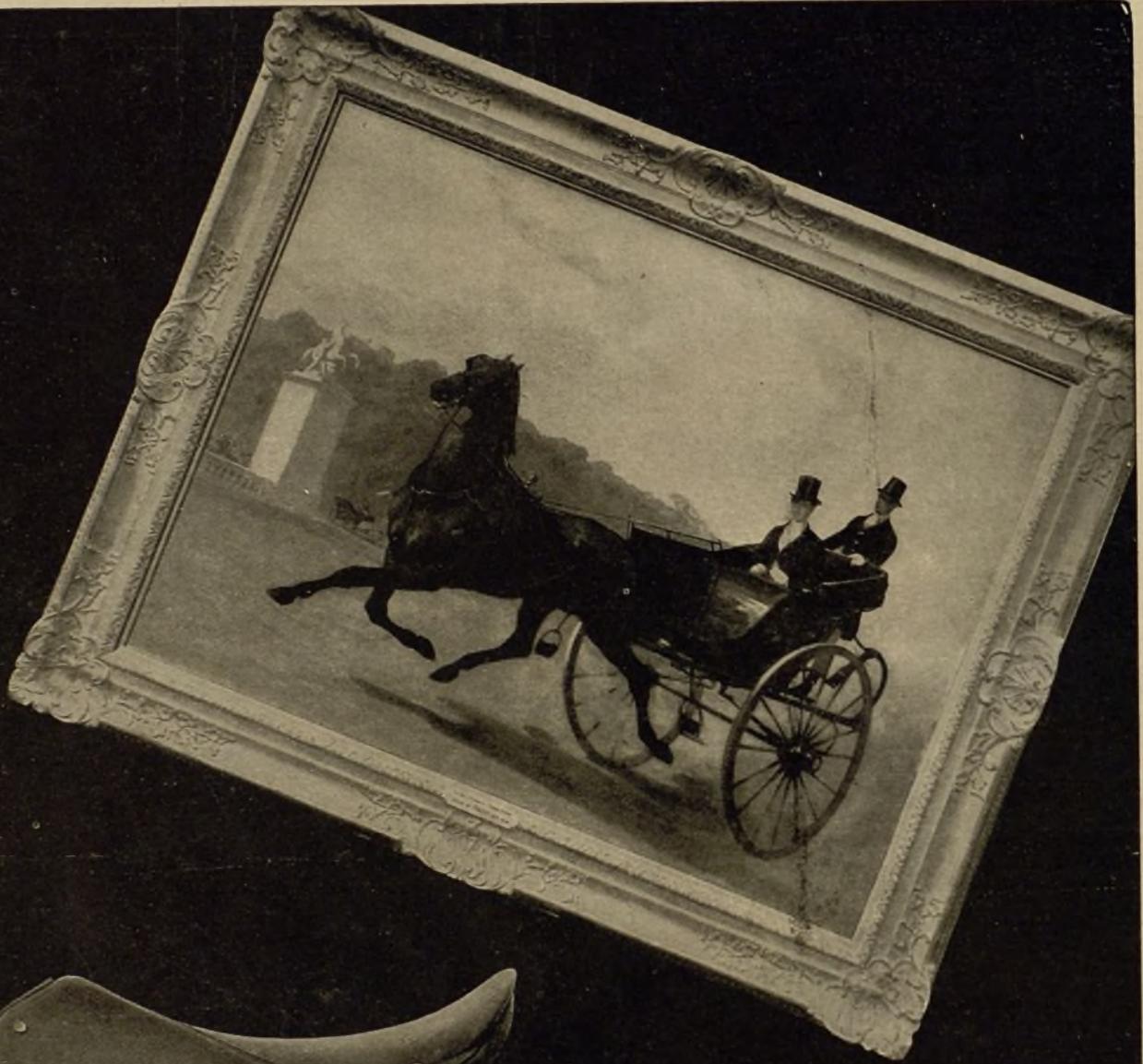
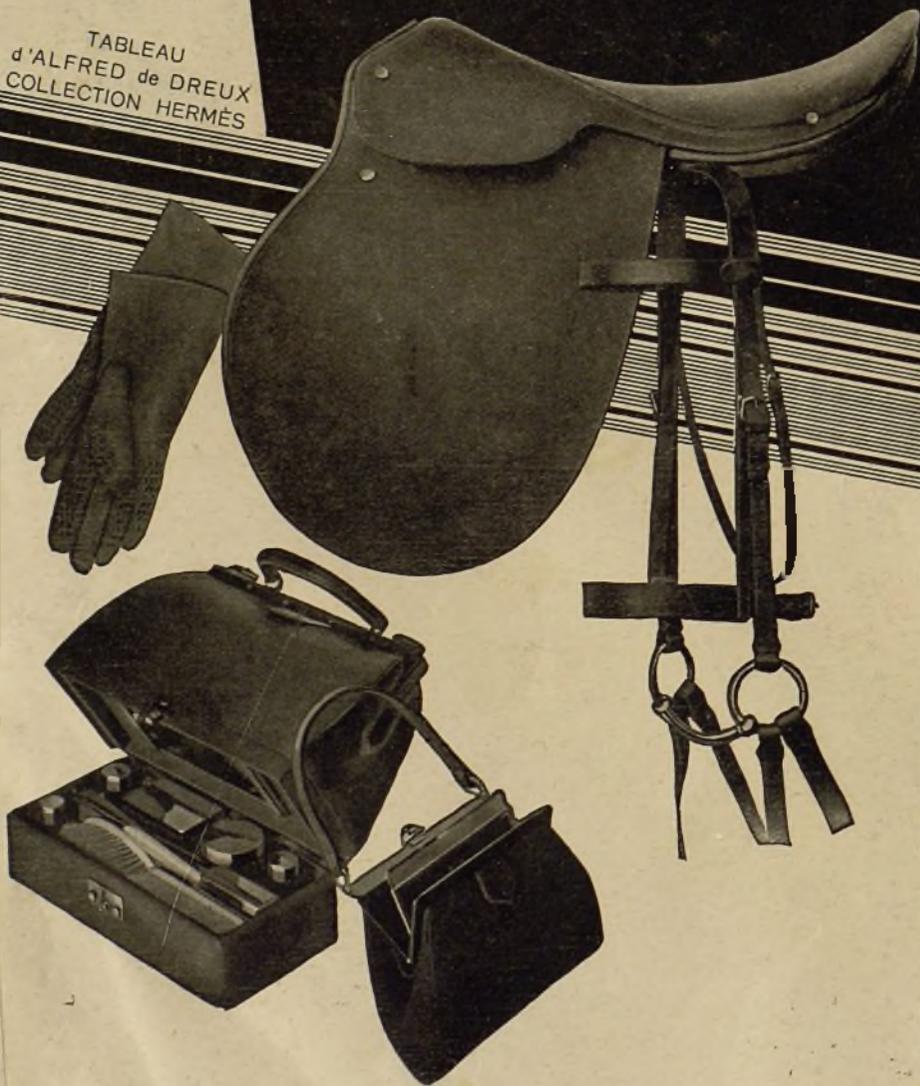


TABLEAU
d'ALFRED de DREUX
COLLECTION HERMÈS



DRAEGER

HERMÈS

SILLERO
24, FAUBOURG SAINT-HONORÉ
PARIS

CHANTILLY, ST-CYR
SAUMUR, BIARRITZ
CANNES, PAU



KELLY

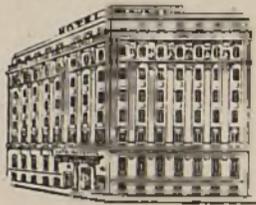
Representante general para España
C. DE SALAMANCA

Apartado de
Correos 935
MADRID



Ayuntamiento de Madrid

LOS MEJORES HOTELES DE ESPAÑA



SEVILLA
HOTEL MAJESTIC



HOTEL FLORIDA

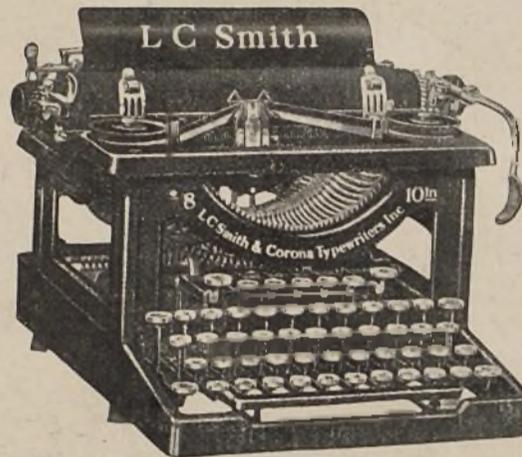


HOTEL SAVOY

MADRID

LA MAQUINA

L. C. SMITH



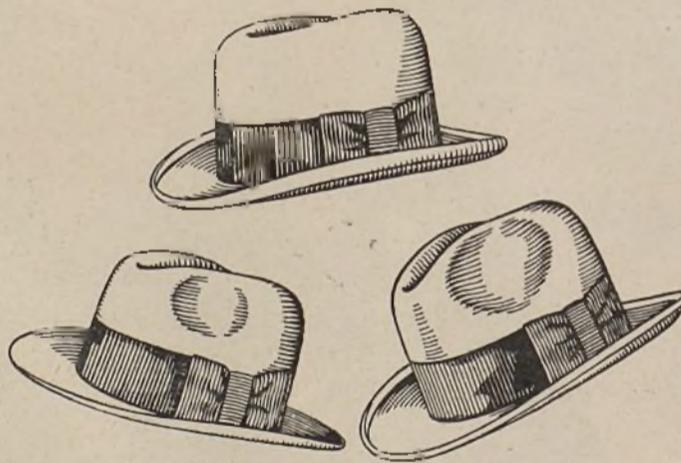
ARTICULADA SOBRE BOLAS DE ACERO, ES DE PULSACION SUAVE, RAPIDA, SILENCIOSA Y DE DURACION ILIMITADA - Moviendo el maudo de mayúsculas, el segmento soporte de las palancas, en vez de alzar el carro, no hay desnivelación posible.

Rudy Meyer

Montera, 28 - MADRID



Sombreros Stetson



REPRESENTANTE PARA ESPAÑA
LEOPOLDO ARIAS
Acera 2-VALLADOLID

A los lectores de Cosmópolis

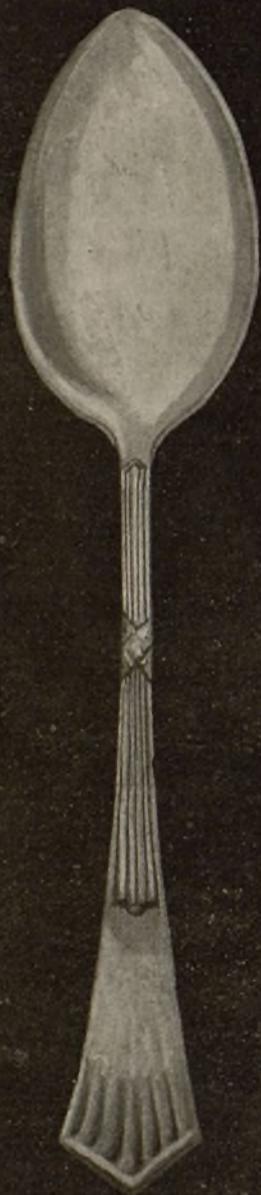
DEBEMOS a nuestros lectores una explícita justificación de la tardanza con que aparece este número de febrero.

COSMOPOLIS, que antes se editaba en los importantes talleres "Aldus", de Santander, a partir de este número ha encargado su edición a la poderosa "Compañía General de Artes Gráficas (S. A.)", establecida, con singular fortuna, en esta Corte.

Al acoplamiento de nuestras diversas secciones a la nueva Empresa, ha obedecido el retraso en la fecha de salida, que procuraremos adelantar en meses sucesivos, hasta conseguir la normalización oportuna, fiados en las eficaces actividades que distinguen a la "Compañía General de Artes Gráficas (S. A.)", cuyos esmerados trabajos en el arte de la tipografía colocan su nombre en la primera fila de las Empresas gráficas españolas.

PLATA MENESES

VIUDA É HIJOS DE EMILIO MENESES (S^{EN}C)
FÁBRICA NACIONAL DE ORFEBRERIA RELIGIOSA.
CUBIERTOS Y ORFEBRERIA GENERAL DE MESA



Nº 1820 CUCHARA Y TENEDOR MODELO CONCHA TAMAÑO MESA... PTAS 13,50

MARCA FABRICA



EXIJASE SIEMPRE

MARCA FABRICA



EXIJASE SIEMPRE

CASA FUNDADA EN 1840.
ÚNICO DESPACHO EN MADRID
PLAZA DE CANALEJAS Nº 4.
FÁBRICA, CALLES DE DON RAMON DE LA CRUZ
Y NÚÑEZ DE BALBOA
CASAS EN
BARCELONA, FERNANDO VII 19. SEVILLA, SIERPES 8.
BILBAO, BIDEBARRIETA, 12, Y VALENCIA, PAZ 5.
APARTADO DE CORREOS 186. MADRID.

Cosmópolis



Redacción y Administración:

Alcalá, 44 y 46 - MADRID

Teléfonos: 13546 y 19422 - Apartado de Correos 490

Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precios de suscripción:

España y América: un año 12 pesetas

un semestre 6 pesetas

Extranjero: un año 19 pesetas

SUMARIO

Portada de CLIMENT

A los lectores de COSMÓPOLIS.

LITERATURA

«Escenas junto a la muerte», novela corta original de BENJAMÍN JARNÉS, ilustraciones de CLIMENT.

«Mi perro», soneto original de CASILDA ANTÓN DEL OLMET, ilustrado por JANSEN.

«Divagaciones junto al mar. La franciscana desconocida», crónica original de CEFERINO R. AVECILLA, con una fotografía.

«El gran espejo del mundo», crónica original de ANTONIO ESPINA.

«Apuntes para una semblanza del histrión Luis Esteso», ensayo original de FRANCISCO AYALA, ilustrado con fotografías.

«Fantasmas del siglo XIX. Carlos VII, Rey en el deseo», crónica original de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, con fotografías.

«El pez socrático», ensayo literario original de ANTONIO BOTÍN POLANCO, dibujos de NAVARRO.

«Teoremas de lluvia», prosas de CARMEN CONDE, ilustradas por SANTA CRUZ.

«Un hombre recuerda su pasado», continuación de la novela de M. CONSTANTIN WEYER. Premio Goncourt 1928. Ilustraciones de PERALS.

«El despertador», cuento de miedo de GABRIEL GREINER, ilustraciones de DESMARVIL.

FEMENINA

«De la mañana a la noche. Una noche en Ciro's», crónica de modas, original de CLAUDE FRANCE, sección dirigida por la CONDESA de GRAMONT, redactora-jefe de *Fémína*, de París, ilustrada con dibujos y fotografías.

ARTE

«El vanguardismo en la pintura», crónica original de A. OLIVARES, ilustrada con fotografías.

«Arquitectura y decoración. Historia y Arte. El despacho de Godoy», crónica original de ANTONIO PRAST, ilustrada con fotografías.

Exposiciones artísticas en Madrid.

GRAN MUNDO

Cacería regia en Moratalla.

Bodas aristocráticas.

Retrato de la señorita de Tordesillas.

DEPORTES

Vida ciclista. Las grandes pruebas internacionales.

Los triciclos en París. Las marchas hípicas en Inglaterra y otras informaciones deportivas, por RIENZI, con ilustraciones fotográficas.

«Carreras de caballos. La próxima temporada», crónica original de R. C., con fotografías.

TEATRO

«Panorama teatral», crónica original de RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ, con fotografías.

«Mientras aquí triunfa el jazz...», crónica original de JOSÉ ROMERO CUESTA, con fotografías.

FINANZAS

«Eutrapelias financieras. Una interviú con Doña Peseta», crónica original de ANTONIO DE MIGUEL, con ilustraciones.

AGRICULTURA

«¡Gordas y dulces! Nuestra embajadora la naranja», crónica original de ANTONIO GARCÍA ROMERO, ilustrada con fotografías.

CINEMATOGRAFIA

Páginas cinematográficas: Se rueda *Sin novedad en el frente*, y otras informaciones del séptimo arte, por FERNANDO G. MANTILLA, con fotografías.

TURISMO

Sitios reales de España. Palacio de Poblet. (Texto y fotografías facilitadas por el P. N. T.)

EXTRANJERO

«Carta de París», original de ISAAC ROCHE, con fotografías.

ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido su trabajo y... (correspondencia de la sección).

«La catedral», poesía original de MARÍA DOLORES BAS BONALD, dibujo de VIRGILIO.

«Espuma», cuento original de M. HIGUERAS CÁTEDRA, dibujo de TAULER.

«A veces si les hablo no me entienden...», poesía original de CARLOS SARCE, ilustrado por SERVANDO DEL PILAR.

«Jimo», cuento original de FRANCISCO PALAZÓN, ilustrado por OLIVAS.

INFANTIL

«El palacio de la felicidad», cuento original de JOSÉ M.ª DÍAZ LÓPEZ, ilustrado por SERNY.

Muñecos de tijera y sección recreativa, por SERNY.

PASATIEMPOS

Sección criptográfica, por FRAMARCÓN.

Extracto del contenido del presente número, en tres idiomas

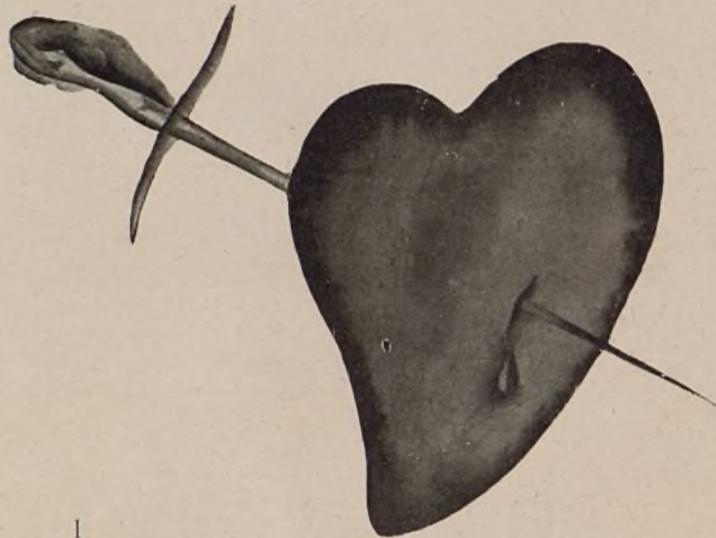
The literary skill, so full of modern humour by the distinguished writer Benjamín Jarnés, again triumphs with the beautiful short-story "Escenas junto a la muerte"... page	10	Die literarische Geschicklichkeit des bekannten Schriftstellers Benjamín Jarnés, die stets mit neuen humoristischen Ideen durchsetzt ist, triumphiert von neuem in jener einzigartigen Novelle, "Szenen angesichts des Todes" genannt..... Seite	10	L'agilité littéraire, si pleine des nouveautés humoristiques de l'écrivain distingué Benjamín Jarnés, triomphe à nouveau dans cette charmante nouvelle qui se nomme "Escenas junto a la muerte"..... page	10
Upon the daring modern technic of modern paintings, painter Olivares gives his restless theories..... page	15	Über die gewagte Technik der modernen Malerei gibt uns seine Theorien der unruhige Geist des Malers Olivares..... Seite	15	Le peintre Olivares lance ses théories sur la technique hardie de la peinture moderne. page	15
The ladies Page is beautified by the interesting chronicle of the latest models put forth by the best modists in Paris..... page	18	Der Teil für unsere weiblichen Leserinnen wird gekrönt von einer Beschreibung der letzten in Paris lanzierten Modelle der bekanntesten Modehäuser..... Seite	18	La section féminine s'embellit d'une intéressante chronique qui recueille les modèles dernièrement parus à Paris par les tailleurs les plus renommés..... page	18
Society Page gives remarkable news about the Smart Set..... page	31	Die Abteilung "Aus den Gesellschaftskreisen" bringt interessante Berichte der eleganten Gesellschaft..... Seite	31	La section Grand Monde publie les nouvelles les plus en saillies de la société elegante..... page	31
The always noble prose of Ceferino R. Avecilla shows us his best, in his chronicle, called "Divagaciones frente al mar". page	42	Die immer vornehme Prosa von Ceferino R. Avecilla zeitigt ihre besten Früchte in einer Chronik, die er "Betrachtungen angesichts des Meeres" benannt hat..... Seite	42	La noble prose de Ceferino R. Avecilla montre ses meilleures gala dans cette chronique nommé "Divagaciones frente al mar"..... page	42
The juvenile dynamism of Antonio Espina offers us a proof of his genius in the article about journalism which he gives the name of "El gran Espejo del mundo". page	43	Der jugendliche Dynamismus von Antonio Espina bietet uns das Beste seines Geistes in einem Sketch über das Zeitungswesen mit dem Titel "Der grosse Weltspiegel" Seite	43	Le jeune dynamisme d'Antonio Espina nous offre les beautés de son génie dans cet essai sur le periodisme qu'il a dénommé "El gran espejo del mundo"..... page	43
The originality of the young author Francisco Ayala, graceful literary motive are found, in the already vanished figure of the great historian Don Luis Esteso..... page	45	Die Originalität des jungen Schriftstellers Francisco Ayala findet anregende literarische Motive in der schon dem Vergessen anheimgefallenen historischen Gestalt des sympathischen Don Luis Esteso..... Seite	45	Francisco Ayala a trouvé de subtiles motifs littéraires dans la personne disparue de l'historion sympathique Luis Esteso..... page	45
Rienzi, is able to give us the most remarkable happenings in the Sporting World. page	46	Rienzi weiss die hauptsächlichen Erfolge auf sportlichem Gebiet in der Welt hervorzuheben..... Seite	46	Rienzi a su faire remarquer les événements du monde sportif dans la..... page	46
On the screen of the cinematographic pages, Fernando G. Mantilla discloses interesting facts about the seventh art..... page	57	Auf der Leinwand der Filmneugkeiten entrollt uns Fernando G. Mantilla ein interessantes Bild von Nachrichten aus dem Reiche der Siebenten Kunst..... Seite	57	Fernando G. Mantilla développe une intéressante information du septième art dans la section cinematographique..... page	57
Antonio Prast finds in his chronicle "Arquitectura y Decoración" very interesting news upon art and history in regards to the study of the favourite Godoy..... page	63	Antonio Prast bringt in seiner Chronik über "Architektur und Dekoration" kuriose Berichte über Kunst und Geschichte, die mit dem Arbeitszimmer des Favorien Godoy zusammenhängen..... Seite	63	Antonio Prast recueille dans sa chronique sur "Arquitectura y Decoración" de très curieuses nouvelles d'art et d'histoire mises en rapport avec la pièce bureau du favori Godoy..... page	63
Theatrical activities are given in Rafael Lainez Alcalá's chronicle and has many interesting items about theater life..... page	67	Theaterneugigkeiten betitelt sich der Bericht, in dem Rafael Lainez Alcalá eine Anzahl interessanter Nachrichten aus dem Madrider Theaterleben herausgreift..... Seite	67	Actualités théatrales est la chronique dans laquelle Rafael Lainez Alcalá recueille plusieurs sujets d'intérêt de la vie du théâtre de Madrid..... page	67
The distinguished critic Melchor Fernández Almagro, brings forth the figure of Charles VII, the would be King, taken from Count Rodezno last book..... page	70	Der bekannte Kritiker Melchor Fernández Almagro, lässt die Gestalt Karls des Siebenten, des Königs der Begierde erstehen, nach den Aufzeichnungen im letzten Buche des Grafen von Rodezno..... Seite	70	Melchor Fernández Almagro, illustre critique, évoque la personne de Carlos VII, Roi dans le désir, arraché du dernier livre du Comte de Rodezno..... page	70
"El pez socrático" is the skillful literary work due to the juicy pen of the witty writer Botín Polanco..... page	75	"Der sokratische Fisch" ist ein genialer literarischer Versuch, den wir der anschaulichen Feder des befähigten Schriftstellers Botín Polanco verdanken..... Seite	75	Un essai littéraire plein du talent est "El pez socrático" dû à la plume de mérite de l'écrivain Botín Polanco..... page	75
"Nuestra embajadora la naranja" is the title of the beautiful chronicle Antonio García Romero shows us his great skill. page	77	"Frau Gesandtschaftlerin Apfelsine" betitelt sich die nette Chronik, die uns Antonio García Romero mit seiner üblichen Meisterlichkeit darbietet..... Seite	77	Antonio García Romero nous offre avec sa main de maître une belle chronique dans la..... page	77
Antonio de Miguel offers us a clever lesson with his financial chronicle, titled "Una entrevista con Doña Peseta"..... page	79	Antonio de Miguel bietet uns eine fesselnde Lektion über Finanzen in der interessanten Chronik: "Ein Interview mit Frau Peseta"..... Seite	79	Une utile leçon de finances nous offre Antonio de Miguel, dans sa chronique intéressante titrée: "Una entrevista con Doña Peseta"..... page	79
The Paris-Letter, due to the elegant pen of our colaborater Issac Roche the most outstanding features and happenings of the City of light are given..... page	81	Der "Brief aus Paris" lässt vor unseren Augen die interessantesten Ereignisse in der Lichtstadt entrollen..... Seite	81	La "Carta de París", due à l'élégante plume de notre colaborateur Isaac Roche, fait un défilé dans ses pages des événements qui ont eu lieu dans la Ville Lumière... page	81
We offer a new Tourist Station with the Palace of Poblet, which is given in the chronicle..... page	86	Ein neuer Anziehungspunkt für den Tourismus ist der Poblotsche Palast, worüber auf..... Seite	86	On offre une nouvelle étape de tourisme dans le Palais de Poblet; voyez la chronique publiée à la..... page	86
The interesting novel by M. Constantino Weyer continues with the publication of "Un hombre recuerda su pasado"..... page	89	Es dauert an die Veröffentlichung des interessanten Romans, Original von M. Constantino Weyer, tituliert "Ein Mann gedenkt seiner Vergangenheit"..... Seite	89	Nous continuons la publication du roman intéressant "Un homme se penche sur son passé", original de M. Constantino Weyer..... page	89
The children's story is due to Jose Díaz López's beautiful inspiration called "El palacio de la felicidad" and illustrated by Serny's restless pencil..... page	93	Kostbar ist die Kindererzählung, die wir der Inspiration von José Díaz López verdanken mit dem Titel "Der Palast des Glücks", illustriert von dem unruhigen Bleistift des genialen Serny..... Seite	93	Le conte pour enfants dû à l'inspiration de José M. Díaz López est charmant, il est nommé: "El palacio de la felicidad" avec des desseins de l'ingénieur Serny... page	93
We still keep on publishing the pages in which the new and juvenile writers put forth their talents..... page	94	Es folgt die Fortsetzung der jugendlichen Proben ihrer Kunst, die uns die kommenden Schriftsteller au Grund des Aufrufes unserer Zeitschrift einsenden..... Seite	94	Nous continuons la publication des échantillons juveniles, avec lesquels les écrivains nouveaux correspondent à l'appel de notre Revue..... page	94
And as usual Framarcon continues delighting his admirers with his wonderful cryptographic section..... page	97	Und wie üblich erfreut Framarcon unsere Leser in der Rätselcke..... Seite	97	Et comme d'habitude Framarcon continue de faire les délices de ses amis dans la section cryptographique..... page	97



Orgullosa del atavio españolísimo que luce, la eminente bailarina norteamericana Doris Niles sonríe complacida, desde este retrato, al elogio de sus muchos admiradores.

Estrenas junto a la muerte

Benjamín Jarnés



Ilustraciones de Climent.



DE pronto el corazón, mi roja víscera olvidada durante muchos años, quiere cambiar de postura: busca dentro de mí un nuevo emplazamiento. Tengo que llevarme a él las manos, apartar la atención del libro, levantarme, sentarme de nuevo, ensayar posturas dramáticas a lo Bertini... Debía soltar la carcajada ante mi propio gesto, pero el dolor es terrible: borra en mí todo sentido del ridículo; desaparecen de mí todos los matices eruditos, sociales... Soy una pobre bestia herida. De todo mi desdén hacia la carne, de toda mi petulancia libresca, ¿qué me queda? Ahora mi único libro es un espejo.

Me ahogo. Abro la ventana. Estoy muy solo en medio de este poco de aire confinado. Quisiera complicar en mi ataque a todas las estrellas, a todos los hombres; gritar mi agonía; pero arriba y abajo todo queda indiferente. Esta ventana de rascacielos hace perder a los hombres que pululan allá abajo todas sus individuales dimensiones. Todos están nivelados, sin gesto, sin garbo original, con la misma edad, con la misma cantidad de materia: son unos entes diminutos que van de aquí para allá, peones de ajedrez que se deslizan por las cuadrículas urbanas, con trayectorias paralelas, oblicuas, diagonales. La ciudad volcó sobre el tablero millares de estas figurillas articuladas que sólo se diferencian en la prisa, que se filtran por los zaguanes, entre los árboles despavoridos por el viento. Un muestrario de acentos, de relieves, por donde ha pasado el ácido corrosivo de la distancia, capaz de borrar, de aniquilar todo matiz. Estos puntitos negros y aquellos otros de luz sólo podrían ser reconocidos por su ruta.

Abajo se produce un remolino, algún choque brutal entre las figurillas. Van formando enjambre. Acude un casco, dos tricornos. El enjambre fija exactamente su eje de atención, se abre una menuda pista. Se espesa el anillo, hierve; unas manos logran precisar su blancura... En el ruedo, algunas figurillas desarrollan su argumento dramático, del que no se percibe el jadeo, del que sólo me llegan algunos ademanes. El círculo, el segmento circular adquiere plenamente su calidad de coro. Pero el drama lo corta en pedazos, lo dispersa otra vez por la cuadrícula. Un drama geométrico, mudo, rapidísimo, que dentro de poco, convertido en prosa legal, circulará por este paisaje intermedio, por esta red nerviosa ciudadana tendida entre la calle y mi ventana... ¡Si yo pudiera también hacer correr por toda la ciudad mi tragedia! ¡Que hiciese tem-

blar todo el innumerable tejido eléctrico; y vibrar en todos esos juguetes que almacenan—un poco broncas—las voces queridas; y prenderse en todos los pechos que ahora, desnudos, aguardan el dulce peso de otro varonil que no acaba de llegar! ¡Si mi angustia pudiera, como ese choque geométrico de ahí abajo, recorrer algunos kilómetros hasta sacudir los nervios de Ruth, de Carlota, de Isabel, de Susana!

Me ahogo, me muero. Ésta no es la falsa, es la verdadera angina de pecho. Isabel me engañaba. El dolor es más violento que nunca. Irradia, se extiende por el hombro, por la espalda... Vuelvo al espejo. Aquí estoy fijo en este espejo que implacablemente va señalando los grados de mi miedo. El pulso se acelera... Es inútil, es inútil que haya abandonado las toxinas del café; es inútil haberme sometido a un escrupuloso ascetismo. El dolor me aplasta brutalmente, me hace adoptar de nuevo los gestos ampulosos de un tenor en fin de romanza. Este desdeñado corazón quiere brincar hacia otro pecho.

Tendré que salir a buscar un calmante. No quiero despertar a mis compañeros de pensión, ni a la muchacha, ni al dueño: me mirarían espantados, con el temor de verme convertido en un espectro. ¡Un hombre que irrumpe trágicamente en el sueño de unos seres indiferentes! Si alguien no me desdeña, a pesar de mis necios logaritmos, está muy lejos de aquí. Saldré a la calle, iré a una farmacia, a una Casa de socorro, a algún café. Porque el dolor no cede. Parece que voy a entonar definitivamente mi adiós a la vida.

En silencio voy deslizándome hacia la calle. ¡Morir allá arriba, desde donde sólo se ve de los hombres sus heladas trayectorias, sus choques, sus enjambres monótonos, como se ven las monótonas estrellas! ¡Morir, al menos, en un lugar público donde gentes desconocidas me rodeen, donde pueda yo asirme—náufrago total—a la fugaz mirada de un espíritu; donde las gentes recobren su color y su relieve; donde sean algo más que geometría! Porque, en la pensión, mis ataques sólo son un tema científico. Mi corazón es un jinete loco que, de pronto, pierde los estribos.

—¡Histeria, sólo historia!—me dice un camarada. Y comienza a hojear a Parry, a consultar a Romberg, a Troube. Yo sólo soy un problema técnico.

—¡Una dilatación ventricular! ¡No tiene importancia! —dice Juan—. Toma diuretina.

—¡Hiperestesia del plexo cardíaco!—añade Pedro.

—¡Oclusión de las arterias coronarias!—
concluye, enfáticamente, Diego.

—¡Me muero, me muero!—repito yo.
mientras los demás cierran sus libros, contoneándose envanecidos de su
ciencia. Por eso no quiero, no quiero decirles nada. En vez de traerme
un calmante, me encontrarían una definición.

II

La calle está desnuda. La luz de los faroles, la barroca electricidad de
un cinema, de un bar, va agrupando las sombras, ahuyentándolas hacia
las calles negras, transversales, donde también se alojan—movedizas, ser-
pentinas—algunas otras sombras más compactas: rateros, meretrices.
Aun quedan portales entreabiertos: alguna farmacia, algún prostíbulo.
Y los lujosos vestibulos de los teatros, y los mezquinos de las Casas de
socorro. La vida se simplifica ahora hasta el punto de no ofrecer más que
dos de sus caras. Aquí se ríe; allí se llora. Aquí se vive; allí se muere.

Dentro de mí todo está resquebrajado. Mis manos contienen el vuelo

escenas junto a la muerte

del corazón, de este corazón que tan bru-
talmente da hoy fe de su presencia. Mi pe-
cho, mis manos, son su doble y frágil muro
a punto de ser desmoronado. De pronto, esta máquina de sentir, en
donde yo había escamoteado su primer motor, de la que yo había exal-
tado su movediza superficie, sus caprichosas antenas receptoras, se ami-
lana, se acoquina ante un brusco trallazo del tirano dormido. ¡Corazón, feo
manantial de vida, con qué crueldad quieres vengarte! Quise repudiarte;
quise brincar del turbio deseo a la clara idea sin pasar por tus dominios,
y ahora, con una sacudida titánica, anulas todo imperio que no sea tu
imperio. Proclamas tu triunfo soberano; te ríes de la presumida inteli-
gencia y del deseo oscuro; los fundes en tu inexorable caudal, cogidos
de las greñas, como rebeldes cachorros.

¡Corazón, informe renovador de energías, cómo saltas desde ese már-
mol de clínica, donde aprendí a menospreciarte, a ocupar el foco de toda
mi vital máquina ambulante! ¡Cómo todo dentro de mí se acurruca des-
pavorido, esperando que cese tu cólera, tu desquite!

—Una puñalada..., ¿verdad?

Se me acerca misteriosamente. Es una de las sombras rechazada por
la luz del cinema. Una muchacha
de ojos profundos donde aun
cabe el melodrama.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Aquí.

Mis manos abiertas sobre el
pecho; mis ojos asombrados sobre
la meretriz.

—¡Yo te acompaño, yo!

Se sitúa rápidamente en la es-
cena, en una escena que supone
cruenta, silenciosa, iniciada en un
zaguán, bajo el patético resplan-
dor de una carne de mujer codi-
ciada por dos.

—Por una mujer, ¿verdad?

Quiere abrazarme, teñirse con
mi sangre, recibir en sus brazos
al héroe caído en esta hipotética
batalla pasional; desgarrar su tra-
jeillo crema para maldecir, para
blasfemar. Quiere incrustarse en
la acción, ser su personaje episó-
dico más saliente. Gritar ante el
juez:

—¡El amor, el amor! ¡Vea usía
las bromas que gasta el corazón!
¡Vea un castizo que sabe dar y
recibir puñaladas porque le sale
de muy hondo!

Aparta mis manos; busca el ca-
liente olor de la sangre; acerca
sus ojos, su boca, para embriagar-
se de tragedia.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—¡Me muero!

—Apóyate en mí.

Esta escena no puede prolongar-
se. Debo destruir este falso
melodrama, apartar de mí este
imprevisto personaje de folletín,
que me cree un héroe vencido.
Sin retirar las manos, fingiendo
una sardónica sonrisa, derribo to-
do el escenario:

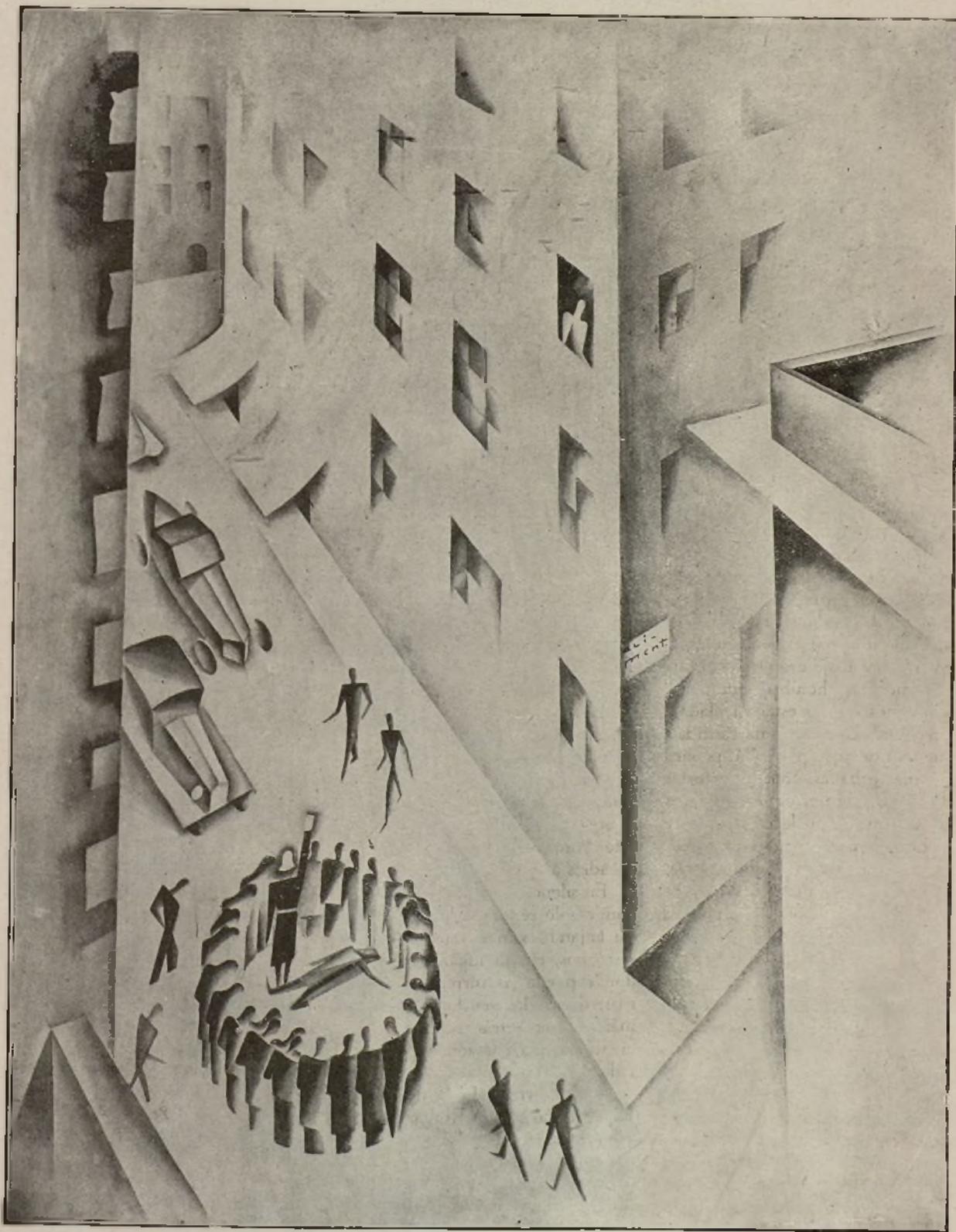
—No es una puñalada. Es un
ataque.

Mi sonrisa de níquel es contes-
tada con un gesto de olímpico
desdén.

—¡Idiota!

¡Un enfermo donde cree hallar
un asesinado! Me vuelve la espal-
da, silbando; me abandona.

—Pero oye... ¡Es que me
muero!



—¡Anda ya, pelmazo! ¡Te vas a reír de tu madre!

Y allí me deja, en medio de la calle, encorvado sobre mi mismo corazón, humillado, roto. ¡No soy pasional, soy un neurótico! La muchacha conoce el valor de la sangre y del ímpetu. Sabe clasificar bien a los noctámbulos. Su desprecio es inapetible. Desaparece.

Y el dolor arrecia. Corro desesperadamente a una farmacia; caigo derrumbado en una silla.

—¿Qué desea?

—¡Me muero!

El farmacéutico me contempla, receloso. Acaso teme una broma.

—¿Qué le pasa?

Sigue empaquetando sus pastillas. No se inmuta.

—Aquí... Un dolor espantoso.

—Eso no es nada.

¡Nada! ¡Y tuve que abandonar mi cuestionario de oposiciones, la esperanza en un próximo reposo económico, mis teoremas, mis textos, por venir a buscar un poco de valeriana, un sinapismo, éter, un poco de fe en la continuación de mi vida!

—¡Me muero, señor! ¡Deme alguna cosa!

No me escucha. Vuelve a su faena sin darse cuenta de que junto a él se afila una guadaña... Le increpo.

—¡Deme alguna cosa!

—¡Váyase a la Casa de socorro!

—¡Es que no puedo!

—Tampo yo puedo servirle nada sin receta.

Quisiera aniquilarle con un insulto, con una mirada furibunda. Pero una nueva punzada destruye en mí todo propósito de venganza. Soy un esclavo de mi propio corazón, que ahora exige un diagnóstico, no un insulto.

Reanudo mi peregrinación a lo largo de la calle, donde el cinema se ha apagado y han crecido fugazmente los transeúntes. Algunos me contemplan guiñándose el ojo. Sí, sí. Me toman por un ebrio. Esta noche soy todas las cosas, menos un pobre enfermo.

lli

Oigo un parlamento dramático, salpicado de dudosas interjecciones. Al volver una esquina veo un hombre contemplando un cartel de toros. El parlamento es de Echegaray, y trata del honor, de un honor ahora pregonado por un hombre en equilibrio inestable. Su centro de gravedad se le ha subido de la pelvis a la cabeza. Se dirigía a un público pintado en el muro; pero, al llegar yo, desdeña aquella silenciosa muchedumbre y me dedica a mí su parlamento. Se apodera de mi brazo izquierdo y me invita a beber.

—¡Déjeme; estoy enfermo.

No me suelta; se le enredan los pies en los míos; estamos a punto de rodar los dos.

—¡Va usted bueno, amigo!

—me dice, riendo estúpida-mente.

Protesto; me desprendo de él. Huyo de su contacto pegajoso, y me lanzo de nuevo en dirección de la Casa de socorro, que parece también huir de mí.

Aumenta mi congoja. La ciudad se ha lanzado a bailar al corro alrededor de mi tortura. Una ciudad muerta: cegadas sus ventanas; hostiles sus umbrales. En una esquina solitaria me detengo a tomar aliento. Puedo prorrumper en quejidos, en blasfemias, en apóstrofes: nadie me escucha. Ni aun el hombre del ombligo luminoso, que siempre se conserva a la distancia del oído irresponsable.

No puedo andar. Me acomete un hipo doloroso. Un prelude de vómito. De nuevo en busca de un hombre que desmienta mi terror: recorro la ciudad como un fantasma en busca de otro.

Ahora mi sombra se cuaja, se solidifica; va perdiendo su contacto con mis pies; retrocede unos pasos; vuelve a acercarse a mí. Ignoro de qué zaguán diabólico habrá robado ese cuerpo tan torvo, ese andar que no es el mío. No puede ser la propia tortura que me acosa,

escenas junto a la muerte

porque la llevo aquí bien oculta bajo mi manos; no puede ser un espectro creado por mi efervescente imaginación, porque dentro de mí sólo hay en estas horas un pobre trozo de carne estremecida.

La sombra se me acerca. Yo, infeliz moribundo ambulante, que corro hacia un médico sin hallarlo nunca; yo, hecho un guiñapo dolorido, oscilante como un ebrio, totalmente desmoronado, ¿cómo podré resistir la acometida de esta sombra que, sin duda, va acechando en mí una supuesta embriaguez incapaz de reacción peligrosa alguna? ¿Me cree un alcohólico indefenso? ¿Un truhán que acaba de apoderarse de alguna pingüe cartera? Precipito el paso. Procuro corregir en lo posible mi

equivoca sinuosidad. Acentúo el ademán más dolorido de mis manos. ¿Cómo decir a esta sombra que esta noche nada hay en mí cotizable? ¿Que sólo mi corazón es mi tesoro, y en éste se ha iniciado una desoladora herrumbre?

No me comprendería. Ahora acorta la distancia. Dos pasos más, y su brazo rozará el mío. Tengo que disponerme a una lamentable defensiva. Recuerdo precipitadamente mis parcas nociones de boxeo. Reavivo la memoria de aquella inexperta bofetada que puso en peligro el rostro apacible de mi amigo, de aquel puñetazo en el estómago que dió fin a alguna de mis peleas infantiles... ¿Utilizaré la noble estrategia, o improvisaré, aun con peligro de efusiones de sangre?

¡El enemigo está aquí! Es preciso decidirse. Este miserable corazón que tantas veces se inhibió en escaramuzas de amor, ¿acudirá hoy a darme alientos en tal emboscada?

No vuelvo la cabeza. Abandono mi propio pecho; dejo vagar mis manos; me yergo; adopto un dinamismo indiferente; silbo, abrevio el paso... Me muero de terror, pero quiero que mi superficie externa finja una olímpica serenidad. En vano mi corazón da gritos pidiendo el abrigo de mis manos; en vano mis pies se rebelan contra el despotismo de la razón: ellos querrían volar hacia un sereno, ¡pobres pies, tan poco acostumbrados a ponerse en guardia!

La sombra avanza paralela a mí. Yo también avanzo entre ella y la pared. Tres pasos... Ha llegado el momento. La Casa de socorro está a la vuelta de una aún lejana esquina. Hay tiempo para que estalle el conflicto, para un atraco alevoso, para una absurda improvisación mía.

Diez pasos más, paralelo a una sombra, de la que puedo ver—de reojo—el perfil. No ladeo la cabeza. Estoy temblando. Si ahora resbalo, si ahora tropiezo con un cañamón, soy hombre perdido. De entre mis recuerdos extraigo una sólida estampa de fanfarrón, y, mal o bien, la reproduzco. Me engallo, crezco, soy un gigante; mis brazos son aspas de molino; una bofetada mía provocaría un desorden facial en mi empedernida sombra.

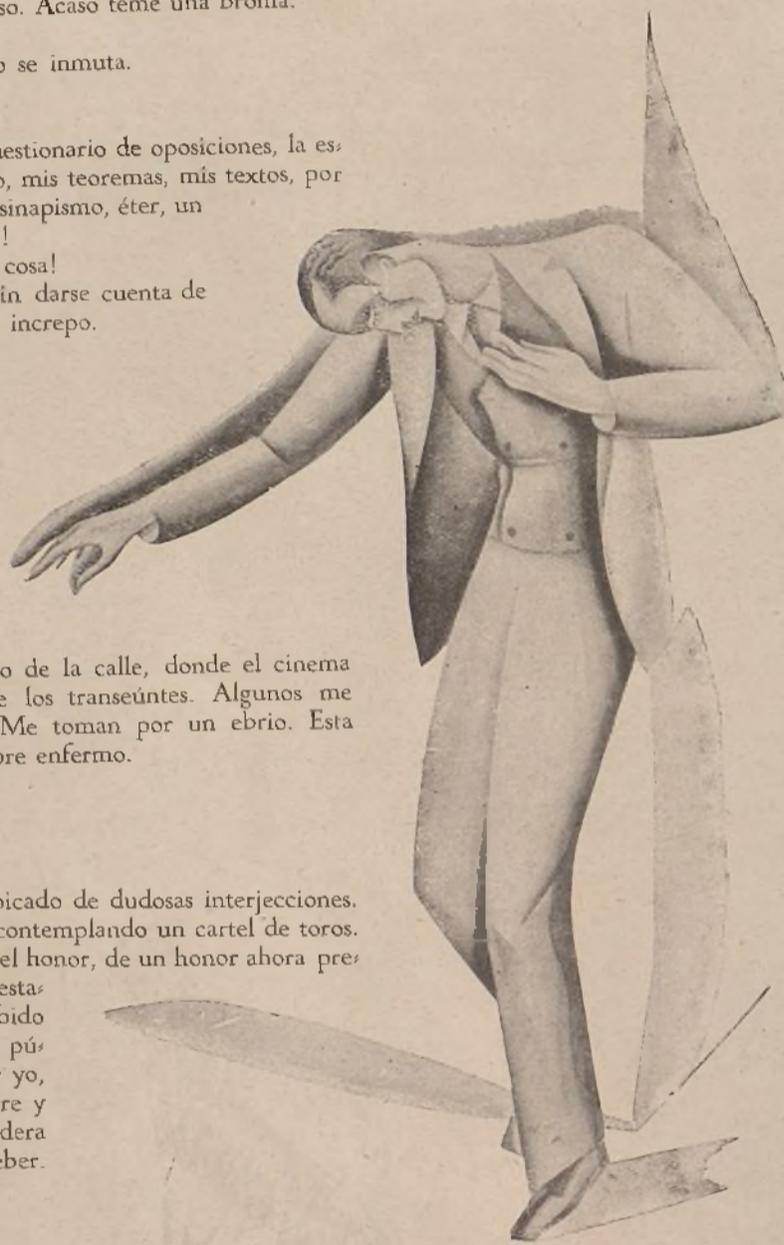
Que, al fin, inicia un sabio ataque. Sabiduría, es decir, debilidad. Desplegar las reservas de astucia es señal de haber quedado inservible la vanguardia.

—¿Me da usted un pitillo?

La sombra me pide un pitillo, ¡ella que buscaba mi cartera, quizá mi vida!

—Tome.

La Casa de socorro, ¿está cerca? ¿Está lejos? Mi corazón da los últimos saltos; mis manos vuelven a detenerlo, todo el cuerpo se relaja, se ovilla alrededor de su agonía. ¿Para qué haberla prolongado unos minutos?





Por fin, desesperadamente, logro detener un coche loco. Me liberto de mi sombra. O la enrosco y la arrojo bajo el asiento, como un guñapo. Cierro los ojos, no quiero ver sus últimos gestos de aprendiz de ratero.

—A la Casa de socorro.

El coche avanza más despacio, se detiene al fin ante un zaguán iluminado.

IV

¿A qué venir aquí, con esta leve carga de un corazón revoltoso, impaciente por evadirse de su caja? ¿A qué venir aquí, a esta clínica implacable donde una pierna tronchada, donde un hombre partido en dos, donde una deliciosa mujer acuchillada no provoca la menor inquietud? Mi pobre corazón será aquí recibido con el máximo desdén. Un ataque, recrudescido por mi impaciencia, será aquí examinado con ojos de acero, con incisivos y metálicos ojos; acaso con palabras hostiles.

Pero mi pobre corazón, que nunca aprendió a latir líricamente, hoy, de improviso, ha emprendido un galope desconocido por todos los enamorados del mundo. ¿Qué sinapismos, qué ventosas, qué valeriana, qué hierbas y reactivos lograrán detenerlo? ¿Habrá que someterlo a esos terribles productos de nombre falsamente musical, nitrato de amilo, tetra-nitrol, trinitrina?

¡Justo castigo a tanta inhibición, corazón mío! Desde hoy, toda mi vida estará pendiente de tus menudos caprichos, de tus coquetuerías. Tú, a quien ninguna pasión de las volcánicas supo hacer cambiar de postura, recogerás desde ahora las menores oscilaciones del barómetro. Los médicos más hurafios se inclinarán para auscultarte, a ti, que desdeñabas la caricia de un verso cuando rondaba tus cercanías, la flecha de una mirada cuando quería tomarte por blanco. ¡Corazón, corazón fracasado! La química está preparándote sus frascos, ya que no quisiste vibrar ante los bosques y las nubes y las hadas.

Espere usted ahí.

Mi pobre corazón tendrá que aguardar aquí largo tiempo, mientras curan a ese mozo apuñalado por defender a una amante de las iras del marido. Tendrá que aguardar el advenimiento al mundo de un rapaz que había resuelto nacer en la piadosa escalinata de un templo. El amor, en sus dos fases más patéticas, se me ha adelantado. ¡Anónimo corazón inquieto, humíllate ante ese pecho ensangrentado por una navaja, ante ese fecundo vientre que añade un individuo al mundo! He aquí el amor verdadero, el que deja huellas en la carne, el que la rompe y la destruye, el que la multiplica y reflorece en el curso de los tiempos. He aquí la vida turbulenta, sabrosa, rezumante.

Pero mi tortura no cesa. Acudo a un practicante:

—¡Señor, me muero!

—Espere usted ahí.

Tendré que seguir oyendo los gritos de la madre, los menudos chillidos del rapaz, las maldiciones del asesinado, la charla interminable de dos guardias. Mi vida sin sentido, nutrida de un poco de viento de biblioteca, se ovilla cada vez más ante los dos espectáculos paralelos que me ofrece la pista de la noche. He ahí dos epílogos dramáticos de otras tantas vidas entregadas a la aventura. ¿Cómo acudir yo con mi vida sin relieve, con mi inquieto corazón inhábil para desarrollar momentos trágicos,

escenas junto a la muerte

cos, a sufrir un examen de inquietud ante los ojos helados del médico de guardia?

—Entre.

¡Por fin! En otro departamento, la monotonía de una voz:

—¿Nombre?

—¡Señor, le aseguro a usted que me muero!

—¿Edad?

—¡No puedo más!

—¿Naturaleza?

—¡No puedo respirar!

—¿Domicilio?

—Unamuno, 15.

—Tiene usted que ir al paseo de los Cisnes, 20. Este no es su distrito.

—¡Que me muero, señor!

No me escucha. Comienza a leer un periódico, indiferente. Salgo dando traspiés, entre las risas de los guardias que subrayan mi paso diciendo:

—¡Va bueno!

—¡Hecho una cuba!

Y el coche me conduce al paseo de los Cisnes. Me acurruco en el asiento, abrumado, inerte. Mi corazón comienza a sentirse aniquilado. Sus sacudidas son más débiles. Parece querer renunciar a dar fe de su presencia.

Veo desfilar—por la ventanilla—una larga procesión de chimeneas sin penacho, de fragmentos de cielo sin una nube, de largos muros sin sombras. La noche se evapora en la gran caldera de la ciudad, el humo se va prendiendo arriba, en las redes telefónicas, hasta que los pájaros, a picotazos, lo desgarran. Un fresco temblor prende en la avenida: el de las estrellas que se despiden disparando bombones de hielo. Ha cesado el viento de tormenta de media noche, y en medio de un gran silencio helado se abren las puertas del día.

—¡Me muero!

Repito estas palabras como una pobre letanía sin sentido. Mis manos siguen abarcando el pecho, ya dormido, reposado, cronométrico. La escena ha perdido su intensidad, pero las manos y la boca persisten en seguir representando sus papeles. Alternativamente, se van asomando por una y otra ventanilla, Ruth, Carlota, Susana, Isabel... Me saludan, me sonríen, me felicitan por haberme tropezado con la viscera cardíaca. Yo les muestro, alborozado, el corazón, todo rojo, rezumante, frenético; el corazón que dejaba siempre olvidado cuando se juntaban nuestras bocas.

Un autocamión azulenco me despierta, una esquila verde me torna a dormir... Por los desfiladeros de la ciudad asoman rostros recién teñidos de rosa, cántaros blancos de lecheras, tranvías amarillos, noctámbulos de plomo, mujercillas negras. Otro camión azulenco me despierta, otra esquila verde me torna a dormir...

—¡Me muero!

Ahora es Ruth—Carlota, Susana, Isabel—quien me lo dice, guiñándome el ojo alternativamente, una por cada ventanilla. El coche se sumerge en el desfiladero más angosto, donde la noche se dispersa y disputa algún rato con el día intruso. El coche sale de nuevo a la luz húmeda, lechosa...

—¡Señorito, señorito!

—¿Qué?

—La Casa de socorro.



¿Cuánto tiempo hará que salimos en su busca? ¿No fué aquella noche en que me vi frente a la muerte, peleando heroicamente con fantasmas? ¿Aquella noche interminable en que toda la ciudad me contempló indiferente? Un puñal lo hizo retemblar todo, y en medio de aquella zozobra mi pobre corazón fué desdeñado por histérico, por presumido.

Si, fué aquella noche. Aun conservo mis manos sobre el pecho, ya tranquilo, indiferente. Si dejo vagar a su placer a mis labios, en seguida modularán su monótono:

—¡Me muero!

Pero dejo libres mis manos, echo un candado a mi boca, restituyo su dosis de razón a cada uno de mis miembros. Contemplo, sin inmurmurar el chófer.

—¡La Casa de socorro!

Me había acercado al borde de la sima. Corrí desesperadamente a lo largo de la orilla fúnebre, conozco el horror de asomarse a la nada.

—¿Qué hacemos, señorito?

Me mira burlón, como quien está en el secreto. Como a quien vuelve de una juerga en vez de venir de la misma eternidad. Me cree despedido—el airecillo de la mañana disuelve la embriaguez más espesa—; me invita a encasillarme de nuevo en una hoja oficial.

—¡No, no! Estoy mejor.

—¡Claro!

¿Por qué no insulto, por qué no abofeteo a éste mozo impertinente? ¡Esta horrible escaramuza con mi desenfrenado corazón, convertida en una pringosa aventura de cabaret! ¡Mi heroica marcha al través de la ciudad, junto a mi propia sombra asesina, convertida en un pedestre episodio báquico! ¡Estas solemnes escenas junto a la muerte, trocadas en la normal evolución de una bacanal!

Doy las señas de mi pensión.

V

En el comedor, horas después.

—Salud, profesor. Conocida es ya de todos su preciosa aventura nocturna. Solapadamente se evadió usted de esta pacífica mansión, y, en compañía del amor efímero, surcó usted los procelosos mares de la ciudad.

—¿Yo?

—No lo niegue, y reciba nuestros plácemes. Un coche recogió sus despojos, y lo reintegró a esta pensión con huellas inequívocas en el rostro. Salud, profesor. Sed admitido en la ilustre cofradía donde se rinde culto a los eternos dioses: Baco, Venus y demás risueños camaradas.

El opositor número 132 prosigue impertérrito su plática. ¿Cómo detener tanta elocuencia? Logro insinuar:

—¡Bromas del corazón, amigo mío! Ya lo conoce usted. Fuí a buscar un calmante...

—Todo, amigo mío, son bromas del corazón. Y cada una de nuestras salidas nocturnas—infrecuentes ¡ay! por deficiencias de caja—sólo obedece a una u otra inquietud, a la necesidad de un calmante. Se conoce el viaje de usted a una Casa de socorro, medroso, quizá, ante las consecuencias de una libación demasiado copiosa... No me sorprende. ¡Está tan poco acostumbrado!

En vano pretendo hacerle salir de su error. Le hablo de mi ataque, y sonrío, mefistofélico; le hablo de mi angustia al borde del sepulcro, y vuelve a sonreír.

—¡Ya! Cultiva usted la falsa angina de pecho para realizar sus aventuras cordiales. Es un procedimiento que nunca utilicé, pero que encuentro magnífico. ¿Acabó todo por una pesada somnolencia, por una depresión mental?

—Sí. Hoy no puedo estudiar. Mi corazón...

—Vuelvo a felicitarle. Puesto que ha tropezado con ese órgano desusado, utilícelo desde ahora como elemento de combate. Y para que no le moleste en el desarrollo de sus fructíferos teoremas, evite el uso del café, del tabaco y del alcohol. Evite asimismo los enfriamientos. Así está escrito en mi manual. De esta manera, su corazón se conservará en perfecto estado para sus nocturnas batallas pasionales.

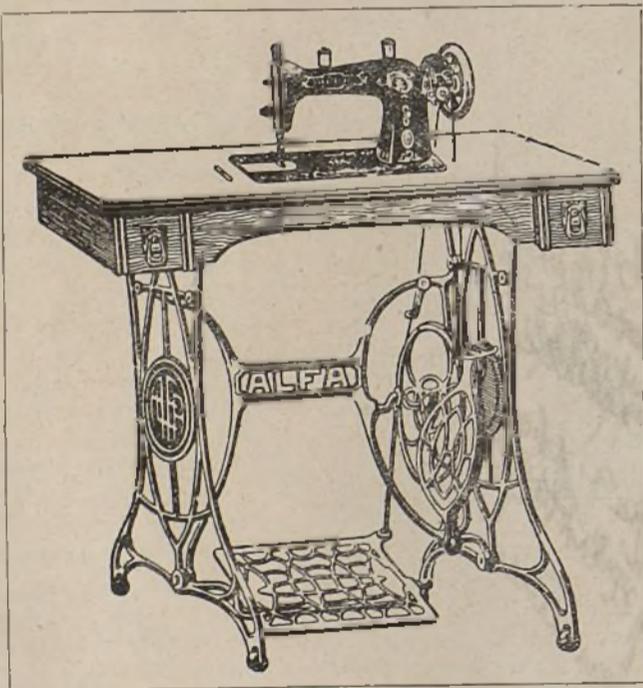
—Pero...

—No finja, profesor. Le han visto...—y acerca su boca a mi oído—. Esta noche le han visto declarar su frenética pasión a una muchacha. Lo hacía usted maravillosamente.

—¿Dónde?

—En medio de la calle. Su corazón es una hoguera. Le auguro un campeonato en las carreras del amor.

BENJAMIN JARNÉS



SOCIEDAD ANONIMA COOPERATIVA "ALFA"

PRIMERA MANUFACTURA ESPAÑOLA DE MAQUINAS DE COSER

La Sociedad "ALFA" garantiza sus máquinas de coser de todo defecto de construcción o materiales por diez años.

Ha tenido en cuenta todos los perfeccionamientos mecánicos y manufactureros para fundar su crédito industrial sobre

la más alta calidad de sus productos.

PIDA UN CATALOGO GRATIS A
MAQUINAS DE COSER
"ALFA"

E I B A R

(España)

EXPOSICION Y DEPOSITO EN MADRID:
JUAN ANOCIBAR MINA. San Agustín, núm. 9

EL VANGUARDISMO EN LA PINTURA

POR
A. OLIVARES

Hoy día, en cualquier revista de arte, podemos leer algún artículo interesante sobre el *vanguardismo*. ¿Qué podré decir yo aquí que no esté dicho ya? Desde Apollinaire, su principal apóstata, hasta Maeterlinck—que en su último libro habla de la “cuarta dimensión”—, se ha estudiado y analizado este tema a la “quinta esencia”. Muchos de estos artículos, sobre las tendencias modernas, se leen con verdadero interés, y algunos libros—los primeros de Apollinaire, por ejemplo—se han agotado. Prácticamente se han recorrido, por unos y otros artistas, todos los campos imaginables. En el colmo de la abstracción pictórica, se han llegado a presentar algunos lienzos con dos o tres manchas de color. En el mercado se venden, aunque esto más raramente, cuadros de *vanguardia*, hasta los de dos o tres manchas, por dos, tres o treinta mil francos, según el autor. Por último, aun las personas más adversas al cubismo, también lo van aceptando, sin darse cuenta en sus necesidades más inmediatas, y no es extraño encontrar en una casa de “estilo” toda una instalación eléctrica a la última palabra: bombillas escondidas, focos rotativos, etc., etc. El *vanguardismo* ha pasado de la minoría selecta a la colectividad. Por esto mismo que hoy empieza a ser del dominio público, conviene insistir y hablar más de él.

Muchas personas se han asombrado de

que yo llame a algunos cuadros avanzados, clásicos y realistas. Y es que, a mi juicio, nada nuevo, o muy poco, se ha inventado en cuanto a la técnica de la pintura. El añadir al color materias “vivas”, como papel, tierra, etc., que ha sido una de las características de la primera época cubista, no era desconocido antiguamente, especialmente por los primitivos, que emplearon en muchos casos este mismo procedimiento, como, por ejemplo, para pegar piedras preciosas en los anillos.

Sí; en la técnica somos tan clásicos como los clásicos, y, mientras se pinte, se seguirá siendo lo mismo.

Respecto al sujeto, sí, es verdad, hemos cambiado un poco, y aquí el problema es más intrincado y, seguramente, demasiado filosófico para mi pluma. Este problema del sujeto es quizá el que más ha despistado al público, a los *amateurs* y a muchos críticos. No ver una *madonna* en exaltación mística, el azul del manto, los ángeles, las nubes del Paraíso. No ver aquellos paisajes llenos de alegría, inundados de luz —y agua—; la barca, los bueyes, ni siquiera el contorno de una figura. No ver aquel misticismo ni esta poesía, es lo que más ha confundido a las gentes, siendo aquellos cuadros que se veía todo, iguales que éstos, que dicen que no se ve nada.

Una *madonna*, una puesta de sol, o un cuadro surrealista, existiendo lo esencial: color y distintas calidades, son plástica-



“Cartel” por Olivares.

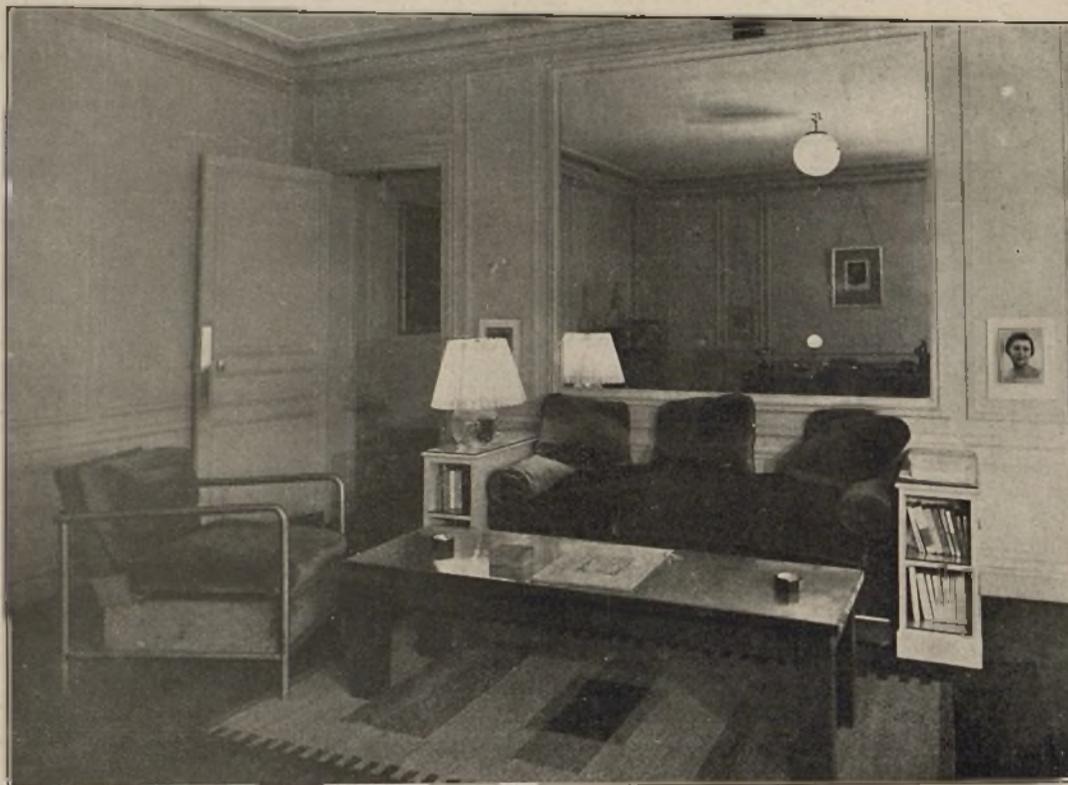
**EL
VANGUARDISMO
EN LA PINTURA**

mente lo mismo, y comprendiendo uno verdaderamente, se comprenden todos los demás. No es tan incomprensible y complicado nuestro arte como pretenden algunos, ni hay que alarmarse, por lo tanto, por unos "ismos" más o menos. En el arte en general y en la pintura en particular no ha habido ni habrá más que buenos o malos artistas, buenos o malos pintores.

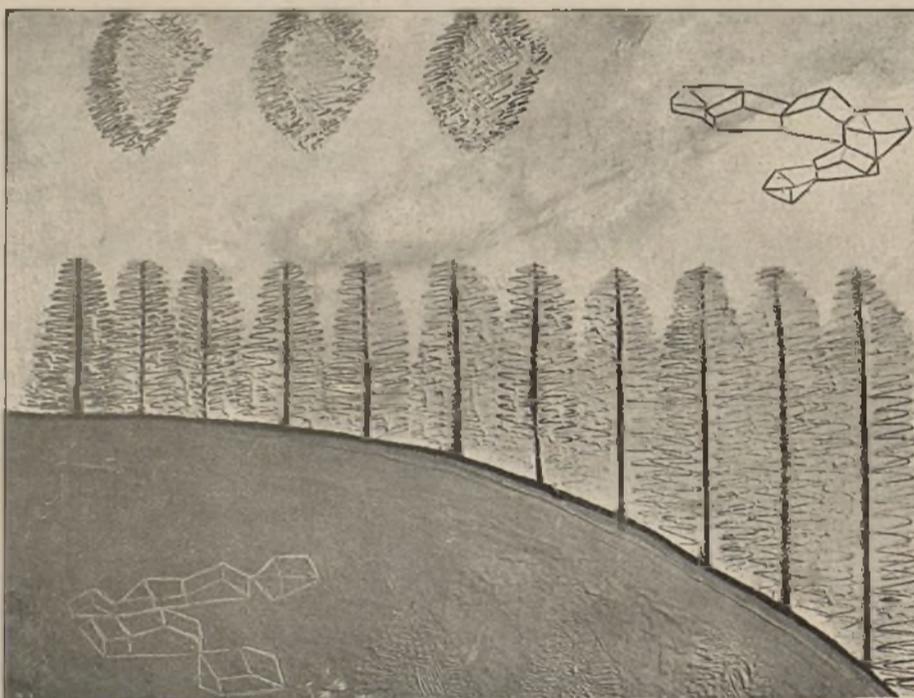
Quizá en un nuevo Mundo, donde se conozca más positivamente la "cuarta dimensión" (que tantas vueltas están dando los sabios y aun nosotros mismos), se llegará a un cambio más radical. Entonces no se hablará más de ser clásico, realista o surrealista. No habrá, es de esperar, necesidad de pintar, ni probablemente tendremos hígado, y no será poco.

A. OLIVARES

París.

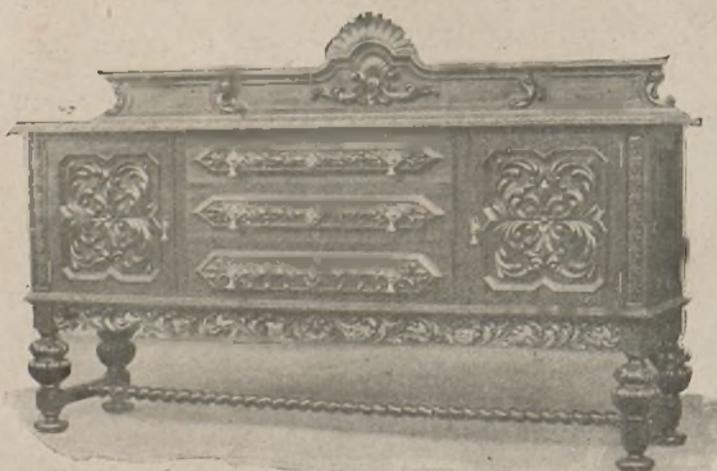


UN RINCÓN DEL DESPACHO DE "LA NACION" DE BUENOS AIRES EN PARÍS, DECORADO POR OLIVARES.



PAISAJE DE SUIZA ORIGINAL DE OLIVARES, PROPIEDAD DE LA MARQUESA DE BERMEJILLO.





R. MENENDEZ

MUEBLES DE LUJO
Y TAPICERIA ==

DECORACION Y PROYECTOS

Alcalá, 76 - MADRID - Tel. 57011



VEAN LOS NUEVOS

RENAULT 1930

6 CILINDROS:

MONAXIS

VIVAXIS

Y LOS MODELOS GRAN LUJO

MONASTELLA

VIVASTELLA

(8 CV.)

SERIE

(15 CV.)

(8 CV.)

(15 CV.)

Pidan en seguida pruebas, precios y detalles en la S. A. E. de Automóviles **RENAULT**

EL REINASTELLA RENAULT 32 CV 8 cilindros
en línea clasifica a sus poseedores entre las personas
más selectas. Es la maravilla del automovilismo.

MADRID

Dirección, Oficinas y Depósito: Av. P. Toros, 7 y 9.
Salón Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.

SUCURSALES

SEVILLA: Martín Villa, 8 (en la Campana).
GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40.
VIGO: Velázquez Moreno, 14.

VENTAS A CREDITO Y A GRANDES PLAZOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

Ayuntamiento de Madrid

De la mañana a la noche

CREACIONES DE
LONDON TRADES, JEAN PATOU, AUGUSTABERNARD

Encima, traje de noche de muselina de seda rosa y rojo vivo. El cinturón es del mismo tejido. A la izquierda, vestido de crepón de china imprimido en verde de chartreuse, verde oscuro, azul verdoso vivo y claro. Más a la izquierda, vestido para deportes, de London Trades, falda pantalón de lana roja. La blusa y la chaqueta son de grueso punto de lana roja. La falda pantalón tiene unos pliegues hundidos muy profundos.



Un moda actual establece una gran diferencia entre el traje de la mañana y el de la tarde, lo que me parece un progreso muy apreciable. Todas hemos conocido la época en que se tomaba rápidamente el té de las cinco en traje de golf, y en la que hubiera parecido de mal gusto pasearse por Biarritz en otro traje que en jersey. Hemos cambiado todo esto en poco tiempo, y uno de mis asombros durante el verano último ha sido, precisamente, ver en el Casino de Deauville o de Touquet, en la partida de las seis, mujeres elegantes con trajes de encaje, de muselina rosa o blanca y de raso, sin contar, naturalmente, los de crepón estampado. A estos últimos se debe, en mi concepto, esa transformación de



CREACIONES DE JANE RÉGNY LENIEF S. A., LANVIN

Pijama de satín negro con dibujos blancos. La blusa sin mangas está adornada con betones de cristal. Vestido de tarde, de Lenief, de crepón-satín negro mate. El cinturón está bordado de azabache y de estrás. Espalda suelta. Traje de noche y chaqueta corta sin mangas de "surco" blanco. El vestido, muy largo, está bordado con cristales y con estrás.

a moda; transformación que prosigue, puesto que a los tés de las cinco se asiste lujosamente vestida.

El negro predomina en una proporción desconcertante... si una pequeña pincelada de rojo no surgiera de cuando en cuando: los *halls* de los hoteles parecerían como atestados por una muchedumbre de luto, ahora que de un luto llevado alegremente. De terciopelo y de *breit* *wanz* son la mayoría de los abrigos, a menos que se hagan más sencillamente de caracul-kid o de cordero *rasé*; pieles que, por otra parte, consi-

tituyen un lujo dispendioso. «Hay, ciertamente, algo más caro que un asado de cordero—decía junto a mí una melancólica señora joven...—: la piel que lo recubre.» ¿Quién hubiera pensado nunca que el cordero y el cabrito fueran animales tan escasos y tan difíciles de capturar?

De cordero y de cabrito *rasé* se hacen todavía este invierno abrigos rectos, adornados con grandes cuellos *écharpe* o de *renard* del mismo color. Tan sólo el terciopelo les hace competencia, sobre todo si está parcialmente bordeado de *renard*. Digo «parcialmente», porque está



CREACIONES DE PREMÉT, NICOLE, CHANTAL.

*Vestido de "pied de poule" blanco y negro con lunares brillantes. Cuello de organdi blanco. Bufanda de nutria negra.
 Traje de tarde de Nicole Croult de vuela de lana azul marino adornado de "panneaux" y loncitas en forma.
 Traje de noche de moiré azul cielo adornado de lazos de satin del mismo tono y de un bolero pequeño en la espalda.*

completamente pasado de moda poner un borde recto a un abrigo de vestir. Todas sabéis que la piel, ora une los *godets*, ora los separa, o bien se coloca al bias, bastante alta, para simular un abrigo tres cuartos. En algunos vestidos de terciopelo hasta he visto un grueso burlete de *renard* que venía hacia adelante y sobre las caderas, simulando una chaqueta redondeada. Reina, en una palabra, la fantasía en toda la fuerza de la expresión.

Bajo estos abrigos oscuros, una blusa o una casaca abrochada, de raso muy brillante o de *lamé* discretamente metálico, me parecen del mejor

gusto. Uno de los modelos de gran éxito de Jean Patou consiste, actualmente, en un *jumper* de raso azul pálido con una falda negra. Me gusta mucho también un crespón *beige* salpicado de oro, para hacer encantadoras blusas. Esta idea de *lamé* para el día ha causado sorpresa al principio; pero creo que nos acostumbraremos a ella muy bien, siempre que el metal aparezca apenas en la trama.

Los trajes de terciopelo flexible... ¡Ah!, no me habléis ahora de los trajes de terciopelo *frisson*; están en la época ingrata, en la que las sillas han dejado su huella blanquecina sobre lo negro, en la hora en que los

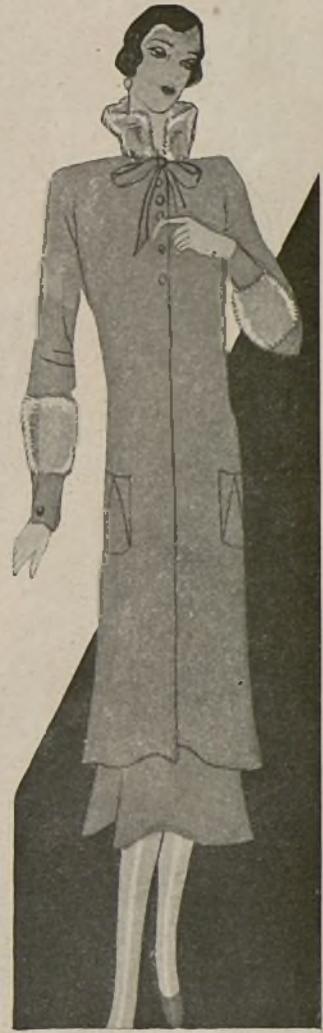


Traje de noche "Mousse", de Lenief, de terciopelo de seda verde oscuro. El adorno de la falda se compone de pétalos en forma de tamaño desigual guarnecido de lorzás.

pliegues han dejado largos surcos; decididamente, el terciopelo no es práctico, y no es agradable más que para las mujeres que no se ponen los trajes más de una docena de veces, y como yo conozco muy pocas en estas condiciones, no os lo recomiendo. El arte de vestirse no consiste en ser elegante diez veces sobre cada veinte, sino en serlo siempre, a todas horas; soportar un traje ajado es el suplicio más desagradable que una mujer puede sufrir.

Por esta misma razón no podré aconsejaros bastante que seáis prudentes al escoger ahora vuestras sedas o las sedas para vuestros vestidos: el magnífico colorido de la seda artificial es tan tentador, que ocasiona, a veces, enojosas sorpresas. La seda artificial no se puede llevar más que si se ha fabricado con gran esmero, y en este caso es casi tan cara como la natural. No os dejéis seducir en este caso por los precios moderados, porque, en fin de cuentas, son muy caros.

Hablemos un poco de los sombreros: el gorrito *tarabiscote* se impone todavía; pero parece que las alas se van a volver a llevar en la primavera. Agnés está preparando para la Costa Azul sombreros de fieltro muy flexibles, forrados de tela de hilo, que son bastante grandes y sientan muy bien. Las tocas



Abrigo de lana verde sembrado de lunares grises, adornado de cordero negro gris. Es de notar lo anchas que son las mangas y el adorno que tienen.



Abrigo de terciopelo inglés encañado llevado sobre un vestido de tarde del mismo terciopelo. Las mangas están adornadas de un gran puño de zorro azul.

CREACIONES DE
LENIEF, S. A
REDFERN,
LANVIN

de terciopelo drapeado, de las que vemos este invierno innumerables modelos, se eclipsarán muy pronto ante el sombrero de dimensiones medias. Hay pocos sombreros que no lleven una joya verdadera o falsa; la pequeña pinza de brillantes que se engancha en el borde del sombrero se ve casi por todas partes; ahora se hacen otras que sostienen el reborde, cuando lo hay, y esto, permítaseme decirlo, es sintomático. También me parece que llevaremos esta primavera mucho crin, muy transparente, como si fuera encaje.

Por la noche ha triunfado tan de repente el traje largo, que un vestido sencillamente más largo por detrás parece ya pasado de moda. Noto un gusto marcado por el crespón romano y por el raso muy brillante, dos tejidos que no se parecen en nada, sin embargo. Hay menos faldas desiguales, pero más que tocan el zapato todo alrededor; lo que resulta muy bonito al bailar y menos molesto que un traje de cola. El talle, estando en su sitio los escotes, no son tan exagerados; si no..., pues ya no habría cuerpos. Y continúan las anchas cadenas de brillantes rodeando el cuello por delante, cayendo en *pendentif* por detrás; los brillantes o esmeraldas cuadradas en los dedos; los pañuelos de muselina de seda estampada o de encaje en la mano.

Por la noche ha triunfado tan de repente el traje largo, que un vestido sencillamente más largo por detrás parece ya pasado de moda. Noto un gusto marcado por el crespón romano y por el raso muy brillante, dos tejidos que no se parecen en nada, sin embargo. Hay menos faldas desiguales, pero más que tocan el zapato todo alrededor; lo que resulta muy bonito al bailar y menos molesto que un traje de cola. El talle, estando en su sitio los escotes, no son tan exagerados; si no..., pues ya no habría cuerpos. Y continúan las anchas cadenas de brillantes rodeando el cuello por delante, cayendo en *pendentif* por detrás; los brillantes o esmeraldas cuadradas en los dedos; los pañuelos de muselina de seda estampada o de encaje en la mano.



Traje para deportes, de Lanvin, de lana verde, sembrado de lunares grises pálidos, con el mismo abrigo de la página precedente. La parte alta del vestido, de crespón de China gris.



Conjunto de tarde, de Philippe et Gaston. El abrigo es de paño negro guarnecido de astrakán gris. El vestido es de crépe marocain negro adornado de marocain blanco.

CREACIONES DE
LANVIN, PHILIPPE
ET GASTON,
LUCIEN LELONG.



Traje de noche, de Lucien Lelong, de crespón de China, azul pizarra. El vestido, muy largo, está adornado con unos cortes maestros, un lazo en la espalda y un bolero pequeño en punta.

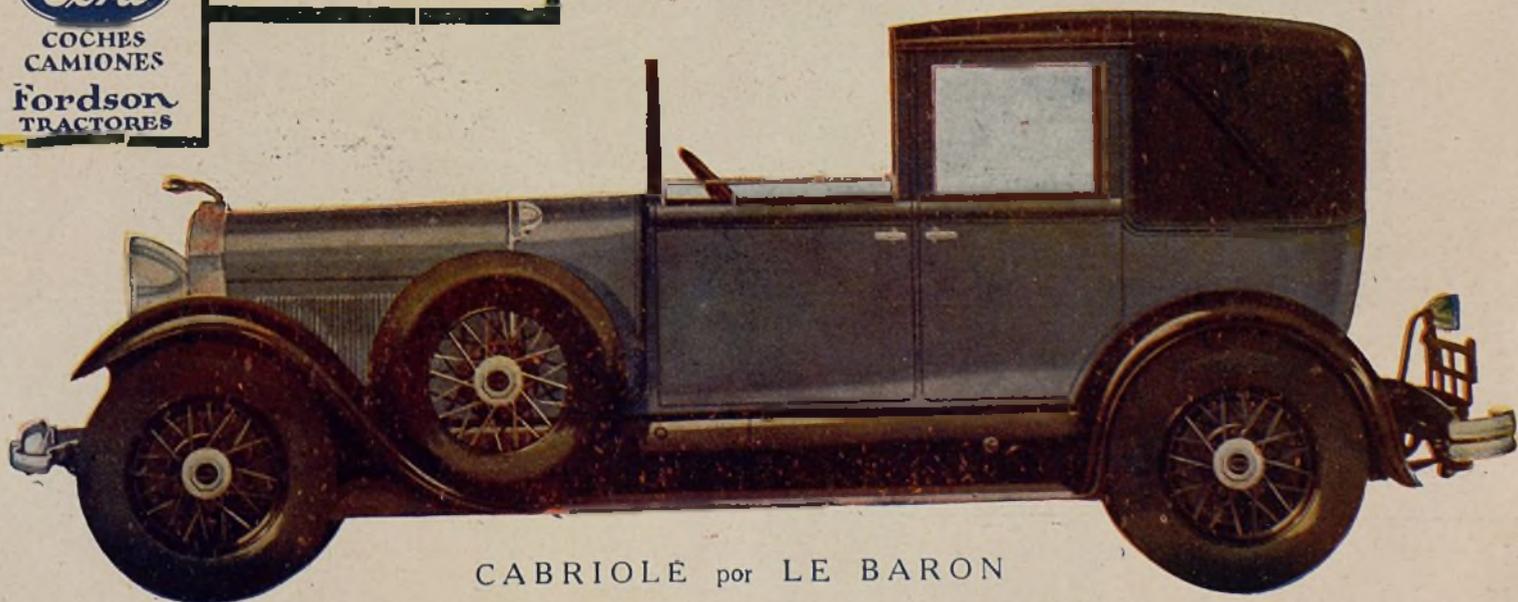
1301 ~ 1400



LA elegancia y el buen gusto han sido siempre patrimonio de las personas de distinción. El traje lo manifestaba en siglos pasados, pero hoy la posesión del Lincoln es el sello supremo del refinamiento y de la privilegiada posición social.

LINCOLN

AUTOMÓVILES LINCOLN
División de la Ford Motor Ibérica
BARCELONA



CABRIOLE por LE BARON

Ayuntamiento de Madrid

Un traje sastre de primavera



Este traje sastre es un ejemplo muy característico del estilo de la gran artista Madeleine Vionnet. Es un efecto de la línea muy sencilla y del acierto del corte que hace la elegancia de este modelo. Es de tweed y está adornado de gruesos botones haciendo juego.

CREACIÓN DE MADELEINE VIONNET (Foto Scaioni).



Traje de «sport» en Trassillah Paul

*Brión, azul y gris. Capita corta,
la boina y el bolso son del mismo tejido.*



*Conjunto para deportes. Pequeño
holero suelto y muy redondeado por
delante. Blusa de punto de lana beige.*

CREACIONES DE GISELE PAUL TISSIER
Fotos Lipnitzki.



Una noche en Ciro's



CREACIONES DE LONDON TRADES, LANVIN, MARTIAL ET ARMAND.

Vestido "Ciro's" de London Trades de crepesatin gris claro. El talle, bastante alto, está marcado por un cinturón del mismo tejido, anudado con largas caídas en la espalda.
Traje de noche "La Source" de Jeanne Lanvin. Está compuesto de bandas anchas alternando el crespón blanco mate y el satin blanco brillante. La capota es de tul blanco.
Vestido de noche "Perce Neige" de Martial et Armand de crespón de china blanco. Por delante está adornado de recortes. La espalda ablusa bastante en el talle.

A todo París le gusta comer en el restaurante: a los parisienses, por ver a las extranjeras y su lujo; a los extranjeros, por ver a las parisienses y su distinguida elegancia. Por esta doble razón, los viernes de Ciro's o de Víctor son tumultuosamente animados y deslumbrados

res, por los chispeantes reflejos de miles de joyas. Me parece, no obstante, que ahora se llevan éstas con un gusto de selección y de «conjunto» que, más bien que profusión, es refinamiento. He conocido, siendo niña, la época en la que las mujeres llevaban, por lo menos, una sortija en



CREACIONES DE PREMÉT, JEANNE LANVIN, GROUPY, PHILIPPE ET GASTON.

Vestido de noche "Rayon Violet" creado por Premet. Es de satin violeta y bastante corto por delante y tocando el suelo por detrás. El cuerpo está fruncido en el escote.—Conjunto de noche "Duguesclin", de Jeanne Lanvin. Es de crespón georgette negro. La chaquetita y la papalina que acompañan este conjunto están completamente bordadas de cristal. Traje de noche, de Groupy, de tres tonos de grises. El fondo, sobre el cual está colocado el vestido, es negro. La hebilla del cinturón es de onix, coral y estrás. Es de notar la cola del lado.—Traje de noche "Sirene", de Philippe et Gaston, de pana muy brillante azul marino. Una gran caída se separa de la cintura al costado derecho y cae hasta el suelo.

cada dedo, y recuerdo la ocurrencia de una joven muy elegante que se lamentaba diciendo: «¡Tengo demasiadas sortijas! ¡Qué lástima que no se puedan llevar en los pies!» Hoy, un gran brillante o una esmeralda cuadrada de grandes dimensiones, es lo único que embellece la blanca mano que las exhibe, y veremos, seguramente, cómo las pulseras imitan este buen ejemplo. Antes de salir para América, he tenido ocasión de

admirar la discreción de la señora Martínez de Hoz, que, sencillamente, llevaba, con un traje de raso pálido, un gran alfiler y dos pulseras, una en cada brazo. Es cierto que ambas eran soberbias, y sus piedras, regias, como cierto es también que este lujo en nada se parecía al de ciertas mujeres cuyos brazos están recubiertos de verdaderos guanteletes de piedras preciosas.



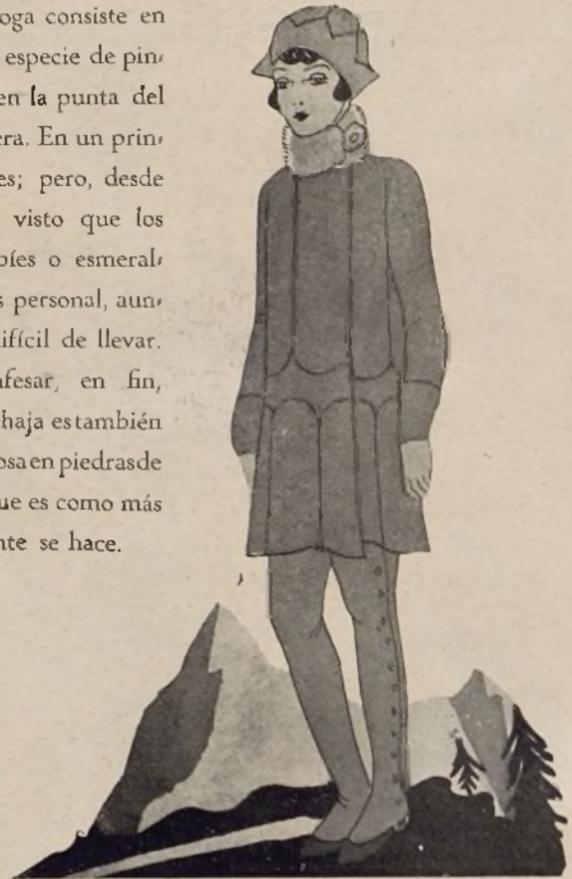
Traje deportivo para niña. Falda y boina de mezcla de lana, beige y marrón. Blusa de toile de "soie" blanca, corbata marrón.

Algunas joyas de fantasía, perfectamente adaptadas a las *toilettes*, son, sin embargo, agradables a la vista. Así, con los trajes de crespón romano o de raso negro, las joyas rojas son un encanto encantador. En una de las últimas comidas del Ritz, una encantadora inglesa llevaba con un traje oscuro, un amplio collar, dos pulseras y un único pendiente de coral y ónice, cuyo efecto, sin dejar de ser sencillo y sin pretensiones, era de una sorprendente originalidad.

Otra joya muy en boga consiste en un broche, que es una especie de pinza que se coloca, ya en la punta del escote, ya en la hombrera. En un principio era de diamantes; pero, desde hace algún tiempo, he visto que los joyeros la llenan de rubíes o esmeraldas, lo que la hace más personal, aunque más difícil de llevar. Debo confesar, en fin, que esta alhaja está también muy hermosa en piedras de fantasía, que es como más comúnmente se hace.



Traje para patinar, de terciopelo azulverdoso. Tórrera adornada con piel blanca. Godets incrustados en la falda.



Abrigo de terciopelo de lana verde almendra, adornado con recortes. Cuellecito de piel gris. Pantalón: polaina de la misma tela. Sombrero haciendo juego.



Traje para patinar Junper de punto encarnado. Lista azul y adornada. Falda en forma, de lana escocesa encarnada cuadrículada en verde, azul y amarillo. Gorra y bufanda de punto haciendo juego.



CASA PASSAPERA FUERTES

Adela

Vestidos Abrigos Sombreros

Génova, 19 MADRID Teléf. 33125

CREACIONES DE JENNY,
BIBLIQUE, POUM
ET ZÉTE, BRISOE.



Traje para patinar, compuesto de una falda de lana blanca y pulllover azul pastel con dibujos blancos.

Consultorio de belleza

— LOTO.

Para las pecas puede disolver una pequeña cantidad de nácar en zumo de limón, y, una vez que esté bien deshecho, extiéndase un poquito, con un algodón, en el sitio en que tenga las pecas. Puede ser que se la despeleje la cara; dése una buena crema o cold-cream. Para suavizar el pelo, láveselo bien con jabón moreno y eche en el agua de aclararlo unas gotas de amoníaco. No abuse de ello, porque pone el color más claro. Para conservar el rizado, puede darse Ondulina.

— LUISA R.

Sí, señorita; yo, sinceramente, lo encuentro un poquito atrevido. Creo no debe usted exponerse a semejante cosa. Para las uñas, puede hacer la siguiente pasta: 5 gramos de glicerina, 25 de carmín y 10 de magnesia. Mézclelo bien; extiéndalo sobre las uñas; déjelo secar, y sáqueles brillo con un *polissoir*. Use para esas fricciones el agua de colonia Flores del Campo.

— MIRIAM.

Empape unos algodones en agua muy caliente, y procure quitarse con ellos los puntos negros. Una vez tenga bien limpio el rostro de ellos, proceda a darse fricciones con hielo. Para las pecas, vea lo que digo a Loto. Para oscurecer las pestañas y cejas, puede darse pastimel al Humo de Sándalo. Si no quiere pinturas, use ricino.

— FLOR DE MAYO.

El Jugo de Rosas es muy conveniente usarlo, sobre todo cuando es necesario el uso de servilletas, que tan feo resulta dejar manchadas. Puede dárselo con un algodoncito. El tono que más le conviene del Arrebol es el rosa pálido.

— MAITE.

Para quitarse las espinillas, vea lo que indico a Miriam. Para las pestañas, dése todas las noches ricino, cuidando no la entre dentro de los ojos. Las fricciones con hielo son muy buenas para conservar terso el cutis.

— ENAMORADISIMA.

Yo, con toda sinceridad, doy a usted mi opinión. Creo debe dejar a un lado toda clase de pareceres de los demás. Si usted le quiere, decídase y no haga caso de esos consejos, que muy bien pueden ser de cierta clase de personas que gozan con la dicha ajena. En relación a su segunda consulta, en cuanto note la menor molestia, meta las manos en agua muy caliente y vaya añadiendo agua más caliente todavía, todo lo que pueda resistirlo.

— MARIBEL.

Tratamientos de belleza "Misterio"

Son los únicos con los que conseguirá usted, señora, resultar mucho más hermosa, pues quitan años, presentándose en sociedad con una cara encantadora. Informes en la perfumería del autor. San Onofre, 6 Madrid, teléfono 18463.

CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12.646.



Si usted diese la vuelta al mundo

No hallaría una sola gran ciudad en que no pudiera comprar los productos Elizabeth Arden.

Así como la luz triunfa de las tinieblas, Elisabeth Arden se ha impuesto en el mundo civilizado.

Miss Arden ha creado el Internacionalismo de la Belleza. En España, lo mismo que en el Japón, en Holanda igual que en Egipto, en todas partes encontrará usted mujeres encantadoras que lucen «la tonalidad Arden».

¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué hoy día se ven muchas más mujeres atrayentes que hace veinte años?

Pues se debe a que Elizabeth Arden ha puesto al servicio de la Belleza su clara inteligencia y apasionada ansia de perfección estética, encauzando honrada y científicamente felices intuiciones.

Cuando usted compra los preparados Elizabeth Arden, usted adquiere la garantía de la incorruptible sinceridad de una mujer que siempre, no obstante las ofertas halagüeñas, rehusó prestar su nombre a otros preparados, temiendo que cediera la perfección de la calidad que ella se ha empeñado en mantener constantemente y dejara entonces de estar justificada la confianza de millones de mujeres que en el mundo entero consideran el nombre de Arden como equivalente de la seriedad y la perfección.

Las preparaciones de *toilette* Elizabeth Arden están en venta en las perfumerías más elegantes de las ciudades siguientes: Barcelona, Bilbao, Burgos, Jerez de la Frontera, Madrid, Málaga, Palma de Mallorca, San Sebastián, Santander, Sevilla, Valencia, Valladolid, Vigo, Zaragoza, Lisboa y Oporto.

CREMA VENECIANA CONTRA LAS ARRUGAS

(*Venetian Anti-Wrinkle Cream*)
Hace desaparecer los surcos y las arrugas; deja la piel suave y firme. Se presta perfectamente al tratamiento de la piel en su casa, por la noche. Pesetas, 8, 14, 23.

UNGUENTO MUSCULAR VENECIANO (*Venetian Muscle Oil*)

Aceite penetrante, rico en elementos que fortifican los tejidos relajados o los músculos cansados. Pesetas, 7, 15, 27.

ASTRINGENTE VENECIANO ESPECIAL (*Venetian Special Astringent*)

Para mejillas y cuellos blandos. Mantiene y fortifica los tejidos, vuelve a cerrar la piel. Pesetas, 28,50, 63.

CREMA PURIFICANTE, DISOLVENTE, VENECIANA

(*Venetian de Cleansing Cream*)
Penetra en los poros, los limpia de polvo e impurezas, deja la piel suave y sensible. Pesetas, 9, 16,50, 28,50.

ARDENA, TONICO VENECIANO DE LA PIEL

(*Venetian Ardena Skin Tonic*)
Tonifica, robustece y blanquea la piel. Se emplea con la crema disolvente y después de ella. Pesetas, 7, 15, 23.

POLVO DE ILUSION ARDEN

(*Ardena Powder*)
Polvo puro, de perfume discreto, destinado a las personas que desean la mejor calidad. Existe en doce tonos. Pesetas, 22.

Pida los libros de ELIZABETH ARDEN: «En pos de la Belleza» (*The quest of the Beautiful*), que le indicarán la manera de seguir en su propia casa un tratamiento de la piel.

ELIZABETH ARDEN

691, FIFTH AVENUE NEW YORK

MADRID: CALLE DE ALCALÁ, 65 (71 antiguo)

LONDRES

PARÍS

BERLÍN

ROMA

Reproducción reservada.

ROLDÓS - TIROLESES SA

30%
Georgette

Crespon

ANIBAL
TEJADA



Crape satin

Rebaja

Parece
una locura

...y no lo es. Es el resultado de una inimitable organización de compras. Cuando el comercio español, por razones que todos conocen, se ve obligado a elevar los precios de venta al público,

Sederias de Lyon S.A.

anuncia valientemente una

Rebaja General de Precios a partir del 10 de Marzo.

Ud. misma recordará lo que nos pagó últimamente por un tejido determinado. Venga a verlo de nuevo y comprobará por sí misma la realidad de la

Rebaja General de Precios en



Sederias de Lyon S.A.

CENTRAL: CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 36 - MADRID
SUCURSAL: AVENIDA DE LA LIBERTAD, 25 - SAN SEBASTIAN

GRAN

MUNDO

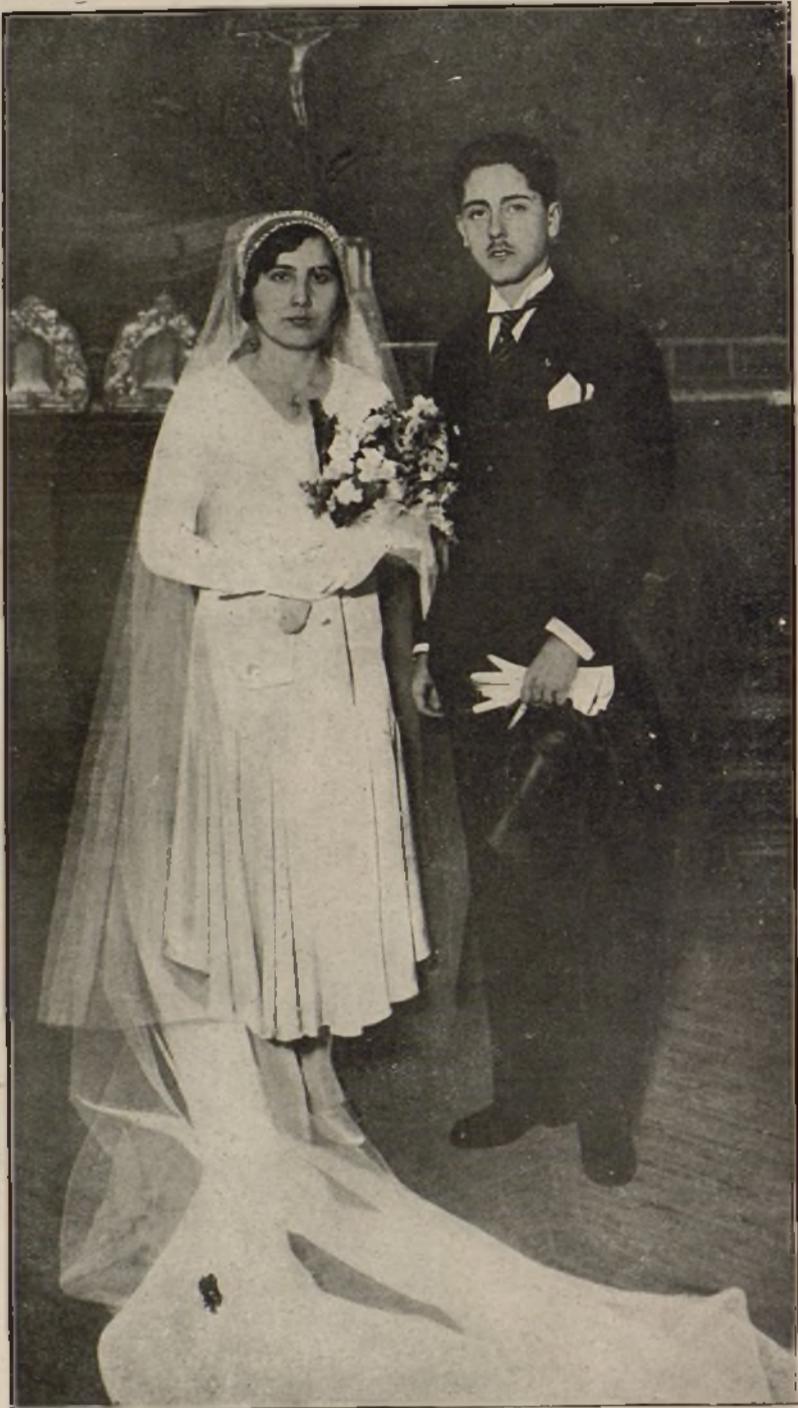


La distinguida señorita de Tordesillas

«Foto Color»

Ayuntamiento de Madrid

GRAN MUNDO



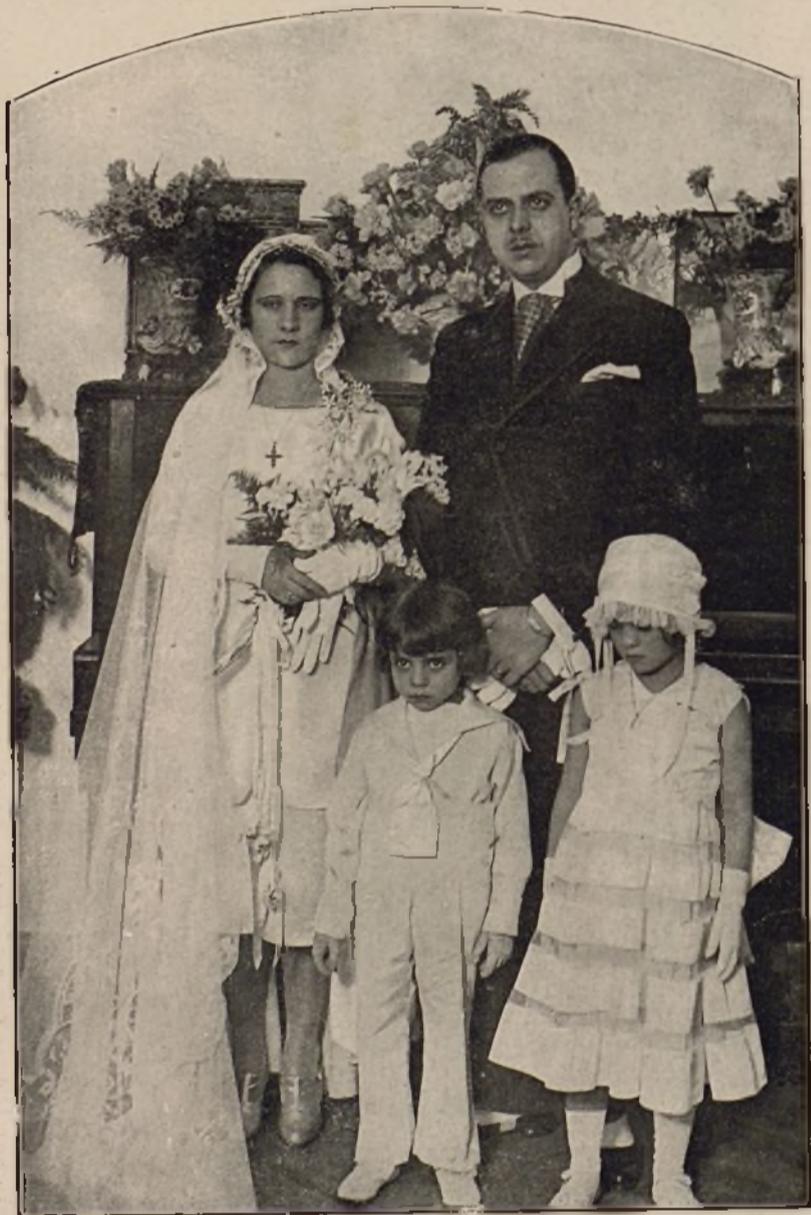
En la iglesia de San Carlos, de Zaragoza, se celebró la boda de la distinguida señorita Pilar Solans con el joven ingeniero de Caminos D. Juan Ignacio Moreno Lacasa, pertenecientes a la buena sociedad aragonesa.

La señorita Mercedes Lasso de la Vega, hija del Ministro de Panamá en esta corte, que ha contraído matrimonio con Don José Rubio Muñoz, cuya ceremonia fué celebrada en la capilla de la Legación panameña.

Fotos Palacio y Marín

Bodas

Aristocráticas



Notas de arte

Ismael Blat, destacado pintor valenciano que ha celebrado una interesante Exposición de sus obras.



Ramón Palmarola, que también ha expuesto en Madrid una colección de sus obras pictóricas.

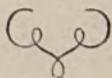


El Padre Almansa, valiosa talla policromada original del laureado escultor Jacinto Higuera, encargada por la ciudad de Bogotá (Colombia), para perpetuar la memoria del filantrópico bienhechor de los humildes, del que se guarda tan grato recuerdo en su residencia del Huerto de San Diego.



"Las dos rivales", cuadro de Palmarola.

En los nuevos Cadillac y La Salle
encontrará aún mayor grado de confort
y lujoso refinamiento del que antes se
había logrado



SUPERIORES aún en belleza de líneas y colorido, los modelos más recientes de Cadillac y La Salle lo son también en cuanto a perfecciones mecánicas. La aceptación dispensada a estos coches por las figuras más distinguidas de todo el mundo es el mejor elogio que de ellos puede hacerse. Es al mismo tiempo la garantía mejor que la General Motors ofrece a los futuros propietarios de estos coches de gran lujo.

Su motor de ocho cilindros en V —admirado por los mejores técnicos—, el cambio de velocidades sincronizado que ha hecho posible los cambios silenciosos y suaves; lo que significa dentro de los detalles lujosos sus cristales irrom-

pibles y la belleza de las carrocerías diseñadas por Fisher y Fleetwood —justifican sobradamente porque los conocedores de la seguridad y confort en un coche eligen siempre Cadillac o La Salle.

La garantía de dos años que da la General Motors —sobre la perfección de todo el material empleado en estos coches— es otra ventaja más para el propietario. Este sabe también que en cualquier lugar ha de encontrar un servicio técnico a sus órdenes para un momento determinado en que pueda serle necesario.

Visite usted los salones de exposición de estos coches y observe cómo en los modelos 1930 aumentó aún más la elegancia suntuosa del Cadillac y del La Salle.



UN GRUPO DE DISTINGUIDOS PROPIETARIOS DE CADILLAC Y LA SALLE

<i>Excmo. Sr. Duque de Tarifa</i>	<i>Sr. D. José Soto Reguera</i>
<i>Excmo. Sr. Duque de Almazán</i>	<i>Sr. D. Alejandro Mc Kinlay</i>
<i>Excma. Sra. Condesa Vda. de Catres</i>	<i>Sr. D. Gonzalo Mora</i>
<i>Excmo. Sr. Conde de Castillo de Vera</i>	<i>Sr. D. Manuel Alexandre</i>
<i>Excmo. Sr. Conde de Altamira</i>	<i>Sr. D. Elías Ahuja</i>

Concesionario para Madrid:

James M. Nahon, Av. Pí y Margall, 11

Cadillac y La Salle — productos de General Motors

GRAN



MUNDO

Las reales del marqués de Viana que han intervenido en la montería

CACERÍA REGIA EN MORATAJILLA

Su Majestad el Rey con el marqués de Viana, los vizcondes de la Rochefaucauld, conde de San Antonio, embajadores de España en París, el de Alemania en Madrid y varios aristócratas que asistieron a la cacería. (Fotos Santos)





Grupo de aristocráticos concurrentes a la cacería regia de Moratalla al regresar de sus puestos, donde cobraron gran número de piezas.



El marqués de Viana en su puesto de caza.



(Fotos Santos) Su Magestad el Rey en el puesto de caza del marqués de Villagonzalo.



**CACERIA
REGIA
EN MORATALLA**

*El Marqués de Portago
en su puesto, desde el que cobró
gran cantidad de piezas. (Foto Santos)*



*Reses cobradas en la
cacería, entre las que se destacan
dos grandes lobos cazados por el
Marqués de Valdecerrillo y el Conde
de Villagonzalo. (Foto Montilla)*



*Los Marqueses
de Montesión y Condesa de San
Antonio con otros distinguidos aris-
tócratas que asistieron a la fiesta cinegé-
tica en Moratalla. (Foto Montilla)*





PROVEEDORES DE

LA REAL CASA

 **UREÑA**
 PRIM-1
 MADRID
GRAMÓFONOS Y DISCOS

JOYEROS  **DEPÓSITO**
 DE LA **JOYERIA** DEL RELOJ
 REAL CASA **Lopez y Fernandez**
 AVENIDA CONDE PEÑALVER 8 (GRAN VÍA) "ERMETO"
 MADRID -TELÉFONO 2576,H-

 **NEUMATICOS**
FORT
DUNLOP 
 Sociedad Española DUNLOP, S. A.
 MADRID BARCELONA SEVILLA
 Proveedores de las Reales Casas de España e Inglaterra

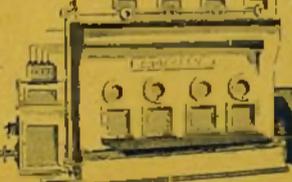
PELE
 ESPECIALIDADES DE BELLEZA
 DE FAMA MUNDIAL
 DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERIAS
 Y EN LA DE "PELE" PI Y MARGALL 9

 **VINOS FINOS TINTOS**
 DE LOS HEREDEROS DEL
MARQUES DE RISCAL

FOTOGRAFO
A. ALVACHE
 CARRERA SAN JERONIMO 16

VICTOR
SARASQUETA

 ESCOPETAS
 EINAS DE CAZA
 TIRO DE PICHÓN EIBAR

LOS MOTORES
 **CROSSLEY**
 se recomiendan por
 si solos
 MOTORES "CROSSLEY" S. A. E AV CONDE PEÑALVER MADRID


ABDULLA
 173 NEW BOND STREET
 CIGARETTE SPECIALISTS
 ABDULLA IS AND ALWAYS HAS BEEN AN ENTIRELY BRITISH FIRM.

 **PROBARLO UNA VEZ**
ES ADOPTARLO
PARA SIEMPRE
Olózaga, 13

1929

J. IGLESIAS



Carreras de Caballos

en

España



«Turia», de Cavanillas-Ponte-Macorra.

DOMINGO 2 de marzo... Primer día de la temporada de carreras. Ya empiezan propietarios y preparadores a estudiar el nuevo programa y a señalar *in mente* los primeros pasos de una campaña que todos sueñan fructífera. Días de ilusiones son estos que preceden a la inauguración de la temporada. ¿Quién no tiene alguna disculpa para el presunto fenómeno que no justificó las esperanzas puestas en él? Tardanza en coger su «forma», mala suerte, malas montas, carácter difícil—que, afortunadamente, mejora al tomar más edad—; falta de precocidad, y cuantas es capaz de sugerir el robusto optimismo de una afición a prueba de desengaños. Todos los caballos se nos antojan en estos momentos muy mejorados. Los viejos..., porque sí; los tres años, porque se han desarrollado muy satisfactoriamente, y los dos años, porque, de galope en galope, va siendo su tranco más fácil y más extenso. No hay cuadra importante que no se apreste a barrerlo todo, ni modesto propietario

LA PROXIMA TEMPORADA

que no disponga de algún gallo tacho, destinado a ser la pesadilla de Cimera. La imaginación es un caballo que tira, y todos preferimos dejarla ir «dentro de su acción». La realidad se encarga luego de tachar algunas partidas de la cuenta galana; pero todo se reduce, para el buen aficionado, a extender nuevos cheques con cargo a su cuenta corriente de ilusión... y con cargo a su otra cuenta corriente.

Todos los centros de preparación van despertando de su letargo invernal, y los *canters*, cada vez más abiertos, parece que se estiran para desperezarse.

En la Casa de Campo, apartada y solitaria, cual si hubiese *touts* que temer en nuestro *betting* apacible, *Viator* habrá dejado algún reposo a su bien cortada pluma para turbar, en cambio, el de sus pupilos, con vistas al día en que, grave y dogmático, reaparecerá en el recinto del peso con sus inevitables garbanzos de olor en el ojal.

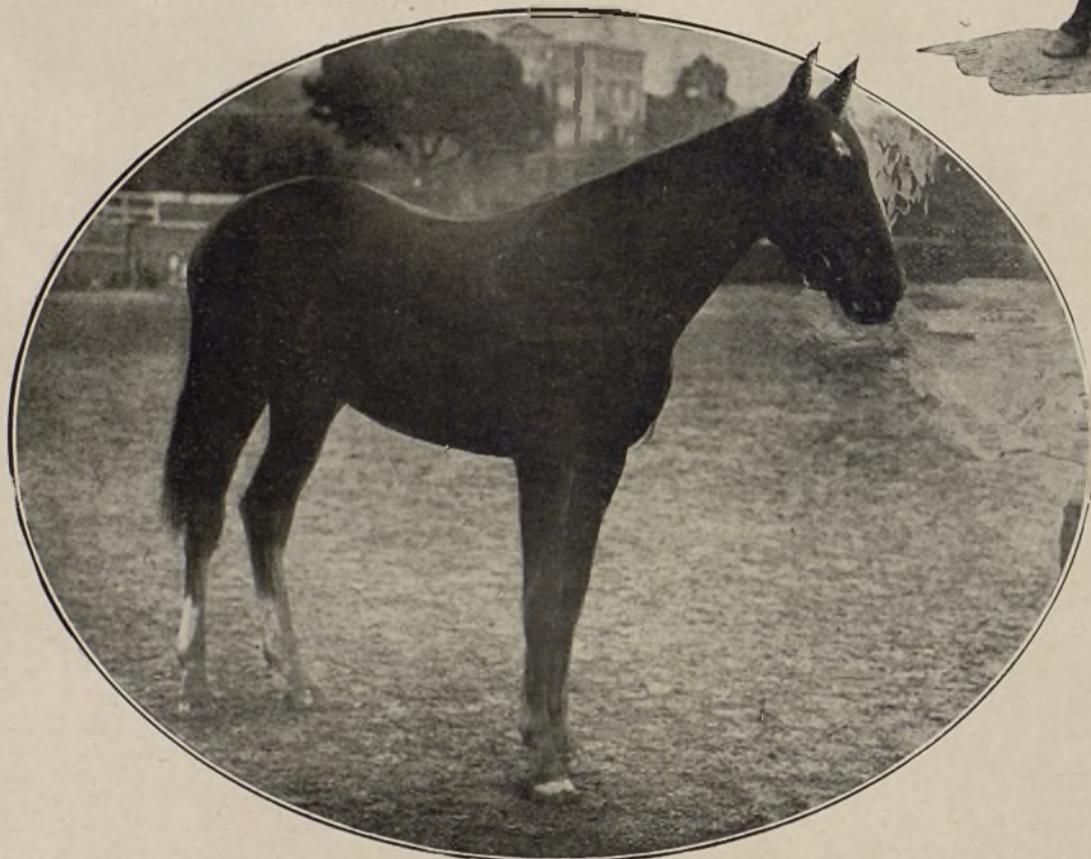
En las alamedas de Aranjuez, la temible cuadra Cimera,

Carreras de Caballos

que tiene—¡Dios nos coja confesados!—un lote de dos años bastante superior como aspecto al de 1929, va, camino de la «Calle larga», bajo la inspección de ese brujo del entrenamiento que es G. Flatman, prosaicamente encaramado, entre tanto ilustre ganador, en una vulgar bicicleta. Más clásico en esto, Juan Ceca dispone de un jaco tordo, que dista bastante del *cob* tradicional del preparador, para vigilar su cuadra, cada vez más numerosa; pero en la que serán difíciles de llenar los huecos que dejaron Po-



«Ontaneda», de la Yeguada Militar de Jerez.

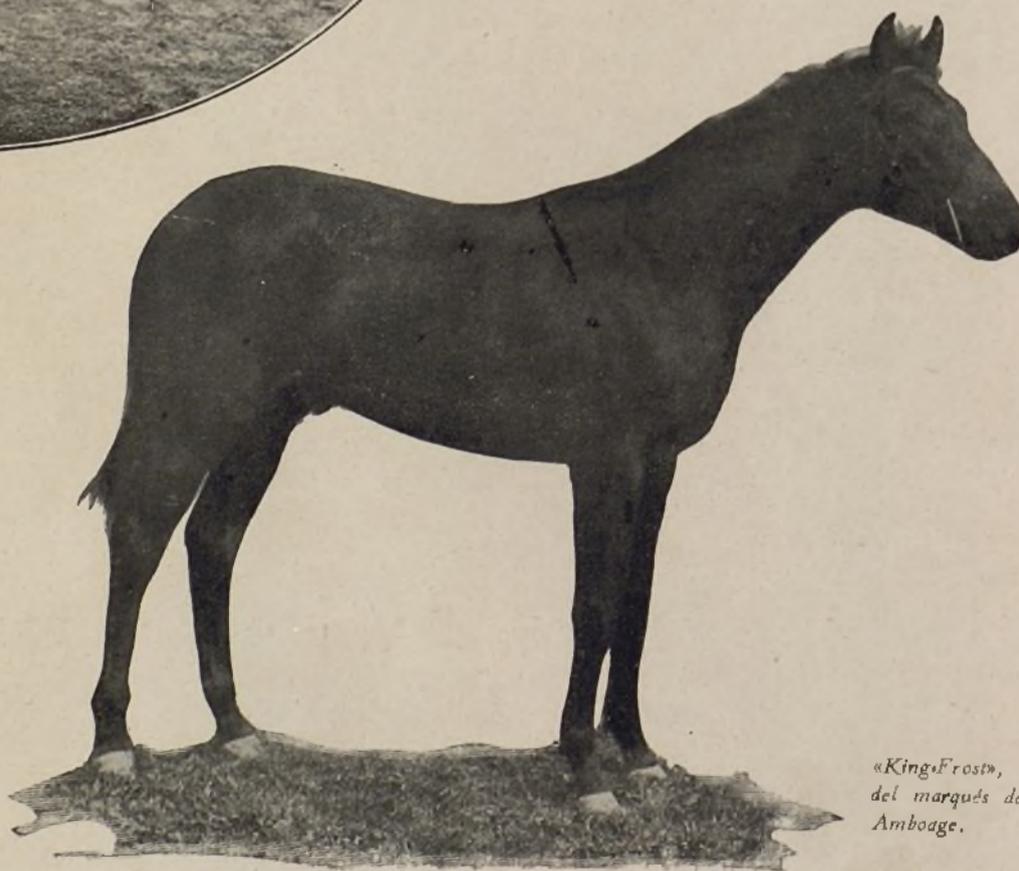


«Mianio», de don Luis Felipe Sanz.

cholo, del conde de Torres Arias, el potro de más clase que hubo en España en estos últimos años, y *Axdir*, de D. Luis de Goyeneche, prototipo de caballos útiles y honrados.

En el Hipódromo madrileño, la pequeña tribuna del entrenamiento está concurridísima, y allí se comenta y se discute en ese ambiente amistoso tan característico de nuestro *turf* reducido y simpático. Como es natural, atraen con preferencia la curiosidad de los asiduos a los dos años, más numerosos que en otras temporadas. Don Francisco Cadenas, que tan lucida campaña acaba de

realizar, cuenta con un lote numeroso, del que destacan *Quitamanchas*, un nacional del marqués de Lorian, y el importado *Rialtor*, del conde de Velayos. De los del capitán Letona resalta *Ontaneda*, propia hermana de *Inanité*. También son dignos de mención *Pipo*, de la Escolta Real, que, aunque destartado



«King Frost», del marqués de Amboage.

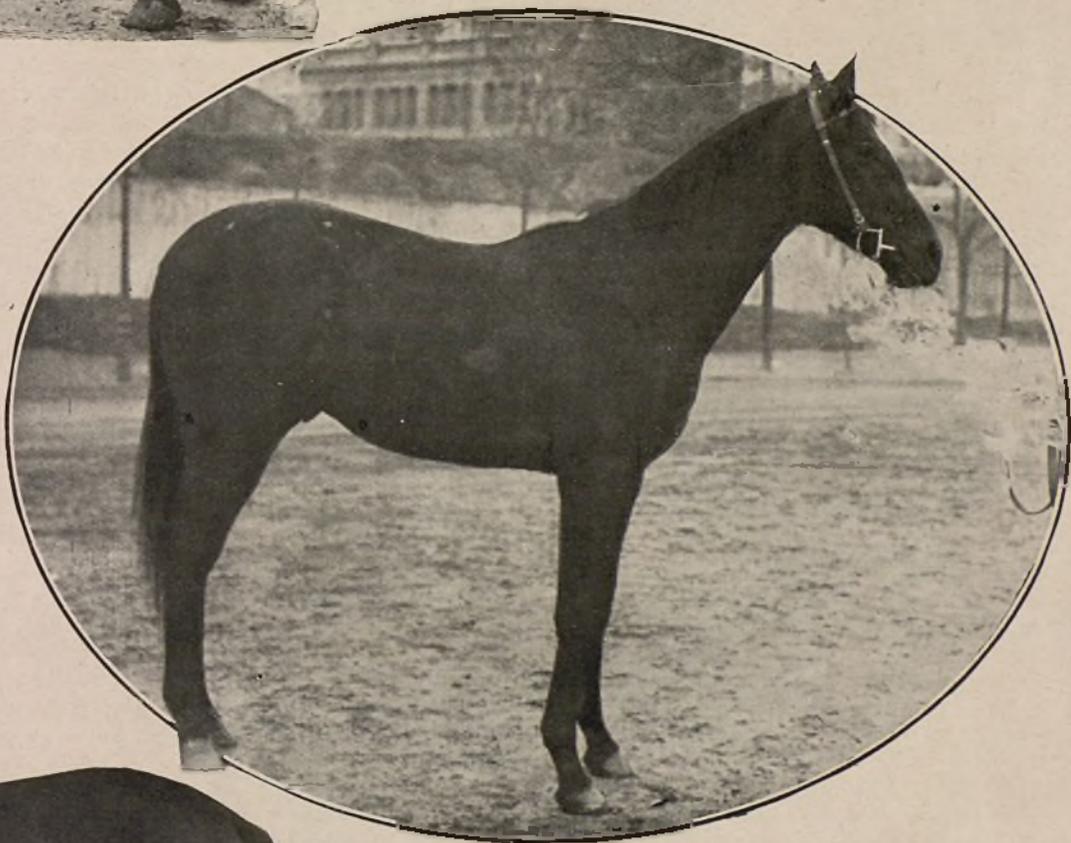
Carreras de Caballos

¿Será alguno de éstos el *crack* de la nueva generación? El tiempo lo dirá, cuando abran de nuevo sus puertas los hipódromos de la Castellana y de Legamarejo, y acudan otra vez los devotos de la pura sangre, ese lugar geométrico de las razas caballares, a rendir culto a su afición. De momento puede cada cual hacer los pronósticos que sean más de su agrado, aun cuando luego haya de tirarlos y sustituirlos, como boletos equivocados de las apuestas mutuas. Y son estas conjeturas, más o menos esperanzadas, las que constituyen el especial encanto de las mañanas de entrenamiento, en las que, sin la policromía de las chaquetillas, ni las elegancias del peso, ni la simpática algarabía de la general, desfilan en su *canter*

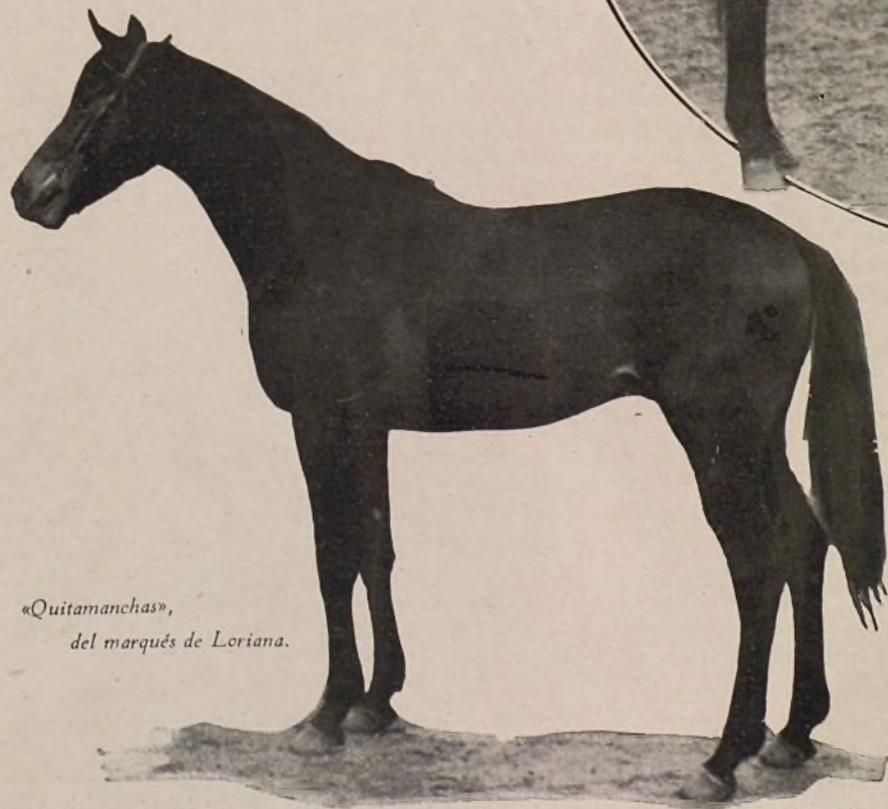


«Rialter» del conde de Velaye.

e inarmónico por el crecimiento, se mueve como los buenos; *Turia*, de la cuadra Cavanillas-Ponte-Macorra; *Miami*, un potro muy Keror, de don Luis Felipe Sanz, y *Kings Frost*, del marqués de Amboage; ambos confiados a G. Higson, un preparador que se aproxima rápidamente al peñolón de cabeza.



«Pipo», de la Escolta Real.



«Quitamanchas»,
del marqués de Lorian.

los futuros protagonistas de la fiesta del *turf*, esa galopada de ilusiones que es de los pocos adornos de este siglo prosaico que huele a gasolina y a literatura de publicidad.

R. DE C.

(Fotos Marin)



Divagacio-
nes frente
al mar.



La francis-
cana des-
conocida.

por Ceferino R. Avecilla

ESTA imagen en que una mujer, sin duda amiga de los animales como nuestro padre San Francisco, alimenta a las gaviotas de Niza, es realmente bella. En realidad, el interés de la imagen no nos lo ofrece la señorita, sino las gaviotas. En un ser humano no tiene nada de particular el dar de comer a los animalitos de Dios. En el fondo, no deben estimar ningún testimonio de nuestra ternura. Porque con la misma sencillez echamos miguitas a los pájaros y a los peces que nos los comemos. En esto, el hombre sigue la enseñanza de los Apóstoles. Uno de los espectáculos más deplorables que nos ofrece el mundo es el de un corral. Hace falta ser un verdadero miserable para engordar a las gallinas y a los conejos, y a los palomos y a los patos, con objeto de poderlos devorar durante más tiempo. Realmente, el hombre que da de comer a sus gallinas se da de comer a sí mismo y coloca a réditos su glotonería. Esto es sencillamente deplorable.

* * *

La señorita del malecón no pone nada en el interés de esta escena. Quienes lo ponen todo son las gaviotas. Estos pájaros son heroicos. Ved con qué gallardía arrostran a los hombres y a las mujeres. En tal instante se sitúan por sobre la Humanidad. Significan el menosprecio más rotundo hacia sus naturales enemigos. A la señorita o a la señora que les da de comer la rodean los espectadores inevitables, en cuyos rostros flotan las expresiones más diversas. Pero todos tienen un gracioso dejo de superioridad. No obstante, los únicos seres verdaderamente superiores son las gaviotas.

* * *

Esta tendencia a alimentar a las gaviotas, donde ha logrado su expresión más terminante es en las playas belgas. Allí la industria de la explotación del forastero ha instalado unos artilugios de pesca en los malecones. Sirven para extraer del mar unos leves pececillos, que se ofrecen vivos a los pájaros del mar. El espectáculo y la diversión, en lo que se refiere a los peces, es realmente cruel. Pero quizá ha contribuido a la demostración de las gaviotas de todas las playas europeas terminantemente prestigiosas.

Es posible que estas determinaciones hayan contribuido también a ofrecer a París el curioso espectáculo que se produce todos los inviernos en las Tullerías. En las épocas de los grandes fríos, durante las cuales navegan en el Sena unos témpanos grises y a medio sumergir demasiado siniestros, y las aguas dan la impresión de una fiebre y sube su nivel, que se debate con la niebla, aparecen unas gaviotas que llegan a París remontando el río. El espectáculo es realmente absurdo. Parece que se les ha perdido el mar y que lo buscan con una desesperada rapidez en el vuelo. Inopinadamente, una mañana se mezclan a los gorriones, a las palomas y a los mirlos, que reciben a sus nuevas hermanas en los jardines de las Tullerías y aun en la plaza de Carrousel. Es decir, a dos pasos de los bulevares.

En el fondo, estas gaviotas que caen sobre París son muy poco simpáticas. Empequeñecen el recuerdo de los acantilados. Dan la sensación de unos animalitos demasiado contemporizadores. Abdican del orgullo que debieran sentir por ser «de mar». Sobre los jardines urbanos y sobre la corriente del río oscuro y turbio son realmente unos pájaros tan presos como los de un parque zoológico. Cuando aparecen las gaviotas en las Tullerías, adquiere París la apariencia de una gran jaula. El río, en su

ampulosa marcha hacia el mar de Rouen, reconviene a las gaviotas, y no quiere permitirles que le acaricien el lomo como acarician el del mar.

Pues estas gaviotas domésticas de Niza son un espectáculo tan deprimente para tales animalitos como el que ofrecen a París. Realmente Niza, con rocas y sin dramas del mar, no ha menester de las gaviotas para la composición de sus marinas. Las gaviotas son unos pájaros hechos para el mar bretón. Demasiado próximas a nosotros, tienen una lamentable apariencia de palomas desvergonzadas y narigudas. Pero el snobismo de los señoritos que se exhiben en el paseo de los Ingleses acabará dando a las gaviotas de Niza una importancia que están muy lejos de merecer. Se pasean por las márgenes del mar con la misma pretenciosa impertinencia que los invernantes. Por fortuna, aun quedan algunos románticos que se extasían ante el vuelo de estas aves audaces, como si quisieran igualarse a ellas y descubrir sus destinos con la interpretación de los círculos a que les conducen sus alas. En todo caso es más razonable que darles de comer como a los gorriones.

* * *

De seguro que los transeúntes particularmente caritativos con la hermosa gaviota, desconocen los conceptos franciscanos del amor. Pero, en cambio, nadie como ellos para comprender esos momentos decorativos, que son los que hacen agradables las visiones de Niza en invierno, y de Deauville en verano. El secreto de la dulzura y de la belleza de Francia reside en la intuición que tienen las francesas de lo decorativo. La elegancia es la expresión ambulante de esta virtud pagana. He aquí un magnífico ejemplo en esa señorita que da de comer a las gaviotas. Parece que está hablando con el cielo. Y en cuanto a las aves blancas y negras y vertiginosas, sobre la inefable armonía azul del cielo y del mar — laberinto de espejos armado por la Naturaleza para extraviar a los hombres que se abandonan a las madejas de sus rutas sin saber los secretos de sus salidas —, son el mar hecho témpano, para el biombo o para el pañolón bordado que puede soñar un asiático tejedor de sedas.

* * *

Es conturbadora la coincidencia contemporánea de la exaltación de la vanidad y este aspecto del franciscanismo que consiste en dar de comer a las aves. Hace pocos meses murió en París el primer hombre que fue amigo de los ampulosos gorriones de las Tullerías. Pero hombres como él existen ya en todas partes. En cuanto a las palomas, dan testimonio de una soberbia demasiado femenina. Y, en general, están muy bien emplazadas. En Madrid, en el Palacio de Comunicaciones, recuerdan que pueden ser una alegoría del correo, como lo son en Checoslovaquia. En Roma parecen una agrupación de los Espíritus Santos. En Venecia, las gaviotas dulces que corresponden a los canales. No obstante, hay en un rincón europeo unas cofradías de palomas realmente absurdas. Viven en las cornisas blancas del Casino de Montecarlo. Ahora bien: estos animalitos es posible que no sean palomas, sino cuervos blancos, como los de las leyendas persas.

* * *

En cuanto a las gaviotas apacibles y sociales de Niza constituyen, sin duda, una claudicación de las alas. Su gubernamentalismo ha llevado a los aires una sumisión nada ejemplar. Yo sospecho que estas señoritas que les dan de comer lo hacen con la esperanza de conseguir de ellas que, a cambio de unas golosinas, les enseñen a volar.

CEFERINO R. AVECILLA



SIN duda, el suceso más importante del siglo XIX lo fué el advenimiento de la gran Prensa. En ninguna otra época tuvieron los valores espirituales y los intereses de la sociedad un órgano de condensación y transformación tan formidable como el llamado «periodismo». Sobre todo, naturalmente, el periódico diario.

De aquí la importancia que toma en floración subitánea el periodista como figura representativa de todo el siglo. El periodista deviene tipo básico y colector de otros tipos afluentes, que antes vivían en esferas aparte y autónomas: el político, el financiero, y hasta en algunas ocasiones el científico y el militar. En esos tiempos primerizos, la Prensa por sí misma tenía menos fuerza que hoy. Pero como recogía y seleccionaba los hombres de toda procedencia, servía eficazmente de trampolín y punto de apoyo, lo mismo al hombre de talento que al aventurero audaz. Eran los tiempos en que un artículo derribaba a un Gobierno; las amenazas de un libelo se acallaban con un acta de diputado, y entre los cuartos de banderas de los cuarteles y las redacciones de los periódicos se urdían los pronunciamientos.

Todos estos hechos tenían una significación trascendental. Algo se fraguaba en la vida de las naciones, de las colectividades, estructurado y alentado por el creciente desarrollo de la función periodística, que no era posible contener por más tiempo. Este algo era ese complejo que, como ser individual y ente multitudinario, llamamos «público».

El público ha sido, en realidad, una invención periodística. El invento y la palabra que le designó—«público»—fueron anteriores a la existencia rigurosa de tal. Pero, una vez definido por la palabra creadora—su *fiat lux*—, se erigió para siempre en el verdadero protagonista del tiempo moderno. La historia contemporánea no reconoce otra plebe, ni otro caudillo, otra víctima, ni otro tirano que el público.

Antes de aparecer la gran Prensa, ¿existía de veras la función multitudinaria de opinión y mandato?

Existían sólo el pueblo, el vasallo, la multitud ciega ignara, sin morfología singular ni voluntad coherente. La vida entera se hallaba sumida en tinieblas, dividida en acciones separadas clandestinas y dispersas. El individuo vivía aislado. De lo más que el individuo podía informarse era de las pequeñas ocurrencias acaecidas en el breve círculo o gremio de la corporación de que formaba parte. Cada clase social se confinaba

en sus ideas y en sus costumbres. Cada individuo, en su celda doméstica. Apenas sabía nadie nada de lo que sucedía fuera de sí mismo y de la restringida esfera en que actuaba. Mas de pronto una mano tocó la llave de la luz. Los focos eléctricos iluminaron el universo en tinieblas. Y todos pudieron extender libremente la mirada hasta las fisonomías y los parajes más remotos, en ansiosa inspección. En total conocimiento. La conciencia colectiva tomó por primera vez en la Historia posesión de sí misma. El periódico diario constituía su espejo. Registraba los hechos y los lanzaba a todos los espacios; fichaba las ideas, recogía y condensaba tendencias, emociones. Modelaba criterios.

La Prensa y el público crearon una fuerza común incontrastable: la opinión pública.

* * *

Los primeros que se dieron cuenta del valor de la Prensa y la utilizaron en su servicio fueron los políticos.

Antes de que nadie pudiera advertirlo se apoderaron de ella y se adiestraron en su manejo. Pero no tardó en llegar el instante en que el instrumento público se hizo superior a sus manipuladores. El gran diario acabó absorbiendo al individuo y a toda clase de designios particulares, e instauró su misión plural y verdaderamente—característicamente—popular.

Llega, en fin, la hora de su redención. Las luces de sus maquinarias veloces se funden y confunden con las del alba del siglo XX. Un pequeño salto: ocho, diez años; fiebre industrial, de intensificaciones, de apetenencias, de propaganda; luego la gran guerra europea, el dinero y la rapidez de las comunicaciones. El período cenital surge. El pleno dinamismo vital de la rotativa coloca a la hoja impresa en la categoría (quizá definitiva) en que hoy la vemos.

¿Qué elementos contribuyen a este engrandecimiento? Dos, principalmente. Uno profundo, interior económico: la Industrialización. Otro exterior, cultural, literario: la Información. (Pudiéramos llamarla menos féméricamente «publicidad».) A la impulsión interna que el negocio proporciona a la Prensa corresponde el abarcamiento infinito de la misma en todos los órdenes de la idea. Y, por consecuencia de la lucha.

* * *

Es cierto que a cambio de estas ventajas se han ido perdiendo muchos encantos del viejo periodismo. Los periódicos pintorescos han desapa-

recido. ¡Aquellos periódicos entusiastas—combativos, apasionados—*gol-fos!* Eran más bien folículos de cuatro planas. Editados en alguna imprenta oscura y barata. Salían casi siempre encendidos de furia. Los redactores y colaboradores, a falta de sustancia gris, que no solían derrochar, tam-poco ahorran sangre y bilis para cada artículo y aun cada palabra. Titulares buídas como saetas. Entonces le era al escritor más difícil que ahora perder su personalidad periodística aislándola (al revés de lo que acontece actualmente) de la literaria. El literato entonces podía salvarse como tal, aunque ejerciese con intensidad el periodismo. Hoy le es casi imposible. En cuanto a las ambiciones egoístas, se hallaban perfectamente amparadas antaño para todo el que supiese manejar la pluma con regular destreza. Lo «pintoresco» alcanzó, bajo el imperio absoluto de la «*minerva*», una revelación tan alta como nunca volverá a obtener. Podemos ase-gurarlo. Por vía pintoresca fabricábanse ministros, funcionarios, repu-taciones, fortunas. Las corruptelas han durado hasta el advenimiento de la rotativa y de las grandes tiradas.

Pero hay un estadio de cierto peligro todavía «pintoresco» cercano a nuestra actualidad, que avanza históricamente hasta los años de la gue-rra europea.

Así como la diferencia entre la vieja Prensa del XIX y la del XX es cues-tión, sobre todo, de organización y de fuerza, la que existe entre la Pren-sa de antes de la guerra y la posterior a ésta es de puro concepto.

Los grandes diarios españoles de principios del siglo corriente, no son «pintorescos» a la manera que lo fueron los de la época isabelina y la regencia. Pero no dejan aún de ser sensacionalistas. Quiero decir que se escriben con arreglo a un complejo álgido y destacante de sensacionalismo.

El buen periodista de esos años cree que lo esencial es atrapar al lec-tor por el flaco de su sensiblería y—como se afirmaba en las redacciones—hacer *el suceso*. Procuraban a toda costa dar el *do* de pecho. Consecuencia lógica de este criterio fué la flotación principal en las primeras planas de la anécdota escandalosa; la información y comentario de los espectáculos de recreo, teatros y toros, y de los sucesos de sangre. Cuando no se dis-ponía de un buen asesinato lo bastante interesante por sí mismo para conmover el sistema nervioso del lector, se inflaba un crimen vulgar, manufacturándolo en la mesa de redacción, con sus inevitables ingredien-tes de misterio y concupiscencia.

Después de la guerra, la luz de la rotativa aclaró el concepto sensa-cionalista.

Desde luego, este elemento no puede, ni debe, desterrarse en abso-luto en la función de la Prensa. Lo primero que tiene que inspirar un periódico es el interés, la curiosidad de quien lo lee. La habilidad consiste en mezclar y equilibrar los factores sensacionales con los ideológicos y doctrinarios, sin prescindir de ninguno de ellos. El tono medio de la Prensa moderna no puede ser otro, porque el tipo corriente de lector ha cambiado mucho.

Es necesario que el periodista sepa no colocarse en servil retaguardia del público, limitándose a servir sus apetencias, sean o no morbosas, sean o no mezquinas. Sino que avance un poco delante de él, con la mirada fija, más que en los grupos, fuertes por el número, en las minorías, fuertes por su ilustración y su inteligencia.

La «opinión pública»—tan zarandeada—no se contenta ya con la mera teatralidad del grito y del gesto. Felizmente.

Además de los hechos y del relato objetivo, pide el croquis aclarador de las ideas. Junto a las acciones materiales que constituyen la trama de la vida, exige el discernimiento de la interpretación. El suceso simple y brusco y su contorno ideal, en verbo ceñido. En el fondo, no puede ser de otra manera el nuevo periodismo.

Se ha dicho, y no sin razón, que la Prensa inspira recelos, y aun odios, en gran parte del público. Hay mucha gente que tiene, además, un concepto lamentable del periodista. Ignoran los que así piensan que el periodista es el hombre que maneja los valores sociales de mayor fra-gilidad. En la profesión periodística, como en todas las profesiones, exis-ten el hombre venal, el despreocupado y aun el francamente indigno. Pero mientras en las otras actividades el campo de *operaciones* es para el *indeseable* corto, limitado, con apenas trascendencia hacia fuera, hacia la calle, en el periodismo el área en que se puede realizar el mal es enorme. El amor propio, la fama o el desprestigio de un individuo están en manos de un escritor público. En la inmensa mayoría de los casos, el periodista no abusa de su fuerza. Incluso suele ser generoso.

Otro de los errores en que se cae con frecuencia es el de creer que los grandes diarios de Empresa—y no puede haber en nuestros días ningún gran diario que no sea de Empresa, de gran Empresa—son más dóciles a la servidumbre de intereses particulares que lo eran los de antaño.

Ya he dicho antes que aquellos periódicos románticos eran, por lo general, entusiastas, ingenuos y poco susceptibles de otra esclavitud que la que imponían con su franco fanatismo los propios ideales. Pero, en cambio, cuando surgía la publicación deshonesta, el clásico «sapo» re-sultaba casi imposible descubrirle y reconocerle en medio de la vaga y humilde personalidad de las otras publicaciones.

Hoy esto no puede ocurrir. Una gran Empresa se halla observada, vigilada por infinitos ojos. El régimen empresario en gran escala implica ré-gimen de gran publicidad, de grandes rivalidades, una fiscalización pública insobornable. El primer interés que ha de tener en cuenta una firma perio-dística entre todos sus intereses, ha de ser el de su crédito. El crédito moral resulta, además de provechoso para la conciencia, utilísimo para la marcha del negocio. El interés particular de banca o industria se disuelve hoy en el vasto sistema de un diario de extensa circulación con inacaba-ble rapidez. Hasta el punto de que muchas veces lo que nació con un espíritu puramente industrial, acaba por conquistar autonomía completa y superar con otro objeto más amplio, la restricta idea con que vino al mundo.

No es, pues, por otro lado de la industrialización capitalista por donde amenaza el peligro. Si los peligros de tal género existen algunas veces, no son desconocidos, y ello asegura su inocuidad. El verdadero peligro para la Prensa grande y chica de nuestros días arrecea por el flaco de la estatificación. Por el influjo autoritario que sobre la Prensa ejerce el Es-tado. Si aquélla no se aviene a ser un órgano sumiso de éste, la función liberal—expansiva, libre—, que constituye la razón de su existencia, puede ocurrir que se marchite o pervierta. El problema podría llegar a ser grave en todas partes si, como ha ocurrido en algún Estado europeo, la Prensa se convierte en un conjunto de monitores del Gobierno. Tal desgracia cerraría su porvenir. Lo empañaría como espejo de la vida.

ANTONIO ESPINA

CAMISERIA

NOVEDADES



Rivero

10, CARRETAS, 10

MADRID

TELEFONO NUM. 16199



Apuntes para una semblanza



del histrión



Luis Esteso



Es caso frecuente en España que, no ya el ingenio, el genio mismo, brote — silvestre, natural — en el ajetreo de la calle, entre esguinces, rebeldías y afanes.

Para los españoles, decir cultura (en la más fina acepción de la palabra) no es decir instrucción; no educación social, no ciencia, sino algo más hondo, imponderable: el estilo de sus movimientos instintivos; el modo de sus grandes intuiciones. En suma: su posición radical frente al mundo, tanto o más neta que en el ilustrado, en el ingenio lego.

Cultura española es el estilo con que piensan filósofos e imaginan poetas. Cultura española es también el aire senequista de las sentencias rústicas y la agudeza de los epigramas infraurbanos. A la cultura española pertenecen, pues, los raros productos de ese talento especial, de ese originalísimo espíritu de histrión: D. Luis Esteso y López de Haro.

Luis Esteso era un bufón genial, pero era también un estimable erudito. Conocía a fondo los escritores clásicos; llegó a editar y comentar sagazmente a un poeta del siglo de oro; escribió también poemas en que su talento queda probado. La delicadeza de su gusto y su inteligencia literaria son indiscutibles.

Y, sin embargo, por una vena loca y disparatada, como arrastrado y zarandeado por un imperioso destino, Luis Esteso (entre bailarinas y cupletistas, vestido de verde) exhibía su desfachatez en los escenarios del género ínfimo. Su vis cómica era eficaz y caudalosa; su intención no desdeñaba ni aun los más bajos resortes de la risa. Cualquiera público, ante él, se convertía en un público bronco y como formado de matarifes, señoritos y polizontes. Crudezas que, desde Quevedo casi, no había escuchado España, fueron lanzadas al rostro de la gente por este incomparable descarado. Quien, no obstante, en ese violento contraluz de su figura, en ese ser y no ser, o ese ser no siendo — tan sorprendente — que tenía, era un gran tímido.

El cinismo de Esteso había de forzar en cada caso la censura del pudor. Bajo su palidez, sudorosa y patibularia, se adivinaba el pánico de los buenos toreros momentos antes de hacer la faena nunca vista. Comparaba ante el espectador — el espectador le llamaba como se llama a los perros: con un chasquido de lengua — todo lleno de azoramiento. Daba la sensación de que no tenía nada que decir, y sólo a fuerza de presencia conseguía salvarse, con las palabras y las acciones más inesperadas. Cuando yo escriba su biografía, relataré peripecias como la de aquella noche en que hubo de dominar el encrespamiento de un público desmandado, desabrochándose ante él los pantalones: anécdotas tales que sólo caben en la no compartida responsabilidad del libro.

Esteso era el hombre que se azora en las encrucijadas y toma salidas absurdas. Tenía mucho del paleta que, acosado por la multitud, reacciona entre turbado, cínico y brutal. Su estilo de vida y de arte estaba doctado de esas quiebras que hacen pensar en un juego de tauromaquia, en una cosa peligrosa y a la intemperie aun en lo más cotidiano. En ocasiones recordaba el estilo del doctor Torres y Villarreal; en ocasiones, el de Gómez de la Serna.

Pocas veces acertará a lograrse en un individuo tan extraña composición psicológica: un alma tan rebosante de ternura, sarcasmo y desvergüenza. Era tímido, y cometía las mayores audacias; era delicado, y hacía las mayores groserías; estaba plantado frente a las verdades últimas, y resultaba inverecundo y farsante...

En Esteso hay un lírico fracasado; un poeta que, al advertir poco, aligera su musa, la recorta, le procura un tragicómico aleteo de gallina degollada — cada día más parecía Esteso un cocinero chino —, y buscaba el efecto cómico, impulsado a la vida granuja, ya en la burla desgarrada, ya en la procacidad sin disculpa.

No obstante su pergeño innoble; a pesar del ridículo traje verde con que se presentaba, en su cara afeitada, rosa, había algo — quizá la frente ancha, intelectual; quizá la mirada tristonca — que le prestaba un cierto aire de gran señor sobre la villanería de sus saltos y de su palidez. En este contraste, en esta aguda intersección de sol y sombra, en esta colisión entre lo vil y lo distinguido que en su persona se producía, han visto algunos de los escritores españoles que repararon en su genialidad, la clave de su estilo.

Su estilo era azorado, roto, hecho de traspies y equivocaciones. El chiste — definía Esteso — es un tropezón de la frase: uno va hablando; de pronto tropieza; se ríe la gente, y uno sigue hablando.

Tal era, en efecto, su técnica, con la que perseguía efectos intensos, pero momentáneos. Su imaginación — agria, castiza imaginación de ibérico — era volandera y desigual: se cogía a empujones a los asideros de la eternidad, como el viajero que toma el tren en marcha. No pretendía descubrir nada; tan sólo poetizar al paso la realidad más real y transitada; dar a lo insignificante un sentido. De aquí el carácter ocasional de la mayor parte de sus chistes y poemas burlescos.

Son muchos los tomos en que está conservada la letra de su ingenio. Pero su gracia era una gracia viva, a cuyo resultado cooperaban con eficacia el mismo espectáculo de su presencia, su gesticulación, su desaprensivo encogimiento de hombros, la entonación de su voz...

Los libros de Esteso ofrecen material abundante para un estudio de su estilo, e incluso algunas piezas de estimable valor literario; pero no constituyen en sí sino un mero reflejo de su personalidad. En ellos pueden encontrarse, renovados, los motivos tradicionales, las preocupaciones hispanas de siempre: la muerte, el hambre, el engaño. (Luis se había otorgado el título de «Rey del Hambre y de la Risa», pensando, sin duda — o subpensando — en el hambre reída del peninsular y en la risa que termina en bostezo.) Su conocimiento de los clásicos no era mera gala, sino raíz de que su ingenio se nutría.

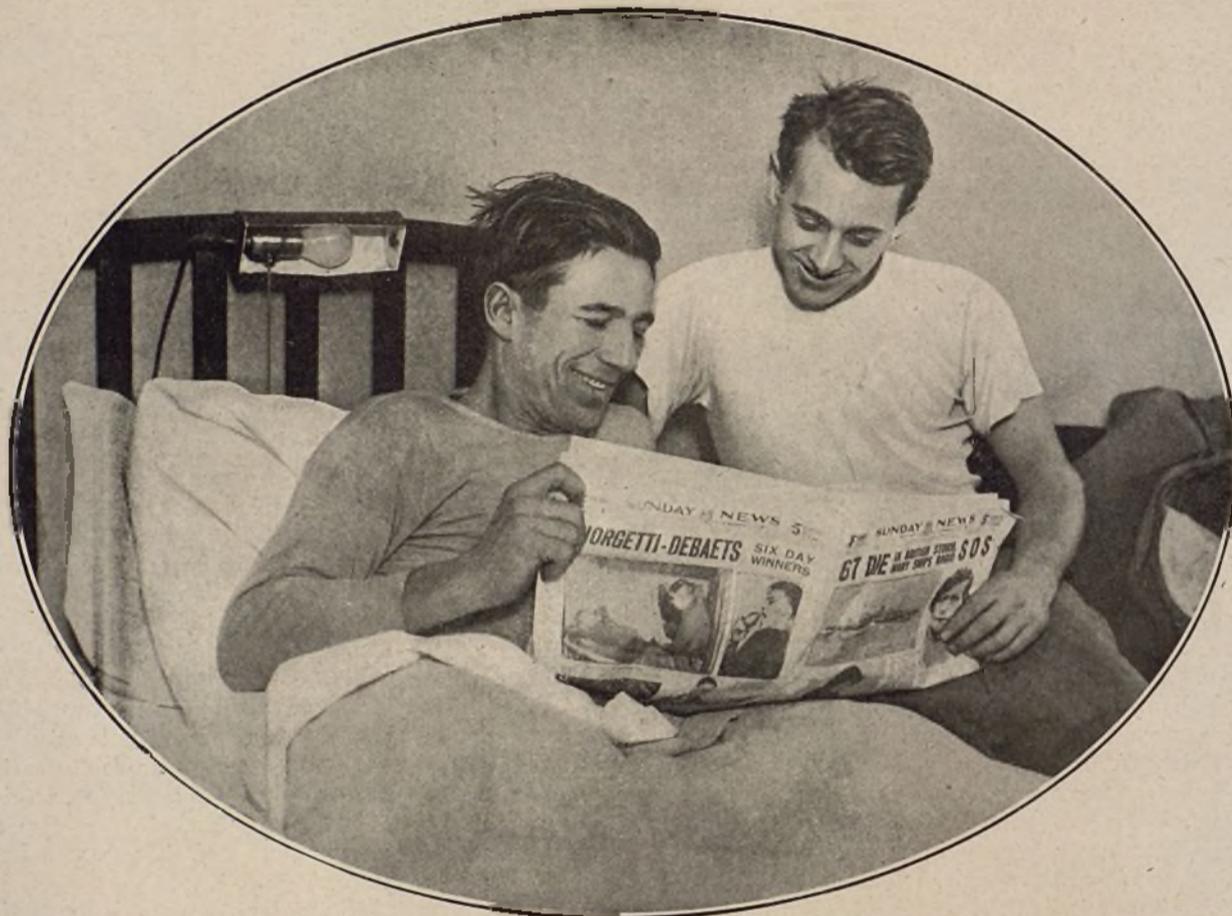
Pero más que sus obras escritas, era interesante su tipo: tipo racial que hubiera podido producirse en la Castilla del Arcipreste Juan Ruiz, y, probablemente, en la Roma inmunda de Marcial; y que, sin embargo, fué muy de su momento, de su día y de su Madrid. Tipo castizo: brote espontáneo de una cultura.

FRANCISCO AYALA

VIDA —Las grandes pruebas CICLISTA —internacionales

Después
de los
Seis Días de
Nueva-York.

La vuelta
a Francia y
los palmares
Españoles.



El italiano Giorgetti y el belga Debaets, vencedores de los Seis Días de Nueva York.

(Foto Marin.)

UNA de las más importantes pruebas del ciclismo internacional es la de los llamados Seis Días de Nueva York, que tiene por escena el Square Iguaren Garden, y que reúne en la pista del gran velódromo yanqui a los más afamados *routiers* de España y América.

Los Seis Días neoyorquinos son lo que pudiéramos llamar el cebo americano para los *routiers* del viejo continente. Son ciento cuarenta y cuatro horas de pedaleo casi constante, sólo con aquellos necesarios paréntesis de descanso que el desgaste físico exige. Exhibición suprema de energías; muestra decisiva de cómo pueden acertar a maridarse músculo e inteligencia, ya que es voz corriente en el mundo ciclista que se corre más con la cabeza que con los pies.

De los recientes Seis Días de Nueva York os ofrecemos un interesante documento gráfico. Contemplad en él a los vencedores de la prueba: a dos europeos, al belga Debaets y al italiano Giorgetti, que formaron el equipo de la victoria.

Después de la triunfal carrera, los dos vencedores, hundidos en un

reparador descanso, se dedican a la lectura de su propia proeza. ¡La vanidad! La vanidad no conoce el cansancio.

* * *

Miguel Mució, el veterano ciclista catalán, ha enviado ya su inscripción a *L'Auto*, de París, para participar, representando a España, en la Vuelta a Francia. Este gallardo ejemplo dado por Mució es de los que merecen el aplauso unánime de toda la afición española. Perder en la gran *Tour* es quizá más honroso que triunfar en las pequeñas pruebas comarcales, en las que algunos otros cifran todo su orgullo de *ases* de la ruta. La categoría, en todas las actividades de la vida, siempre la ha dado el enemigo. Veamos, pues, cómo Mució, anticipadamente a la prueba, ya ha visto el laurel ceñido a su frente.

Mució ha dado la respuesta a su propósito «No voy a triunfar. Voy a demostrar que también en España se sabe correr», ha dicho.

Sepa Miguel Mució que tan pronto la difícil *Tour* comience, el aliento de todos los españoles idólatras del ciclismo ha de acompañarle etapa tras etapa. Esto por sí sólo ya constituye un galardón al mérito.



LO NUEVO EN
EL DEPORTE



Miguel Mució

EN EUROPA
Y AMERICA

LOS TRICICLOS EN PARIS

COMO las bicicletas en Amsterdam, los triciclos forman parte de la fisonomía callejera de París. De buena mañana, los recaderos de tiendas, comercios, despachos y *magazines* salen con sus nuevos «potros» en correría por la ciudad. Es una verdadera nube de triciclos que amenaza al viandante, que llena las amplias vías de esfuerzo, de animación y de vida.

El triciclo es el ser híbrido que en la escala de la moderna «zoología» mecánica se clasifica como producto entre la bicicleta y el *sidecar*.

Es cómodo, es simple, es veloz. Tiene toda la solidez del comercio bien conducido sobre sus ruedas.

Todos los años París concede al triciclo una gran prueba deportiva; su carrera es ya algo esencial en las costumbres parisienses. Doscientos, trescientos, quinientos muchachos ágiles rivalizan pedaleando por los anchos bulevares. Ved aquí en el grabado un momento de la pintoresca prueba junto al Sena. Y, al fondo, la Torre Eiffel. ¡París!

París, delicioso y bello, aunque sea en triciclo.

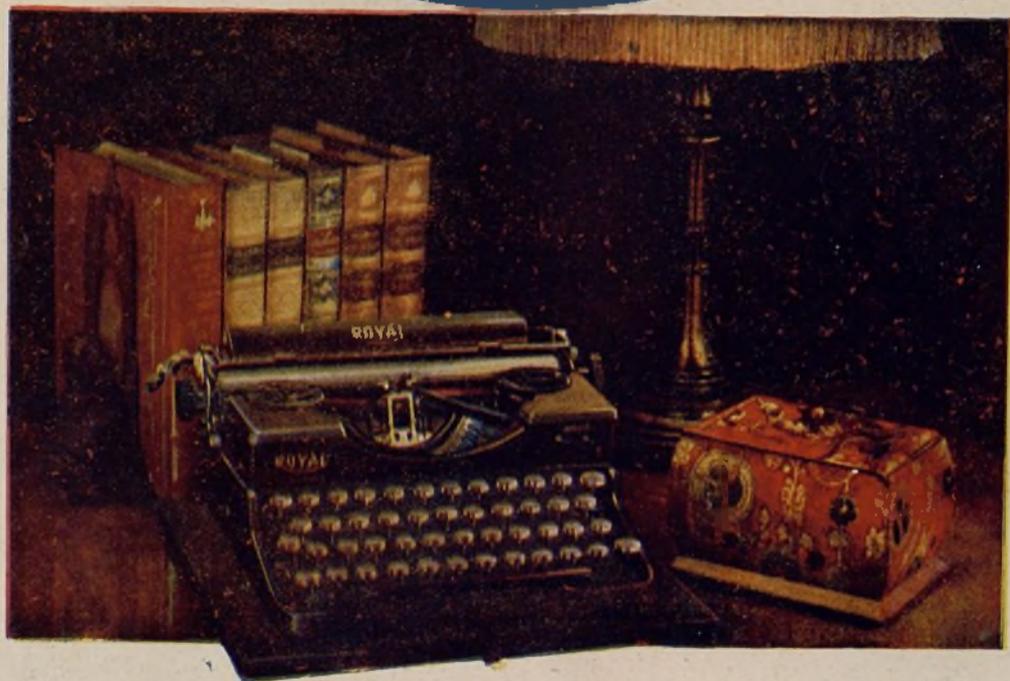


Un interesante momento de la carrera de triciclos comerciales celebrada en París

(Foto Orrios.)



ROYAL



**Satisface todos
* los gustos ***

*Para su
oficina
y para
su hogar*

**En colores armoni-
zando con sus
muebles**

CONCESIONARIO EXCLUSIVO:

TRUST MECANOGRAFICO, S. A.

**AVENIDA CONDE PEÑALVER, 16, ENTRESUELO
MADRID**

**SUCURSALES: ZARAGOZA, BILBAO, GIJON,
VALLADOLID, TARRAGONA, MALAGA, VA-
LENCIA, CORUÑA, CEUTA, GRANADA,
BARCELONA, SEVILLA, CARTAGENA, ME-
LILLA, BADAJOZ, CASTELLON, LEON, AVILA
Y CUENCA.**

LA MUJER Y EL DEPORTE



Las tres atletas vencedoras del cross femenino de Perival (Inglaterra)

LA FUERZA Y LA GRACIA

El atletismo a través del campo

Eva y los remos sobre el Támesis

La mujer ensancha cada vez más su radio de acción en el deporte. Los clubs atléticos femeninos se multiplican. La cadera de Calixto conoce ya la tirantez del músculo a punto.

Es Inglaterra el país que va a la cabeza en el deporte femenino. El campo es todo él un inmenso estadio para el *cross*. Unas piernas blancas, sólidas y ágiles, vienen a recordar el viejo poema de las ninfas que huyen del fauno bajo los árboles.

El Támesis es el canal de los idilios y el río de los deportes. Su amplio cauce, sus frondosas riberas dan motivo sobrado a las expansiones del alma y al fortalecimiento de las fibras mozas.

La mujer ama y rema; que el amor no está reñido con el deporte.

Dejadlas con el remo en la mano. Que al volver a pisar tierra firme habrán afilado el músculo y elegantizado la silueta. La mujer más fina y más fuerte. ¿No es acaso todo un programa de belleza clásica?



Cinco bellas remeras inglesas del Club Racing de Londres «posse», a las orillas del Támesis, antes de una de las regatas. (Fotos Martín)

Las marchas hípicas en Inglaterra



CABALLOS

Y

JINETES

Lord Denman y Miss Gudy Denman en plena marcha hípica.

(Foto Marín)

POCOS países como Inglaterra para el cultivo de los más variados deportes. «Cada inglés—como dijo Oscar Wilde—es un corazón en ejercicio.»

El *golf*, el *fútbol*, el *hockey*, el *tennis* son altares donde se rinde culto entusiasta al buen deporte; pero quizá no haya ninguno en el Imperio que alcance mayor devoción que el de la hípica. El caballo merece, entre los británicos, todas aquellas predilecciones a que se hace acreedor por su nobleza y por su ayuda al hombre. Es por este mismo concepto de cooperación de racional y bruto por lo que el caballo alcanza un más alto nivel

en la escala de las socializaciones en Inglaterra. Se le aristocratiza, se le eleva al asignarle un papel puramente deportivo o de lujo cuando sus condiciones raciales lo permiten.

Son las llamadas marchas hípicas las que actualmente están haciendo furor en Bretaña entre los elementos deportivos de significación: grandes marchas por etapas con brutos especializados en este género de ejercicios.

Ved en el grabado a lord Denman y a miss Gudy Denman, su hija, en una de sus famosas marchas por el condado de Sussex.

EL FUTBOL NACIONAL

LA VUELTA DE MEANA

*El hueco
del equipo
español*

TODA la Prensa asturiana, apenas sin excepción, habla de la vuelta a los campos de fútbol de Manolo Meana. La satisfacción está justificada porque Meana, que ha llegado a serlo todo en el deporte nacional, puede volver a serlo hoy más que nunca. Su puesto, desde que él marchó, continúa vacío.

Uno de los mayores problemas de todo *once* nacional es el de la designación del puesto de centro medio.

Lo que en *argot* deportivo suele llamarse «eje de equipo», cuando existe, bien ocupado y mejor defendido, parece como logrado lo esencial del *once*: la dirección, la personalidad, la fisonomía, ya que el centro medio es, por decirlo así la fuente que surte los diferentes regatos que alimentan el equipo. Cuando el lugar primordialmente tiene en él un hombre que ejerce de precario, el hueco en él abierto puede ser la hebra tras la que se vaya todo el resto del tejido. Y ése es el problema español. El problema del fútbol nacional español es, hoy por hoy, un problema esencialmente de medio centro.

Desde la retirada de Meana, el fútbol nacional ha carecido de un eje de equipo con la suficiente personalidad para ir confiados a los grandes choques internacionales. Ni Gamborena, ni Marculeta, ni Solé, ni Guzmán — aun siendo buenos jugadores — reúnen aquellas condiciones de elasticidad, fortaleza, dinamismo y noción de juego necesarias para la creación de un ataque ordenado o el emplazamiento de una defensa bien organizada. Cada



Manuel Meana

*El gran
problema del
medio centro*

uno de ellos apunta un defecto visible: Gamborena, la resistencia física; Marculeta, la fortaleza; Solé, el brio; Guzmán, la experiencia. Cualquiera de estas condiciones ausentes de un centro medio es lo bastante para que todo *once* español sea un *once* «tocado» en su origen. La reaparición de Meana puede devolver la confianza al aficionado, la solidez a nuestro cuadro representativo.

Recordamos a este respecto lo que la Prensa italiana decía de Manuel Meana a raíz del partido que los *onces* de Italia y España jugaron en Milán:

«Meana—exponía—es el más firme puntal del equipo español. Es un medio centro que nos recuerda la modalidad del profesional inglés en el difícil puesto. Fuerte, resistente, científico, no es sólo un creador del juego, sino que en la defensa es un zaguero más y, en el ataque es un sexto delantero.»

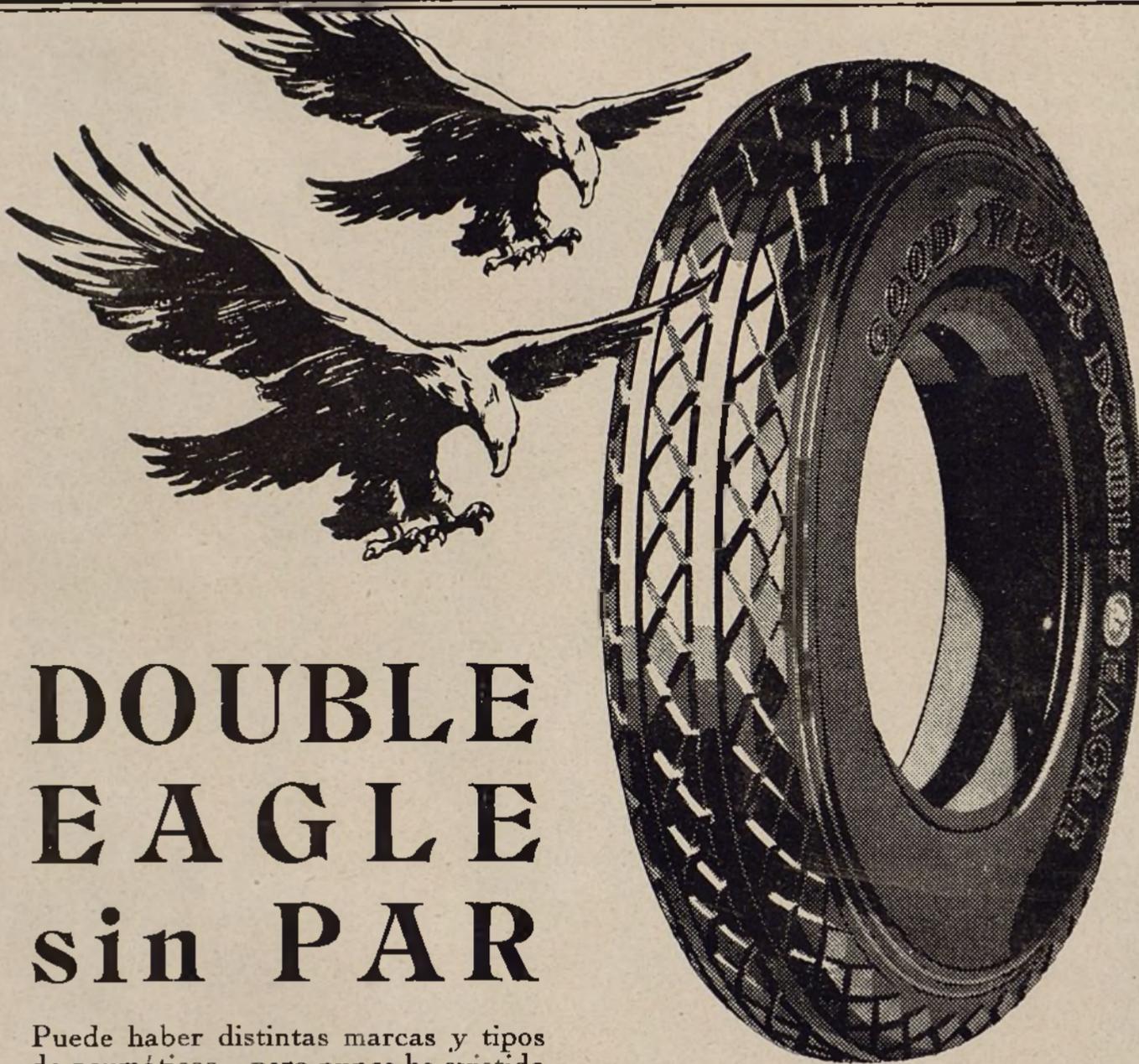
Es exacto. Manuel Meana, luego de René Petit, es el centro medio más capacitado que ha tenido España, para no decir el mejor. Hemos tenido que naturalizar español al que, por alma y sentimientos, es nuestro connacional, pues a Machimbarrena sólo le damos primacía sobre Meana en el sentido más científico del juego, en la estilización de la jugada. Meana le aventaja en muchas cosas.

Por todo esto es por lo que la reaparición de Meana, con todas sus aptitudes sanas y dispuesto a incorporarse plenamente al juego, puede señalar para el fútbol español un nuevo y firmísimo motivo de consolidación.

RIENZI



El equipo de «proballes» para designar el «once» español que jugó por primera vez contra Portugal. De él salió ya Meana (X), por su magnífica actuación nombrado centro medio titular del equipo representativo de España.



DOUBLE EAGLE sin PAR

Puede haber distintas marcas y tipos de neumáticos—pero nunca ha existido nada como el Double Eagle. Es algo distinto — un super-neumático — una creación original.

Fué ideado y perfeccionado sin reparar en gastos. Se construye en número limitado solamente para aquellos que deseen poseer lo mejor en cuanto a seguridad de neumático, confort y economía. Es un neumático superior a las necesidades corrientes.

Pero la diferencia entre el Double Eagle y el neumático ordinario es mayor aún, puesto que no es sólo un neumático mayor y más fuerte, sino en todos sus aspectos «el neumático de los neumáticos».

Para todos los neumáticos Double Eagle, Goodyear construye una cámara Double Eagle igualmente superior y resistente.

IDENTIFICACIÓN

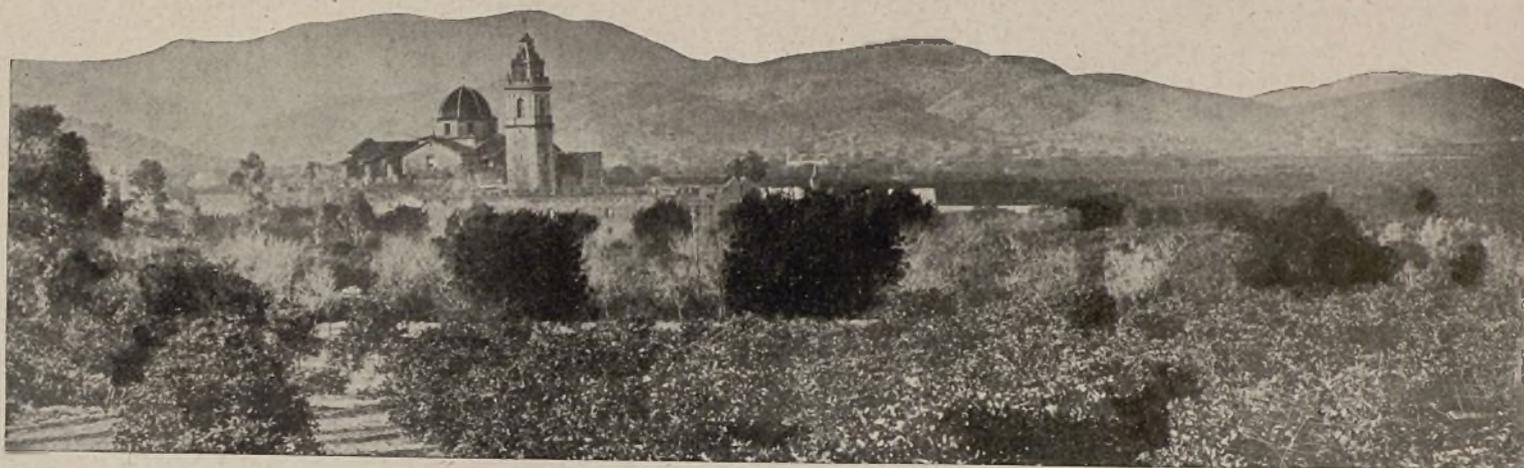
En las paredes del neumático hallará V, una silueta plateada de la Double Eagle, marca universal de calidad suprema, símbolo de la combinación Goodyear de la madura experiencia con el impulso juvenil que ha producido el neumático de los neumáticos.



GOODYEAR

¡GORDAS Y DULCES!

Nuestra embajadora la naranja



Un bello pueblo levantino aromado por los naranjos



RUEDA LA BOLA...

A la chica ha tirado la naranja que la mercó su madre, y corre tras ella hasta alcanzarla. Y la tira otra vez. Y otra... La naranja sigue corriendo. Y en su costumbre de correr, ha corrido tanto, que muchas se salieron de España. Atravesaron las fronteras; saltaron a los vapores de carga, y unas llegaron a Inglaterra; otras a Alemania y a Francia; muchas a Bélgica y Holanda, y a Suiza, a Noruega, ¡a medio mundo!

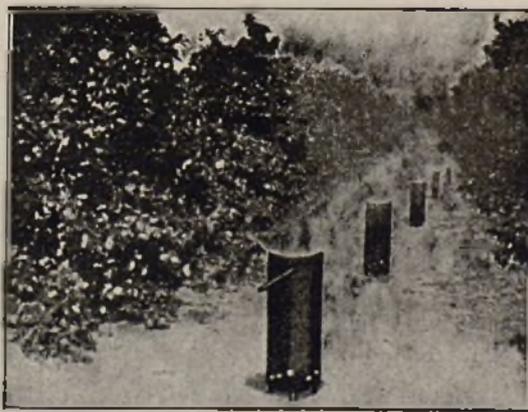
¡Naranjitas de España!... Juguete y golosina del «crío»; Samaritanas del soldado en la dura marcha; baldón y castigo del torero que no se arrima; merienda sutil de la comadre, que en los días soleados del invierno saca la silla baja al paseo y echa, en plena calle, una pieza a los calzones de su hombre; disfraz de las medicinas amargas; joyerito de vitaminas... Son las naranjas españolas sostén, alegría y orgullo de nuestra patria.

UNA FAMILIA FRIOLERA

El naranjo pertenece a una familia aristocrática: las auranciáceas. En el género *Citrus*, nombre propio de este frutal, hay varios árboles distinguidos: el limonero, *Citrus Limonum*; el cidrero *C. Médica*; el llamado bergamota, *C. Bergamia*; el limero, *Citrus Limetta*; el *C. nobilis*, productor de las naranjas mandarinas; etc., etc.

Pero a la familia la han puesto un mote, y los llaman agrios: los agrios. Como si fueran descendientes de Don Quintín «el Amargao».

Es una familia de frioleros. El naranjo, que vegeta entre los 30 y 40° de latitud geográfica, pide un clima cálido; medias no inferiores a 9°, y mínimas que no rebasen los dos o tres grados bajo cero; y eso por pocas horas, pues si no peligra su cosecha. Una exposición sur, en terrenos algo inclinados, le es particularmente propicia. Alturas mayores de 400 metros en las proximidades de las costas, o superiores a 250 metros en el interior, no «lé van».



Para librar a los naranjos del grave peligro de la helada, se los detiene con nubes de humo

En Levante, como zona especialmente naranjera desde el 20 de diciembre a mediados o fin de enero, el labrador no vive mirando al cielo y al termómetro. No sólo diferentes insectos: serpetta, piojo rojo, algodón, cochinilla, pulgón, etc., y varios parásitos vegetales, pueden destruir su cosecha. Hay otro grave riesgo: el frío. Por eso, en países americanos, los naranjales disfrutaban en los períodos críticos de las ventajas de la «calefacción central».

Hogueras; filas de estufas de petróleo, etc., etc., están preparadas para arder tan pronto el Servicio Meteorológico, auxiliado por las estaciones de radio, cursa la voz de alarma.

Según diversas experiencias, alrededor de los 5° bajo cero se comienzan a helar los frutos. Temperaturas que, por fortuna, son raras en nuestra región del naranjo.

EL ARBOL

El naranjo es un árbol serio, de porte noble y majestuoso. Si hay árboles desnudos, con una desnudez que da frío, otros visten en todo tiempo el traje de sus hojas perennes.

El del naranjo es verde oscuro. Sus hojas son coriáceas, brillantes, con el peciolo alado. Y en las tibias noches de primavera todo el naranjal es verbena. El aire huele a flor de azahar, ese aroma delicado y sensual que escapa de entre las blancas corolas; cantan, danzan y se enamoran los alados insectos, y de las ramas del naranjo cuelgan, para alumbrar la fiesta, como farolillos japoneses, inflados hesperidios.

A PROPÓSITO DE HESPERIDIOS

Vamos a tener que echar mano de la socorrida Mitología.

Hesperidio..., hesperidio. Sí; ya está. Vienen del Jardín de las Hespérides.

Pero, empezaremos por el principio.

Las Hespérides eran unas hacendosas mu-

chachas, hijas de Atlas y de Hesperis, que tenían un jardín delicioso muy lejos, muy lejos: hacia Occidente. Estas señoritas guardaban las manzanas de oro—naranjas—que habían regalado a Juno (la diosa), con motivo de su reciente enlace. Luego hay un dragón de cien cabezas que defiende el dorado fruto, apetecido por el rey Euristeo—quizá para una naranjada—. Después entra Hércules en escena, mata al dragón y se apodera de las naranjas. Pero otros dicen cosas distintas. Total: un lío, y como todo es mentira, ¿a qué seguir?... Pero de aquí viene lo de hesperidio.

DOS PALABRAS DE SU CULTIVO

El naranjo, que requiere suelos de mucho fondo, y si es posible una arena silicea que tenga arcilla y cal, se multiplica generalmente por injerto, a escudete, sobre naranjo franco o borde lo grado por semilla. Empieza a florecer entre los cinco y ocho años sobre la madera de dos, y de los dieciséis a veinte se encuentra en plena producción.

Requiere, como todo cultivo que rinde mucho, abonos minerales y orgánicos, y, además, riegos frecuentes en verano—de cinco a quince, según los suelos y los climas—; podas mesuradas; labores que mantengan el suelo mullido y limpio... Varias prácticas culturales que aquí no pueden ni citarse. Para eso están los libros.

LOS CONSABIDOS NUMERITOS

Es imposible escribir estos artículos de líneas generales y de «altos vuelos» sin echar mano de los consabidos numeritos. Ustedes perdonen, porque van a ser unos cuantos.

El naranjo, cuya importancia agrícola en nuestro país es tan marcada, que ha dado nombre a una región: la región del naranjo, ocupa, según datos oficiales, una extensión aproximada de 60.000 hectáreas, produce de 11 a 12 millones de quintales métricos de fruto, y nos trae al año cantidades de dinero extranjero que oscilan entre 250 y 300 millones de pesetas. Dicha renta, la más saneada partida de nuestra balanza comercial, corresponde a una riqueza aproximada de 5.000 millones de pesetas.

Veintidós de las cincuenta provincias españolas cultivan naranjos en cuantía que aprecia la estadística. Pero de ellas puede decirse que sólo ocho, o con manga algo más ancha, doce o trece, merecen llamarse «naranjeras».

Destaca extraordinariamente Valencia, con unas 27.000 hectáreas puestas de naranjo, casi la mitad del total, y alrededor de 6.000 millones de quintales métricos de productos. Valencia es conocida en el mundo

Nuestra embajadora la naranja

por sus mujeres de tez pálida, por su paso doble triunfal y por sus frutos agridulces.

Sigue a Valencia Castellón, que también es «gente»: 17.000 hectáreas y cerca de tres millones de quintales. Y vienen luego, ya a muy respetable distancia, Murcia, con 4.000 hectáreas escasas; Sevilla, con 2.500; Málaga, con poco más de 2.000; Alicante y Tarragona, cada una con 1.000 y pico; Almería, Córdoba y Huelva (entre 800 y 500 hectáreas); Granada y Cádiz, con 300...

En Extremadura hay naranjos, pero ocupando sólo de 100 a 200 hectáreas por provincia. Las demás, se las dan de naranjeras—salvando Baleares y Barcelona, que tienen justificados motivos—, es por ganas de presumir.

Cultivan naranjos... como podría yo tenerlos en un rincón abrigadito de un huerto de la Ciudad Lineal. ¡Por puro capricho!

Coruña, Santander y otras pueden cantar aquello de

A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene;
metí la mano en el agua:
la esperanza me mantiene.

Nuestra cosecha de naranja marcha, en buena parte, al Extranjero. Según datos de la Unión Nacional de la Exportación agrícola, en la campaña naranjera 1928-29 se exportaron 7.500.000 quintales métricos de fruto, al tipo medio de 40 pesetas quintal métrico, y se emplearon, aparte del consumo de las zonas productoras, unos 900.000 quintales en el resto de las provincias. Total, nada.

Quitando Madrid, Barcelona y una docena de ciudades del centro y norte de la Península, ni se come ni apenas se conoce la naranja. Y si no, la estadística. Un inglés, dice, come anualmente 70 naranjas; un belga, 36; un alemán, 27; un español, 6. ¡Es una vergüenza!

Nuestras naranjas corren mundos... El movimiento de viajeras en la última aludida campaña, acusa los resultados siguientes:

Gran Bretaña.....	3.425.000	quintales métricos.
Alemania.....	2.223.000	» »
Francia.....	1.198.000	» »
Holanda.....	690.000	» »
Bélgica.....	416.000	» »
Suiza.....	149.000	» »
Noruega.....	132.000	» »
Suecia.....	110.000	» »
Dinamarca.....	84.000	» »
Checoslovaquia.....	59.000	» »



Das bellas valencianas aún no influenciadas por la moda.

Nuestra embajadora la naranja

Etcétera, etc. Porque van a otras muchas partes, pero... es demasiado precisar.

ENTREACTO

¡Uf! Ya saltamos de los números. Mientras los olvidamos, voy a contarles algo típico del cultivo del naranjo en España: el caso «Mas carós», por ejemplo. El terreno que ahora ocupa ese hermoso huerto fué adquirido en 11 pesetas y... un cerdo. Años más tarde, cuando estuvo transformado en vergel, y tenía sus naranjos en producción, una parcela de tal huerto se ha vendido en 10.000 pesetas.

¡Loor al cultivador levantino! Que, arrancando piedras, abriendo pozos, transportando a espuestas, puede decirse, la tierra laborable, ha hecho surgir del páramo esos espléndidos naranjos emplazados en enormes y verdaderas macetas. Homenaje a su esfuerzo; a su afición al campo, a su talento natural. Talento y dotes de observación que lograron la naranja «rameta», y la llamada Berna, y la «macetera» murciana, selección esta última de variedades de piel fina; y el mejoramiento de la variedad americana «Washington navel», y tantos otros éxitos. Tenacidad que ha conseguido que la campaña naranjera que antes, a principio de siglo, sólo duraba cinco meses—de fin de noviembre a mediados de abril—, empiece ahora al final de octubre y dure hasta bien entrado agosto, y... ¡aun se meta en septiembre!



La naranjal se limpia y selecciona por tamaño y por calidad antes de envolverla en papel de seda y llevarla a las cajas



Recolección de la naranja

Milagro, el de este gran labrador que logró en Alcira, en Carca gente, en Orihuela, en tantos sitios, esos naranjales modelo, sin rival en el mundo, por los que ha llegado a pagarse hasta 35.000 pesetas hectárea.

Y, SIN EMBARGO...

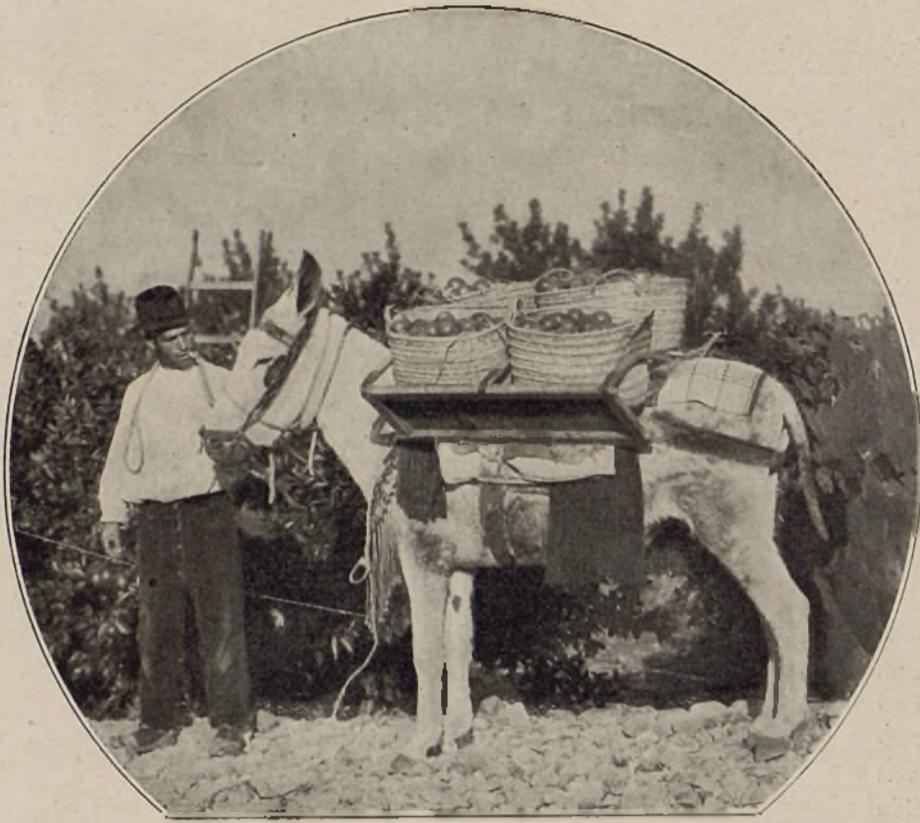
Por un equivocado egoísmo, atendiendo más a la cantidad que a la calidad, nuestro agricultor naranjero contribuye a que mucha de su naranja, superior en clase a las de procedencia extranjera, apenas pueda resistir doce fechas de travesía, mientras aquéllas, con viajes peores, aguantan veinticinco días y más.

Y por creer—muy mal credo—que su papel termina en el huerto, cuando el fruto comenzó a sazonar; por su resistencia a asociarse (ni para combatir las plagas, ni para atenuar los efectos de las heladas, ni para defender su naranja de la competencia que la de California, Florida, Jaffa (Jerusalén) y otros lugares, la hacen en el mercado mundial); por su carencia de instinto comercial dejando la cosecha a la buena de Dios, en manos de exportadores, intermediarios extranjeros y vaporistas, surgen, cuando la producción, como ocurre hogaño, es espléndida, esas «crisis de la naranja», más agudas porque el agricultor persevera en sus moldes clásicos y estrechos, hoy inservibles.

No sólo hay que producir, obligadamente, naranjas escogidas, de buen tamaño y limpias; no sólo hay que afinar en el abonado,

*Nuestra
embajadora
la naranja*

en las fumigaciones, en el injerto de las variedades más apreciadas, sino que hace falta agruparse para la defensa común; es necesario conseguir en el interior y para fuera transportes rápidos y económicos, que hoy nos faltan; es indispensable reglamentar y ordenar el envío del género, para no producir atascos que a todos perjudican; debe tenderse a abaratar la producción, favoreciendo por cuantos medios sea posible el mayor consumo interior; hay que crear una marca nacional y que acreditarla... Están ya muy lejos aquellos tiempos en que el naranjo sólo era adorno de huertas y jardines. Desde mediados del siglo pasado, cuando la explotación comercial de la naranja consistía en remitir a Francia por Navidad cinco o seis millares de cajas, al momento presente, han cambiado mucho las cosas. La técnica y la organización americanas nos hacen guerra. ¡Tenemos que «estructurar» la naranja, para que sigan dando riqueza



Del huerto al almacén

las, jarabes, golosinas, esencias, alcohol de azahar, ácido cítrico...

OMISIÓN QUE DA QUE PENSAR

He hablado largo y tendido del naranjo. De la naranja. Pero ni una sola palabra de «la media naranja». ¿Razón? ¿Motivo?... ¡Es mi secreto!

ANTONIO GARCIA ROMERO



El puerto de Valencia se llena de cajas de naranjas llamadas a cruzar los mares, como pregón de España en el mundo



Páginas cinemato- gráficas

SE RUEDA

“SIN NOVEDAD EN EL FRENTE”



Fay Wray es una artista que aparece con escasa frecuencia en las pantallas madrileñas. Y es lamentable, porque en ella se encierra un gran temperamento y un contenido dramático de honda emoción. En cada una de sus últimas actuaciones subraya estas privilegiadas cualidades artísticas, que la sitúan en primer plano de interés cinematográfico. (Foto Paramount.)

SE traduce al cinema la novela de Remarque. Noticia aprehendida en una revista profesional extranjera: «Las escenas de batalla de *Sin novedad en el frente* se filmarán en California. Un enorme terreno de 110.000 acres ha sido preparado y convertido en campo de batalla. Más de 10.000 personas, entre protagonistas y comparsas, vivirán alejados de los más importantes pueblos cercanos durante muchos días, en ese campo, en barracones y verdaderos campamentos, que realzarán la autenticidad de las escenas.»

Se adivina el comentario de muchos «buenos aficionados» al cine: ¿otro *film* de guerra? ¡ya es mucha guerra! Aunque parezca increíble, se dice eso. Hemos tenido ocasión de oírlo durante la proyección de una banda sobre temas de la gran guerra, estrenada no hace mucho tiempo. Esos novios y esas familias que llenan nuestros cinemas son enemigos de los *films* de guerra. También se oye por ahí, ante los escaparates de las librerías, plenos de literatura pacifista, humana: «¡Ya son muchos libros de guerra!; ¡ya está agotado el asunto!...» ¡Agotado el asunto!... Pero

nada de esto ha de extrañar en un país que en 1917 fabricaba, en gran escala, unos botoncitos para la solapa que decían: «¡No me hable usted de la guerra!» Y esa especie de condecoración del egoísta y del cobarde tuvo mucho éxito. Nuestros ojos, infantiles entonces, la recuerdan, grabada en la memoria. ¿De qué podría hablarse, qué tema ocuparía las conversaciones de aquellos años? En nuestra burguesía acostumbra a interrumpirse la deglución del cocido cuando un diario registra un asesinato misterioso, o no misterioso, de una sola persona. Cuando las víctimas se elevan a media docena, la gente se para en la calle a comentar el luctuoso suceso. ¿Qué debió pasar en esas fechas, en los días de la guerra, cuando morían diariamente cerca de 10.000 hombres—los más fuertes y aptos—, asesinados por los procedimientos más bárbaros y monstruosos que cita la historia humana? Pues no pasaba nada. Bastaba colocarse el botoncito en el ojal, y quedaba prohibido hablar de aquella espantosa e inicua carnicería. ¡No más *films* de guerra, ¡No más novelas de guerra! ¡No me hable usted de la guerra!, se continúa exclamando.

El gran artista judío Al. Jolson, famoso cantor de "jazz-band", en una escena de su última producción "Say it with songs", con el diminuto actor Davey Lee, maravilloso intérprete del "sonny boy" en "El loco cantor".
(Foto W. B.)



Páginas cinematográficas

NOTICIAS DE TODAS PARTES

Paul Fejos, el realizador de *Soledad*, maravilloso film que pasó por Madrid sin la atención merecida, rueda ahora *La Marsellesa*, banda sonora y parlante, de la que son protagonistas Laura La Plante y John Boles.

Y Alexander Korda, en un estudio próximo, filma *Las Princesas del Dollar*, transcripción cinematográfica de la famosa opereta.

Se desconfía de la justicia en la concesión de los grandes premios literarios y artísticos. Para los que así piensan, recogemos esta noticia: en Norteamérica se ha proclamado a la película *Cuatro hijos* el mejor film de 1929. Exactamente, de la temporada 1928-1929. Y, casualmente, de esa misma temporada son *Soledad* y *Y el mundo marcha...*

Es preciso, absolutamente necesario, hablar de la guerra. Todas las novelas y libros pacifistas que se han publicado, y muchos más que se publiquen, no agotarán el tema. No hay nada más interesante que hablar de la guerra, de sus causas y de sus efectos. Nada más ineludible que evitar su repetición. Y la mejor actividad a que puede dedicar el cinema su enorme potencia difusora y ejemplarizante, es construir films de guerra, rudos, limpios, en los que se refleje con nitidez el espanto de la guerra. Hay que cerrar los oídos a las proclamas de los jóvenes imperialistas que andan barritando por el mundo. Ellos no habrían de ser los primeros en ir a las trincheras. O irían agregados al Estado Mayor. Para contrarrestar su influencia—una entre muchas de más importancia—, debe considerarse la aparición de un nuevo libro pacifista como el surgimiento de un grito contra la guerra. Y la de un film en torno a la gran tragedia, como un documento vivo y gráfico en favor de la paz.

Deseamos que el film *Sin novedad en el frente* esté bien realizado; que transporte a la pantalla, en la mejor plástica cinegráfica, toda la emoción dramática de la obra de Remarque: su verismo y su interés. Que haya dos clases de libros contra la guerra: los de páginas impresas, y los escritos en el libro de grandes páginas blancas, altares de una nueva religión, que son las pantallas cinematográficas.

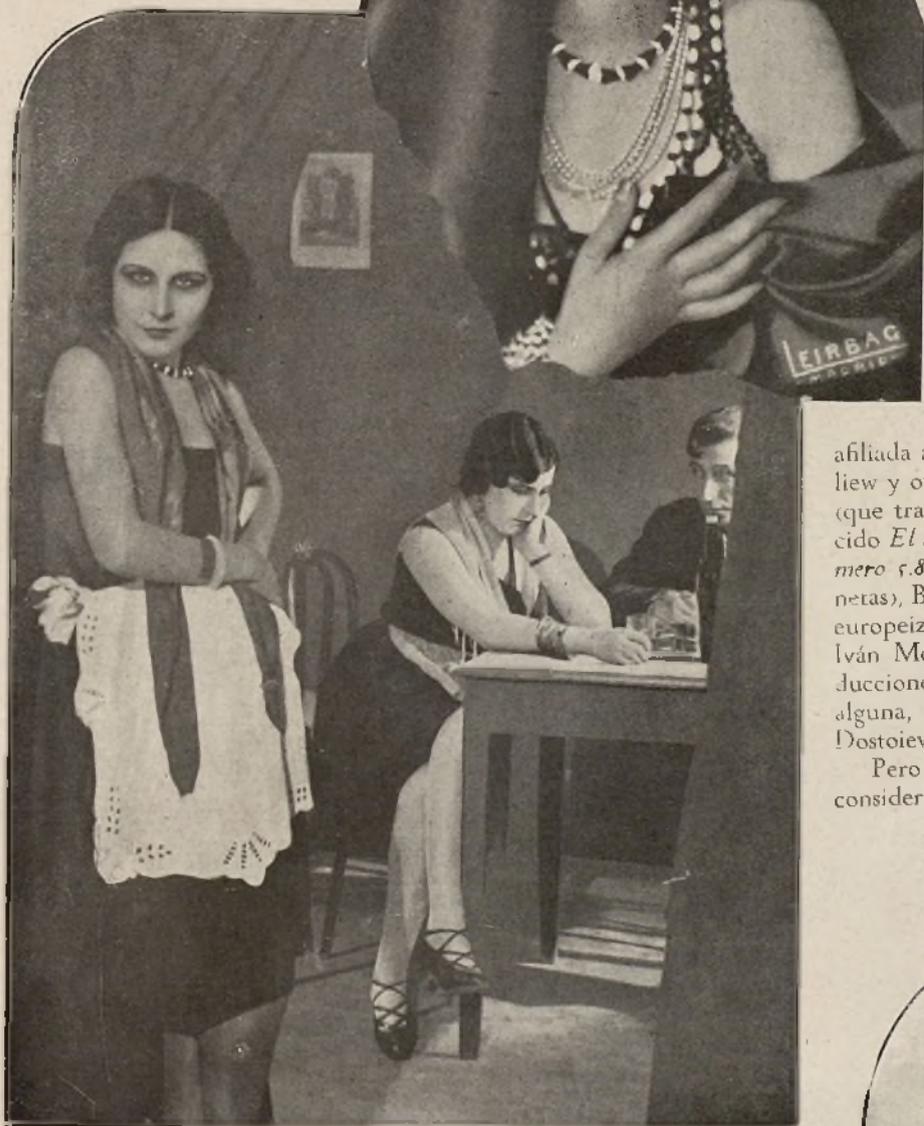
FERNANDO G. MANTILLA



La bellísima actriz de la F. N. Leatrice Joy
(Foto Firsnational)



Entre las artistas cinematográficas nacionales, Amelia Muñoz tiene una significación especial, sui generis. De un tipo étnico, cercano al de Dolores del Río, sus actuaciones son constantes promesas para el cinema español. Con toda sinceridad hay que desear a Amelia Muñoz el hallazgo de un director que acierte a revelar el posible contenido de esta muchacha, poseedora de una belleza inquietante y de un fuerte temperamento artístico.



Páginas cinematográficas

soviéticos: Eisenstein, Pudovkin, Dziga Vertoff, Dovjenco son hoy—para los buenos críticos de cinema—comparables, y hasta superiores, a los más famosos *metteurs en scene* del resto del mundo. Y algunos films: *El acorazado Potemkin*, *Madre*, *La línea general* y *El fin de San Petersburgo*, con otros como *Iván el Terrible*, *Tempestad sobre el Asia* y *El pueblo del pecado*, han conseguido el aplauso y la alabanza de las minorías intelectuales y de las mayorías en aquellos países donde su proyección ha sido permitida.

Pero el movimiento y la atención mundiales en torno al cinema de la nueva Rusia se ha despertado a partir de la Revolución. Sin embargo, el panorama total del cine eslavo tiene tanta o más amplitud que el de otro país cualquiera.

El cineasta francés Jean Arroy dice: «Los que vieron esas síntesis nerviosas y profundas—a la rusa—, tales como *La dama de piqué*, *El padre Sergio* y *La sonata a Kreutzer*, saben que si la Revolución no se hubiera producido, los cinematografistas del mundo entero habrían tenido que conceder la mayor importancia posible a estos artistas originales, de talento extraño, un poco espantosos, que son los eslavos».

En efecto: antes de la guerra había casas productoras rusas de gran fama, como las firmas Kharitonow, Russ (hoy afiliada a la Meshrabpom), Rhanjukhow, la Compañía de Moscú, Ermoliev y otras a las que pertenecían directores como Wolkow, Protozanoff (que trabaja actualmente en la Meshrabpom-Russ, para la que ha producido *El mozo de restaurant*, *El proceso de los tres millones* y *El expediente número 839*), Starevich (ahora en Francia, donde produce films de marionetas), Borisov, Turjansky (el realizador de *Volga, Volga*), etc.; y artistas europeizados y norteamericanizados como Nathalia Kovanko, Lissenko, Iván Mojuskin, Nicolás Rimsky, Ana Pawlova y muchos más. Las producciones eran a base de adaptaciones literarias, sin tendencia política alguna, de los grandes escritores nacionales Puchkin, Tolstoi, Gógol, Dostoiewsky.

Pero cuando llegó la Revolución, la Proletkulte—Soviet de las Artes—consideró al cinema como vehículo formidable y único de propaganda

En oposición a la belleza inquietante de Amelia Muñoz, esta otra más apacible y exenta de perversidad, de acuerdo con las características más esenciales de la raza, de Blanquita Rodríguez, recién incorporada al cine nacional. ¡Dios salve a la nueva "estrella" española!... Y que la depare directores capacitados y artistas. : - : : - :



Anunciado el estreno de varias películas rusas: *La aldea del pecado*, *Iván el Terrible* y *Tempestad sobre el Asia*, creemos servir el interés intelectual de nuestros lectores con el siguiente artículo referente al arte cinematográfico de la nueva Rusia en el que se ofrece—merced a importantes datos suministrados por nuestro camarada José de la Fuente—una documentada información sobre el cinema soviético. Consideramos este trabajo—publicado a título informativo, documental—como precedente necesario de esos estrenos lamentando la imposibilidad material de acompañarle con documentos gráficos, de difícil obtención por ahora.

Ante el cine sonoro-parlante la producción cinematográfica rusa tiene grandes posibilidades debidas, en primer término, a la privilegiada situación de su idioma, en cuanto al número de personas que le hablan: segundo lugar en la escala mundial—130 millones de habitantes.

Además, ese futuro del cine sonoro ruso tiene como avanzada el interés que ha despertado su producción silenciosa. Los grandes realizadores



política, doctrinal y educativa de las masas; lo que tuvo por consecuencia la nacionalización de la industria y la organización de la producción por cuenta del Estado. Entonces aparecen las primeras firmas soviéticas: La Sewzapkino, que realiza *films* como *Los partidarios rojos*, dirigida por Wisskoffsky, y *Juan el trabajador*, por Malakoff. Esta Empresa ayudó a otra de Leningrado a producir *film* virgen. Residía en Ucrania.

La ArtFilm, fundada en 1924 por el grupo cinematográfico de la Cooperativa de Mutilados de guerra, filma *El Presidente Samossadkino* como primera obra, dirigida por Weber, con el operador Engless, de la que fué protagonista el cantante de ópera Jarone.

La Goskino hace rodar los funerales del poeta Brussoff, y dedica sus actividades a la película cultural, comprando 50.000 metros de *film* educativo a la entidad sueca SvenskaFilm.

El mismo año 1924 se publica la primera revista profesional *Makhozik*, con destino a los clubs obreros y teatros ambulantes. Y comienzan a destacar como productora la República de Ucrania, con los directores Tchardinin, Turin y Kurbasoff, alguno de los cuales trabaja ahora para la productora ucraniana Wufku.

Hasta 1925 no se funda la verdadera Empresa del Estado, la Sovkino—de Sowjet y Kino—, creada en Moscú, que pronto se encarga de la distribución y controlación de los *films* de la Wufku, de Ucrania; la Bildeskino—en la Rusia blanca—, la MeshrabponRuss, la Gosvoenkino, la Goskinprom Grusig y todas las restantes productoras de la nueva Rusia. Sus accionistas principales fueron—desde su fundación—: el Comisariado de Instrucción pública, el Consejo de Industria y Economía, el Comisariado de Comercio y los cuatro Soviets principales: dos de Leningrado y dos de Moscú. Fundió, al crearse, a las marcas anteriores Goskino, Nordkino, Proletkino, Sevsapkino y algunas más, y goza del monopolio de exportación e importación de *films* en la U. R. S. S., centralizando los medios de producción y exportación de la R. S. F. S. R. (República Socialista Federativa Soviética Rusa).

La Sovkino establece cada año el plan de *films* a realizar por todas las productoras rusas, de acuerdo con el Narkompress, o Comité Central de Control del repertorio, gozando—por tanto—no sólo del monopolio industrial sino también del moral y social.

Completaremos esta información documental de cine ruso con el esquema de las principales entidades productoras, directores y *films* importantes.

La Sovkino produce en sus estudios de Moscú y Leningrado más de 150 *films* anuales, realizados por medio centenar de directores, entre los que figuran: Eisenstein (*El acorazado Potemkin*), «Octubre», (*La línea general*), Room, Kulechov (*Dura Lex*, *La Periodista*), Sefir Chub (*El último de los Romanoff*, *Los Diez años*), Taritch (*Iván el Terrible*), Vertoff, Kozintzeff y Trauberg, Yutkevitch, Olga Preobrajenskaia (*El pueblo del pecado*), Popof, Emler, etc.

La Meshrabpom tiene como accionistas al S. O. I. (Socorro Obrero Internacional), que tiene absoluta mayoría, y al grupo Russ, o Banco del Estado de la Industria y Comercio.

Páginas cinematográficas

Produce anualmente unos 50 *films* artísticos y sociales de carácter general, documentales, agrícolas y de vulgarización científica. Entre sus realizadores figuran: Pudovkin (*Madre*, adaptación de la novela de Gorky, *El fin de San Petersburgo*), Protozanoff (*El mozo del restaurant*, *El proceso de los tres millones*, *El expediente número 5.839*), Jeliabusjky, Ozep, Egguerte, Obolensky, E. V. Barnette, Kolowski, Gardine. Es arrendataria de dos grandes cinemas en Moscú y otros dos en Leningrado.

La Wufku residente en Kieff, tiene el monopolio de explotación y producción en el territorio de la República de Ucrania. Se rige directamente por un Comité de cinco personas, o Consejo de Administración, bajo la dependencia del Comisariado de Instrucción pública y el Consejo de Comisarios del pueblo de Ucrania.

A cerca de 75 *film* anuales se une una abundante producción de «Noticieros», o actualidades gráficas. Sus principales directores son: Davtchnko (*La montaña del tesoro*), Tschardynin (*Tarass Cheutschenko*), Tassin (*La orden de arresto*), Kurdiovn (*Los invencibles*) y Stababoi (*Dos días*). Actualmente funcionan en Rusia 8.581 cinematógrafos, con un promedio de entradas que significa la asistencia de 312 millones de espectadores anuales. Se construyen de orden del Comisario de Instrucción pública, y se habilitan locales para alcanzar en 1932/33 la cifra de 50.000 salones públicos, que representan 1.500 millones de espectadores, logrando que el 80 por 100 de los clubs tengan cine instalado. En cada distrito municipal funcionará un mínimo de tres locales. La producción del año 1928 se ha elevado a 125 millones de metros, y subirá a 150 en 1933. Ésta es la situación actual del cine en Rusia. El nuevo arte ha alcanzado en ese país límites insospechados de grandeza y potencia, y su organización productora y económica es realmente envidiable.

En Checoslovaquia está surgiendo un nuevo cine muy influido por la técnica alemana, pero interesantísimo. Su primera superproducción, *Erotikon* obra de Gustav Machaty, ex primer asistente de Eric von Stroheim en *Esposas frívolas*, interpretada por Ita Rina, Olaf Fjord y Luigi Serventi, obtuvo un gran éxito en París y Berlín. Actualmente, una alianza yugoeslava y tcheca lanzará al mercado *Una pobre joven*, interpretada por la misma estrella de *Erotikon*. A este *film* seguirán *Cupidité*—sonoro—, *Lujuria* y *Yo soy la culpable*, dirigida por Kminek, recién llegado de Rusia.

Como se desprende de los títulos, este nuevo cine europeo parece ocuparse en primer plano de cuestiones sexuales.

Si la influencia alemana subraya de erotismo las nuevas producciones tchecas, la técnica y el arte de Eisenstein y Pudovkin—los grandes realizadores soviéticos—ha penetrado profundamente en Polonia. *Marusia* es un *film* de técnica y concepto moral absolutamente ruso. Fuerte y trágico, de un realismo crudo—nítido—, su proyección impresionaría desagradablemente a nuestros pacíficos espectadores, acostumbrados a los apacibles *films* americanos.

F. G. M.



La bella actriz española Celia Escudero "vampiresa" oficial de nuestras producciones

«**D**E QUE ADMIRABLE MODO REPRODUCE
LA MUSICA TAN CONOCIDA Y AMADA POR MI»...

dice Feodor Chaliapine

SENTADO cerca de su magnífico gramófono, Chaliapine oye algunos trozos de su música preferida. El gran cantante ruso, creador insuperable de «Los remeros del Volga» y «Boris Godounow», disfruta ampliamente la emoción intensa de escuchar su voz robusta de impecables matices que el aparato «La Voz de su Amo» reproduce con toda perfección.

«Siempre que oigo en los discos «La Voz de su Amo» las creaciones de mis amigos o las mías —dice Chaliapine— me admira comprobar con qué exacta perfección estos discos y este aparato reproducen la música tan conocida y amada por mí.

«Cada nota, cada instrumento, el suave hilo de voz de un cantante o el brillante conjunto de una gran orquesta al llegar tan exactos, con tan nítida pureza, hacen revivir en mí toda la emoción y el placer que despierta la buena música en los temperamentos artistas. Sólo «La Voz de su Amo» puede reproducir tan fielmente nuestra labor.»

Como los principales artistas, bien sean españoles o internacionales,



Feodor Chaliapine escucha atentamente cómo el gramófono «La Voz de su Amo» reproduce su voz maravillosa de vibrantes y armoniosos matices



«El nuevo modelo de mesa 104 ofrece la misma sonoridad perfecta de los modelos grandes; se construye en roble o caoba, siendo su precio Ptas. 400

Feodor Chaliapine confía exclusivamente a «La Voz de su Amo» el derecho para la impresión de su repertorio. Visite una agencia de esta marca y vea los distintos modelos de aparatos, de mueble, mesa, portátiles, y escuche en cualquiera de ellos los discos de Chaliapine, y sus otros artistas preferidos.



DB-934. Boris Godounow (Moussorgsky) — «Despedida de Boris» — «Muerte de Boris».

DB-1103. «Los remeros del Volga» (Chaliapine-Koenemann) «El Profeta» (Rimsky-Korsakow).

DB-932. «Il Barbiere di Siviglia» (Rossini) — «Canto de la pulga» (Moussorgsky). Canción.

GRAN PREMIO EN LA EXPOSICIÓN
INTERNACIONAL DE BARCELONA

«**LA VOZ DE SU AMO**»

Compañía del Gramófono, S. A. E.

Urgel, 234, Barcelona

Pi y Margall, 1, Madrid

TEOREMA DE LLUVIA

POR
CARMEN CONDE

ILUSTRACIÓN
DE SANTA CRUZ



I

CONFLUYÓ a la noche. La verticalidad de su cuerpo deshizo los reflejos del mar. Vino una madrugada indecisa, color de ajenjo. Las sienes de los faros aletearon angustiadas.

Igor oía cascabeles de truenos submarinos. Auscultó la espalda del agua y los sintió resbalar bajo su vajilla. Hundió una mano y sacó un pez redondo, rubio, con una estrella en la boca.

Hundió otra vez la mano, tendido sobre la mar, y empuñó un horizonte. Entonces su brazo era de cristal sonoro.

Viento. ¡Oh, qué dulce apacentar el de las barcas!

Ana, transparente, cantaba más allá del mar. Igor, ahora sobre una vela de plata, remaba en el aire para arribar junto a ella. Peces y caracolas le escoltaban agitando sus campanillitas de escamas.

Pero ¡ya no estaba Ana después del mar! Era una sala enorme, desnuda; y allí, troncos y secciones longitudinales de Ana girando alrededor de un alfiler clavado al techo. Variaciones consecutivas de la luz, de la luz inicial. Sombras, albores, madurez de luz. Un perfil de Ana, una pierna esbelta de Ana, una mano, la cabellera de Ana... ¡Se derrumbó el techo! Y contra el suelo, rota en mil esgrimas, la luz, Ana corría gritando versos absurdos.

Igor no quiso ver más. Remaba, remaba. El faro verde se había cerrado. El faro rojo, inmóvil, atraía el vuelo de un avión...

Y de pronto, ¡ah traidora escolta!, se sintió hundir. Una mano de

azogue le oprimía el pecho. Oyó los truenos submarinos... Sonrió. ¿Qué dama de los hielos pasaría en su *isvostchik*?

Las olas pitaban como sirenas de barco.

II

—Igor,

Igor,

Igor.

La voz describió su elipse de ecos. ¿Dónde estaba el que desceñía a los mares de su brisa? Ana estrechó contra sus sienes la cintura del atardecer. ¡Qué locura de espejos en sus cabellos!

En la era, con el sol, amanecieron las escarchas de las estrellas.

Iba hacia él sin hallarlo. Tuvo miedo del silencio, y gritó como un barco: ¡Igor! Piedras hendidas por las lluvias y las ventolinas retuvieron la *erre* final. ¡Alto retumbar el de la tarde junto a los hombros de Ana!

En los asfaltos, los faroles eran palmeras de luz crecidas hacia el fondo. Tenían el tronco fino, seguro. Ana las surcó, pasajera de sí toda, y el panorama de lumbre y de agua se dejó patinar por un cielo compacto de ausencias.

Al otro lado del mundo ardía una voz. Igor, sobre las sombras, atravesaba al aeródromo de los ángeles. Un rumor de constelaciones estremecidas cayó sobre Ana...

¡Más cerca, casi taladrando las olas del mundo! En las palmeras luminosas, peces y estrellas frías.

Éxtasis de Ana; transustanciación de Ana.

Retumbaban las piedras cuando un cometa enhebró las voces:

—¡Igor,

Igor,

Igor!

Arquitectura

y Decoración

Historia
y Arte

*



*

El despacho
de Godoy*Detalle de uno de los ángulos de la cornisa.*

FOT. MORENO



A noticia de la próxima demolición del edificio que estuvo destinado a Ministerio de Marina hasta fines del año 28 nos ha sugerido el recuerdo de estimables obras de arte que en él se conservan y el deseo de dar a conocer algunas de ellas, que por fortuna no han de desaparecer con él. No

así otras, cuyo valor artístico e intrínseco no merecen la inversión de cuantiosas sumas para su desintegración del conjunto arquitectónico, ya que son elementos decorativos: unos, complemento de su traza, y otros, ornamentación directa en sus materiales básicos, como sucede con las pinturas de algunos techos pintados al fresco, que tienen algún interés.

El edificio, que fué proyectado por Francisco Sabatini quince años después de ejecutar el del Ministerio de Hacienda, o sea en el año 1776, no es, ni mucho menos, en cuanto a líneas generales, del valor estético de aquél; únicamente en su interior existe un núcleo de aciertos arquitectónicos, en la escalera principal, en el zaguán y en parte del patio, en lo que da entrada a lo que fueron antiguas caballerizas.

El marqués de Grimaldi, ministro de Estado del rey Carlos III, fué el primero que lo habitó; pero en aquella primera etapa conservó el edificio, en su interior, un severo aspecto, casi conventual, al estilo de

las obras herrerianas; sin embargo, cuando el Príncipe de la Paz lo adquirió, hizo transformar radicalmente toda su apariencia interna, dándole el carácter clásico de las decoraciones ostentosas dieciochescas.

Mas he aquí el misterio: tratándose de hechos tan relativamente recientes en la Historia, no se conservan, o mejor dicho, no se encuentran documentos que nos manifiesten la paternidad de aquellas obras.

No hacemos en vano esta afirmación, porque hemos procurado beber en las fuentes más copiosas, y ni Mesonero Romanos, ni Fernández de los Ríos, ni más recientemente Sepúlveda, nos dicen nada; y como colofón hemos investigado en los escritos de la benemérita Sociedad de Amigos del Arte, y tampoco hemos encontrado noticia alguna, que, de haber existido, no hubiera pasado inadvertido a la escrutadora mirada del señor Ezquerro, insigne investigador de las artes de esta época.

A pesar de todo, hemos querido nosotros investigar por cuenta propia en los archivos de Madrid, particularmente en la sección de gremios del Archivo Municipal; pero hemos trabajado inútilmente, es decir, el misterio subsiste y, por tanto, hemos de entrar en el campo de las conjeturas y deducciones.

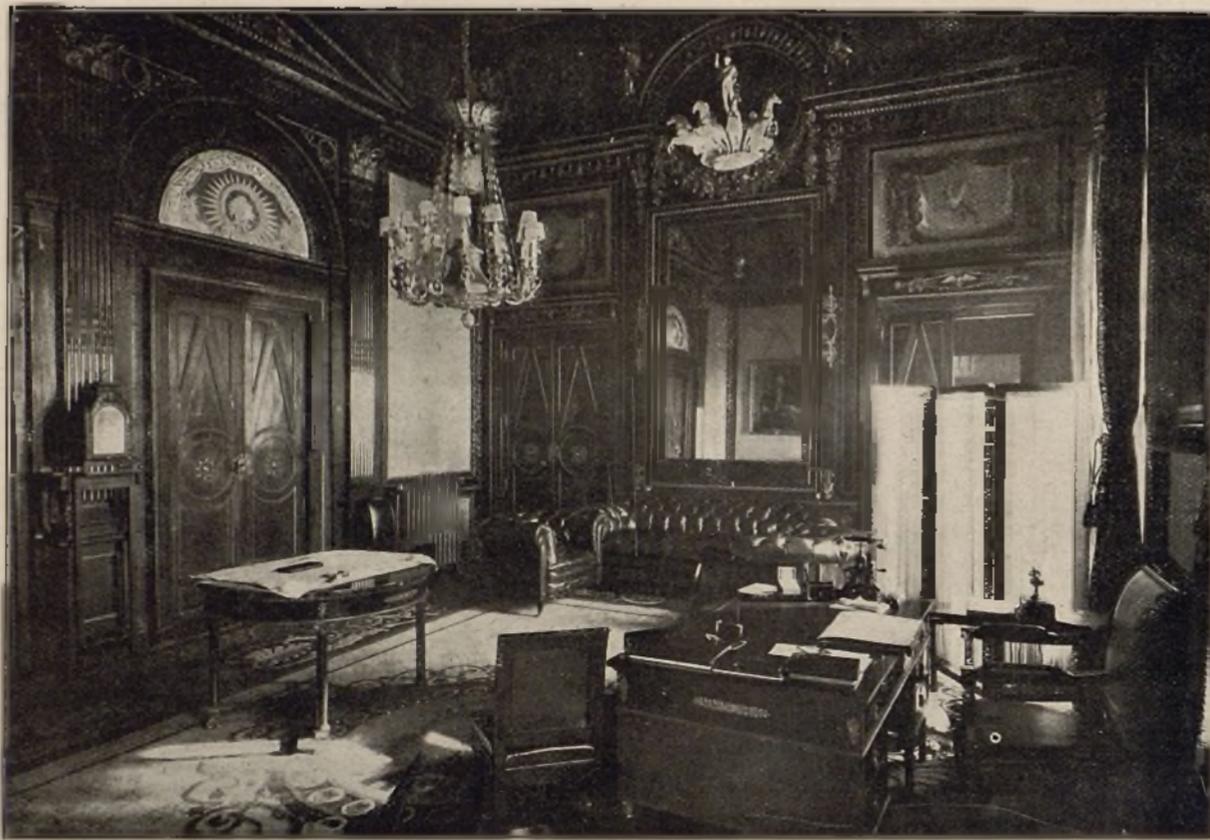
Al caer en desgracia Godoy y serle confiscados sus bienes, el edificio pasa a ser del Consejo del Almirantazgo hasta el año 1815, en que se des-

Arquitectura y Decoración

pejó para la instalación de la Biblioteca Nacional, que también se trasladó a otro lugar para dar cabida a la instalación de los cuatro Ministerios Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra y Marina, en 1836; y, por último, queda sólo Marina, que lo disfruta hasta hace dos años que se inauguró el nuevo Ministerio.

En todas estas transformaciones fueron desapareciendo valiosos elementos decorativos, que resultaban inadecuados para oficinas del Estado, salvándose solamente los techos, pintados de algunas habitaciones, unos grandes medallones decorativos debidos al inmortal Goya, que estaban en la Biblioteca y la decoración completa del llamado despacho de Godoy, que es el motivo de nuestro trabajo, aparte de variedad de puertas finamente talladas y algunos bronce de los herrajes.

Al instalarse el Ministerio de Marina en el nuevo edificio, se estudió el medio de trasladar todo cuanto pudiera tener algún valor



Vista de uno de los ángulos del despacho llamado de Godoy

FOT. MORENO

artístico, hasta el punto de que el ex ministro Sr. Cornejo, que a la sazón desempeñaba la cartera en aquel departamento, se condolía de no poder transportar todo lo que pudiera tener atisbos de obra de arte, por la carencia de crédito suficiente y porque estaba seguro de que cualquiera de las que quedara se aprovecharía para hacer ver el ultraje que se hacía a los recuerdos históricos.

Días antes de empezar el traslado y, por lo tanto, de comenzar a desarmar la decoración del despacho de Godoy, Príncipe de la Paz, logramos la debida autorización para reproducirlo, y entonces se obtuvieron las magníficas fotografías que insertamos, que son hoy documentos históricos de valor inapreciable.

Trasladado al nuevo Ministerio lo podemos admirar otra vez, no habiendo sido nada fácil su instalación por diferir bastante las proporciones de la habitación que se le ha destinado; pero esta dificultad ha sido vencida, haciendo algunas reformas habilidosas, porque su estructura era delicada, ya que de ella formaban parte valiosísimas porcelanas de la Real Fábrica del Retiro.

¿Quién fué el autor de este proyecto decorativo? ¿Quiénes sus artífices? Es nuestra opinión que la ni-



Otro ángulo del mismo.

FOT. MORENO



Arquitectura y Decoración



Fragmento de uno de los lados del despacho, con aplicaciones de porcelana de la Real fábrica del Retiro

FOT. MORENO

La intervención de las porcelanas en el conjunto decorativo nos señalan un origen claro, puesto que en aquella fábrica también se ejecutaban muebles y bronceos con adaptaciones de porcelana o mosaicos de piedra, duras; y de ello se puede colegir que de allí saliera el proyecto. Respecto a las porcelanas, dada la época en que pudo hacerse la obra puede señalarse a uno de los Grici, italianos, como autor, pues el español Bartolomé Sureda no empezó hasta 1803.

En aquella época se daba a las artes suntuarias una importancia capital, exigiéndose a los obreros, por medio de exámenes, la demostración de su capacidad para el oficio, y a los patronos se les obligaba a

que los aprendices que llevaran un año a su servicio fueran a la Academia de San Fernando por espacio de dos años, para aprender aritmética, geometría y dibujo, porque según decían las Ordenanzas de 1761, que son las que regían, «dichas ciencias han perfeccionado considerablemente la solidez y la hermosura de las obras peculiares de los gremios». El estilo desarrollado en el despacho del Príncipe de la Paz es el imperio, con reminiscencias del inglés Chippendale en los bronceos, en los que se admiran figuras chinescas. Sin embargo, tanto el techo como las sobrepuestas, son de un marcado carácter pompeyano; y en éstas la traza de las cabezas de mujer, con cuerpos de animal, son, sin duda, goyescas; afirmación que nos atrevemos a lanzar conociendo la intervención de su mano en otras obras, como las cuatro que pintó, decorativas, para la Biblioteca, ya mencionadas, de las que sólo se conservan tres, que adornan hoy los nuevos salones del Ministerio de Marina, y por la amistad entrañable que le unía a Godoy.

Y, para terminar, añadiremos, como dato interesante, que las dependencias que ocupaba el Ministerio de Marina antiguo, al principio de la calle de Bailén, destinadas a talleres y cuartel de marinería, pertenecían a la casa que se hizo para sí el propio arquitecto del Ministerio, D. Francisco Sabatini.

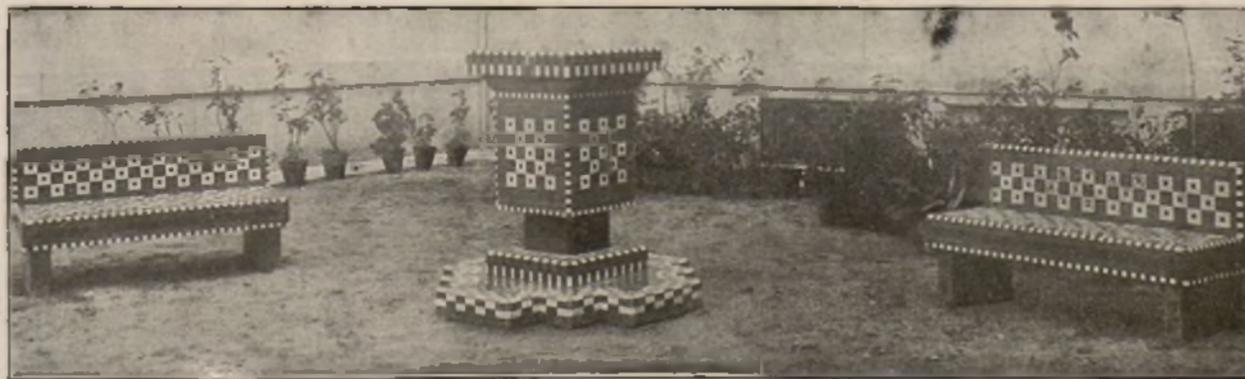
ANTONIO PRAST



FÁBRICA:
VILLAVERDE
(Madrid)

'PAZ' CERÁMICA DECORATIVA

DIRECCIÓN:
GOYA, 111
Teléfono 56288



Banco
transportable
patentado

Banco
transportable
patentado

Artículos para decoración de parques y jardines: bancos, tumbas, jarrones, maceteros, etc., etc.



APARICIO-MENENDEZ, S. EN C.
CONSTRUCTORES DE MUEBLES
FÁBRICA: GALILEO, 7
MADRID

MUEBLES POYMAR

CARRETAS, 10
TELÉFONO 16700

Panorama teatral



*Glosas sencillas de un
espectador ingenuo*

por

Rafael Láinez
Alcalá

DEL Infanta Beatriz a Eslava, del Gran Metropolitan a Pavón, el panorama teatral se ofrece con aplastante monotonía, que no logra sacudir algún que otro suceso de singular importancia, como la actuación de determinada compañía moderna, el brillo de un *divo* deslumbrante, la aparición de una *estrella* internacional o la lírica floración de alguna imponderable página dramática de notorio relieve.

□ □

Acontecimiento de primera magnitud, el estreno del retablo dramático, surgido sobre la escena del teatro Reina Victoria. *El monje blanco*, ha signado mi frente con la caricia de su beso flamígero, y ha puesto en mi espíritu la honda emoción de su arrebatado lirismo secular, que es de ayer porque se atavía con infinitas excelencias, evocadoras de la vida de antaño, y que es de hoy porque nació de un insigne poeta de nuestros días, cuya frente se aureola de altísimos resplandores y cuyo corazón es broche de diamante, del que brotan unidas, en maridaje fecundo, la belleza y la bondad. Eduardo Marquina, generoso adalid del teatro moderno, ha proporcionado a la disciplinada compañía que tan gallardamente acaudillan Pepita Díaz y Santiago Artigas, uno de sus más rotundos éxitos.

Los diferentes cuadros del maravilloso retablo, dan ocasión al lucimiento personal de todos y cada uno de los ac-



Pepita Díaz de Artigas.

(Foto Calvache)

tores que integran el conjunto. Clara visión de arte noble. Policromía deslumbradora de la plástica. Difícil facilidad de las palabras engarzadas en versos áureos. Voces augustas, gentiles actitudes. Lejanías doradas por el recuerdo sugerente del medievo prerrenacentista, cruel a veces, pero siempre ingenuo, piadoso y sencillo, como las estampas miniadas sobre los empolvados códices de las hagiografías devotas...

□ □

El escenario del teatro Infanta Beatriz se ha colgado con la grácil sonrisa de Catalina Bárcena, y se ha llenado con el eco almibarado, suave, femenino y cordial del *Triángulo* teatral, sin desenlace de teatro, que nos ha ofrecido el agudo



Catalina Bárcena.

(Foto Bixio)

ingenio de Gregorio Martínez Sierra, mientras espera la llegada de la *Mariquilla Terremoto*, que los hermanos Quintero han prometido traer estos días.

□ □

Si en el teatro Español asisto a alguna representación de las que ofrece la compañía Guerrero-Mendoza, no puedo apartar de mi espíritu la sugestión dramática de aquella Unica mujer que se llamó Doña María Guerrero.

Panorama teatral

De las obras últimamente representadas, a excepción de *Las mocedades del Cid*, en la que el recuerdo tangible de ella cobraba vivos alicios, sólo he podido destacar la brillantísima actuación de esa venus morena, Marujita Guerrero López, plena de todas las fragancias de su ardida juventud, que conserva el perfume caricioso, como un ala de sedas y nácares, con que signara su frente la incomparable maestría de la que nos dejó tan solos...

□ □

Alegría y chinchín barato en Pavón, Martín y Romea. En Eslava, divismo de la mejor ley, con la incomparable Selica, y la graciosa Harito, y Juan García y Lloret, que cantan una evocadora música de matices populares, debida a la inspiración del maestro Alonso.

□ □

Da gusto ver una buena compañía de cómicos de veras. Estos días últimos, en Lara, pude admirar el milagro artístico de un negro que no lo es, luchando con el peso de un alma que no sé el colorcito que se trae.

Y yo, que he admirado separadamente la gracia y enjundia y el tecnicismo del arte literario de Insúa y Oliver, digo ahora que este negro no es más que la justificación plena de lo que puede conseguirse con buenos cómicos.

□ □

Maravillas. Teatro popular. Heroico esfuerzo del afanoso actor Manrique Gil. Pero yo le rogaría que dejase tranquila a Mary Dugan. La hicieron ya sufrir demasiado

Panorama teatral

cuando en el Alkázar la incorporaba María Banquer en otro de los episodios trágicos de su asendereada vida teatral.

□ □

Siento una profunda devoción por el cante hondo. Sufrí una gran amargura cuando sobre el tablado de Pavón contemplé la honda tragedia de los cantadores, ahora de nuevo llevada al escenario de Fuencarral, bajo otra advocación y factura diferente, a la que prestan su calor de buenos actores y de cantaores afamados, los artistas que trabajan a las órdenes de Anita Adamuz y Manolo París.

□ □

Se fué la Membrives. Quedó temblando en mi espíritu la saeta lírica de *La Lola se va a los puertos*, y su gracia popular de honda raigambre andaluza no pudo enturbiarla esa *Maya* francesa, para exquisitos de retroceso, desafortunadamente traducida por D. José Martínez Ruiz, al que supongo algún parentesco literario con aquel magnífico señor de las letras españolas que se llamó *Azorín*, fallecido para mi devoción artística la tarde inolvidable del estreno de *Brandy, mucho Brandy*.

□ □

Comedia, Infanta Isabel, Cósmico. Gracia de Arniches, Mus



Maruja Guerrero.



Josita Hernández.

(Foto Padró)

ñoz Seca, Paso, Lepina y Fernández del Toro, en esos teatros regocijantes a los que acudo siempre que me urge equilibrar mis inquietudes de todos los días. Reflejo de aquella gracia, la de Pepito Fernández del Villar con *La educación de los padres*, que Bonafé interpreta en el Alkázar con su desenfado peculiarísimo, inimitable y siempre juvenil.

□ □

Josefina Baker, meteoro charlestonico en el suntuoso Madrid de los rasca-cielos, no ha logrado cautivar mi atención; creo que el espectáculo de la negrita bailarina llega con lamentable retraso, y que mejor hubiera resultado su actuación en algún *cabaret* de moda. Tengo mis ideas particulares respecto al baile y a la música negroides. No me divierten, si no puedo ser actor al compás de sus ritmos desarticulados...

□ □

Y eso es todo, por hoy. El panorama teatral no es el más atrayente. Pero si se le compara con el de otras actividades de la vida artística nacional, todavía salimos ganando algo. Y entre tanto pienso que hay que bailar al son que me toquen, sin ocultar la verdad de mis sugerencias de arte.

RAFAEL LAINEZ ALCALA

FANTASMAS DEL SIGLO XIX

CARLOS VII, REY EN EL DESEO

POR M. FERNÁNDEZ ALMAGRO

El día 30 de noviembre de 1848, a las seis y media de la mañana, y en una pobre fonda de Laibach, antiguo gobierno del reino de Iliria, nació D. Carlos de Borbón y Austria de Este... Unos miserables trapos con que su madre pudo envolverle hubo de recibirlos de limosna... El obispo de la ciudad, que fué quien le bautizó a las dos horas de nacer, tuvo que ir a la fonda disfrazado... Así podía comenzar una de las muchas novelas históricas—temas de la Revolución francesa, de las campañas napoleónicas, de alguna guerra nacionalista...—que estuvieron muy a la moda en el siglo XIX. Así comienza, en efecto, la biografía—trozo verídico de historia—que de don Carlos, el pretendiente a la corona de España, acaba de hacer el conde de Rodezno, publicista ventajosamente conocido ya por trabajos anteriores: incorporado a los colaboradores de la serie *Vidas españolas del siglo XIX*, que edita, con buen acuerdo, Espasa-Calpe, para ilustración de una época que, por estar todavía muy cercana a nosotros, ofrece interés histórico, reforzado por motivos vivos y actuales de emoción. Muchas figuras de aquel entonces han llegado a pisar el umbral del período histórico en curso: perduran problemas planteados por los hombres del 800, y aquellas determinadas zonas donde las naturales mudanzas de los tiempos han introducido variantes, proporcionan sabrosas ocasiones de contraste, ya que es aleccionador, o por lo menos curioso y natural, todo cotejo entre padres e hijos...

¿En qué nos parecemos, en qué nos diferenciamos los españoles de hoy y los españoles de ayer?... Es magnífico ejemplar este del pretendiente don Carlos, envuelto por inflamada y ofuscante atmósfera de pasión y acción románticas, para darse cuenta de la temperatura moral de la sociedad en que él fué personaje con voz y mano activísimas. Otra sociedad, sin duda, muy distinta a la nuestra. Otra temperatura, indudablemente... No lloremos el caudal de las heroicas virtudes perdidas, porque las gentes de hoy ejercitan virtudes de otro estilo, pero también ciertas: cada época tiene su especial manera de sentir el deber y de servir un ideal... Pero, por mucho que nos esforcemos por no caer en la tentación del espejismo histórico, es evidente que allá, en el horizonte de anteriores generaciones, ardían valores extremados de abnegación, heroísmo, bizarría, capacidad de martirio... Los españoles de las guerras carlistas prodigaron un tesoro de eximias cualidades morales. ¿Erraron en cuanto al fin?... Sin duda, nada tan bárbaro como la violencia entre hermanos. Pero ese modo he-

roico, desbordante de desinterés, con que muchos hombres, poseídos de noble ardor, creyeron rendir culto a una patria soñada, suena en nuestro oído algo ajeno a sollicitaciones de cierta índole, como una música lejana, de imponente grandeza. Como las estrofas de uno de aquellos poemas épicos que nos traen la resonancia de un pueblo sumergido.

La Historia y la Literatura hacen excelente hermandad con don Carlos. Muchos lances de su vida parecen imaginados más que reales.

Como sus retratos mismos semejan composición de pintor, y no trasunto exacto de una personalidad que anduvo por estos mundos de Dios. Corpulento y barbado, imperioso y galante, con certidumbres de predestinado en el corazón, D. Carlos de Borbón y Austria de Este respondió a un sino fatal de romance heroico: novela stendhaliana. Algo tal vez de libro de Caballerías...

Conmovedores años de la infancia en Módena y Praga. Corte asediada por la revolución suelta en toda Europa, o errabunda. Fe religiosa acendrada. Fe, por supuesto, en el derecho divino de los Reyes. Fe en una justicia inmanente... El duque Francisco de Módena, tío del niño Carlos, sin reconocer a Isabel II, de España, ni a Luis Felipe, de Francia: usurpadores, según él, de la legitimidad borbónica. Costumbres de austeridad ejemplar en el seno de la regia familia, en trance de caída irreparable. Doña María Beatriz, madre de D. Carlos, dedicada a devociones: como heroína de leyenda áurea; D. Carlos, creciendo lejos de la deseada España, dado a juegos marciales, a lecturas estimulantes, a la quimera de un trono que le pertenecía, en su concepto, de derecho. «¡Qué hermoso es ser español!», exclama cuando su preceptor, el padre Cabrera, le habla de las proezas cometidas por España en América, en Flándes, en el suelo mismo de la patria, peleando contra el infiel...

Antes madre que princesa, doña María Beatriz procura aislar a su hijo de los elementos adheridos a la causa tradicionalista: incluso procura que la lengua española no le sea familiar. Nada de ensueños que pongan en peligro el porvenir de Carlos: lo quiere para ella, y no para la causa. Pero el contrapeso lo pone la abuela, María Teresa, la célebre princesa de Beira—estudiada también por el conde de Rodezno en otro interesante trabajo biográfico—; es ella la que estimula los fervores políticos, la con-



Carlos VII de Borbón y Austria-Este

ciencia de su misión, en el ánimo del príncipe. No necesita mucho empeño en el acicate. Don Carlos—de ocho, de diez, de doce años—vibra de fe y de esperanza...

«Poco antes de lo de San Carlos de la Rápita—escribe el propio don Carlos en su Diario íntimo—vi a mi tío Carlos VI en Praga. Después de su muerte, mi imaginación me lo representaba, y me parecía oírle: Sigue mi obra, la de mi padre, la de la antigua España; no desmayes, y salvarás a España. Estos pensamientos me turbaban; sólo veía trabas en derredor mío, sólo caras enemigas de España. En mi desesperación, miraba a la luna y le decía: ¡Dichosa tú, que iluminas a España! ¡Dichosa tú, a quien miran los españoles! Y hubiese querido que cada rayo suyo se convirtiese en un agente que dijera y pregonara en mi patria que aquí, entre los hielos de Bohemia, a más de veinte grados bajo cero, había un corazón español, muy español... En Praga tuve muy buenos maestros, pero la política me absorbía los sesos; no quería estudiar; sólo las cosas de España me interesaban. Hacía más de un año que yo no hablaba con los intrusos—los profesores italianos—; sólo les contestaba sí o no; esto era para desesperarlos y que se fueran aburridos. Días antes estuve a pan y agua por esto...» Y en otro momento: «En Trieste me encontré lleno de españoles; allí gocé. En casa de mi abuela todos son españoles. Se come a la española... Pude oír cosas heroicas, cosas que sólo se ven en España...» Y luego: «Lo que antes tenía que hacer a escondidas, y por los medios más ingeniosos, pude hacerlo más abiertamente. Pude escribir y recibir cartas sin comprar a los carteros; pude hacer trabajos de propaganda con algo más de libertad... Pronto estaría libre, pero era preciso obrar con gran tino y cautela...»

Una noche de la primavera de 1872, D. Carlos, granado ya, pisó tierra española, con aire resuelto de paladín. El alzamiento en armas de los «deales» estaba ya decidido. Las intentonas anteriores, lejos de escarmentarlos con el fracaso, les había estimulado para planes mejor combinados. Los sucesos, con ritmo acelerado en el tiempo, habían corrido mucho. Caída de Isabel II. Revolución triunfante. Interinidad penosa. Trono vacante, ofrecido casi en subasta. Una dinastía extranjera—la de Saboya—sobre un trono sin estabilidad. Barruntos de República. Desorden, descontento... Había que jugarse, en definitiva, la última carta. Y el carlismo se echó al campo. Aquí, allá, en el país vasco, en Cataluña, en gran parte de Levante... ¡Quién sabe si la concentración de tanto ahínco guerrero sobre Madrid—cabeza de España—habría dado la victoria a los ejércitos facciosos de D. Carlos, aniquilados, no obstante victorias parciales, en la batalla difusa de los campos provincianos! Madrid, más entonces que ahora, regía a España. Y sólo mandaría en ésta, definitivamente, quien poseyera el centro oficial y real de la vida española. A mi modo de ver, el carlismo en pie de guerra, pecó por exceso de historicismo. Dió demasiada importancia a los reinos antiguos de la heterogénea nacionalidad española, olvidando la importancia efectiva del aglutinante madrileño: burocrático, administrativo, político, social... Llave cierta de España. El carlismo comenzó a operar en el campo: del campo a la aldea. De la aldea al pueblo. Del pueblo a la capital. Pero

aquí ya empezó su fracaso. El orden de proceder quizá debió ser a la inversa. Madrid antes que todo. O, mejor aún, la Puerta del Sol... Lo demás hubiera significado una conquista más fácil. Bien es verdad que en el ideario tradicionalista abundan más los motivos de persuasión para el elemento rústico que para el urbano. Las gentes letradas y de cierta posición, en tesis general, no podían dejarse convencer por una doctrina que exigía una colaboración cruenta y una adhesión a principios que estaban derrotados en Europa, liberalizada ya en los países de mayor ascendiente político.

Sea lo que fuere—opine cada cual lo que guste—, es evidente que el carlismo prodigó viejas virtudes de cruzada romántica, y que para conocer las incidencias de este ciclo es guía excelente el libro de Rodezno, toda vez que la apuesta figura del titulado Carlos VII sirve de motivo para componer íntegramente un vasto cuadro de la España contemporánea. Con sus pasiones. Con sus intereses. Con sus problemas. Con sus figurantes más representativos.

«¡Volveré!», prometió D. Carlos al resto de su ejército vencido, próximo a trasponer, por Valcarlos, la frontera. Pero no volvió. No pudo volver. Desapareció, pues, D. Carlos del primer plano de la Historia, y se restituyó a la vida del hogar, si bien ni un solo día dejase de pensar en el desquite, en el juramento de fidelidad a unos derechos que creyó imprescriptibles. Mas todo había de quedar en conato: en cartas, en juntas, en intervenciones pacíficas, en proyectos de conspiración, jamás logrados... Las circunstancias, indudablemente, le hicieron perder toda ilusión. No perdió por eso la dignidad de su papel vivido en el palacio veneciano de Loredán. Fueron unos cuarenta años de destierro, aquí o allá, en que únicamente fué la Muerte—no la Gloria ni el poder—el número llamado a intervenir. Intervino a su modo ejecutivamente el 17 de julio de 1909, veraneando el príncipe en Varese. Volvió a vestir, pues, el uniforme militar. Pero ahora a guisa de mortaja. Y mortaja de muchas cosas más... De su partido en masa. Hay herencias de sucesión imposible. La del carlismo recaía, *de jure*, en D. Jaime, y a D. Jaime, por lo visto, le faltaba la vocación del padre. No se sentía, no se sintió nunca llamado a iniciar empresas bélicas de viejo estilo... Las ideas prescriben. Como prescribieron, por ejemplo, en el alma de Cabrera: caso típico de hombre que no quiere resistir a la acción de los tiempos. El «Tigre del Maestrazgo», sometido a nuevo ambiente, comprendió que los años no pasaban en balde, y que no era cosa de derramar sangre por servir una concepción anacrónica del Estado. Y abandonó las filas de las gentes ardorosas en que transcurrió su apasionada juventud de guerrillero. ¿Traición? No: simple evolución humanísima. No es éste de los menores aciertos del conde de Rodezno, juzgando con clarividencia y comprensión el viraje en redonde del caudillo levantino. Por eso cabe decir que antes de ser enterrado, en la persona del duque de Madrid, la causa tradicionalista, lo fué entre los pliegues de la típica capa roja del fogoso cabecilla, aunque las sorpresas de la Historia nos hagan todavía sentir algún coletazo del fantasma...

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO



Batalla de Monte Jurra. Obra de E. Esteban (Palacio Loredán). (7, 8 Noviembre 1873).

EL DESPERTADOR

CUENTO DE MIEDO

POR GABRIEL GREINER

ILUSTRACIONES DE DESMARVIL



mi me salvó la vida un despertador.

En aquella época naufragaba yo en las aguas turbias, negras y espesas de una neurastenia feroz. Era, verdaderamente, un naufragio. Yo me hundía, me hundía... Lo sentía casi físicamente. Y hacía esfuerzos para mantenerme a flote y sacar la cabeza al aire puro. Pero aquello era más fuerte que yo: vencía todos mis esfuerzos. Yo me hundía, me hundía...

Aquella noche, después de haber estado paseando toda la tarde, solitario y hermético, alejado de todo lo que fuera relación y ruido y alegría de vida, volví a casa y me senté a la mesa, silencioso y abstraído enmurrallado, emparedado en mis ideas fijas y en mis meditaciones absurdas y morbosas. Yo era un mundo aparte...

Durante la cena no hablé apenas con mi madre, sentada frente a mí, ni con mis hermanos, alrededor de la mesa agrupados. No me interesaba la conversación de ellos, sus preocupaciones, sus cosas... Y únicamente entré en la realidad al oír hablar del vecino de al lado, que ocupaba el cuarto de la derecha, así como nosotros ocupábamos el de la izquierda, en el mismo piso.

—Está gravísimo—dijo mi madre.

—Como que dicen que no pasará de esta noche—agregó alguien.

Le recordé. Era un hombre alto, delgado, huesudo, triste. Me había cruzado, a veces, con él en las escaleras, y habíamos, en ocasiones, coincidido en el ascensor. Por su mujer, que hablaba a menudo con mi madre por las ventanas del patio, en esa relación que en seguida establecen las mujeres, sabíamos de su enfermedad y de sus intimidades.

—¿Y está sola su mujer con él? Tendremos que ofrecernos, por si necesitara algo.

—Ya lo hice—dijo mi madre—. Pero esta mañana han llegado los padres de ella y su cuñado. Así es que ya no está sola y mejor es no molestarlos.

Acabé de cenar. Me tumbé en un sillón. Hojeé un diario sin leer nada, sin enterarme de lo que miraba. Esto me sucedía muy a menudo. Fumé un cigarrillo, esos cigarrillos que entonces me ponían tan nervioso y desasosegado. Y poco después me fui a mi cuarto.

Me encerré por dentro, como en aquella época hacía siempre.

Y, sentado al borde de la cama, con las piernas colgando en el vacío, empecé a pensar, a pensar. A veces me estaba así horas enteras. Y luego me acostaba con aquel mundo de pensamientos que durante el sueño se transformaban en otro mundo de pesadillas.

Aquella noche empecé a pensar en el vecino de al lado. Había adquirido la costumbre, a lo largo de mi dolencia moral, de buscar siempre la causa de mi preocupación de momento y de hallarla, escondida y agazapada, entre todas mis demás observaciones y emociones. Era un juego que me divertía. Y estaba así bien acostumbrado a desentrañar la madeja espesa e intrincada de mis pensamientos, hasta tropezar con el que yo buscaba. Así aquella noche.

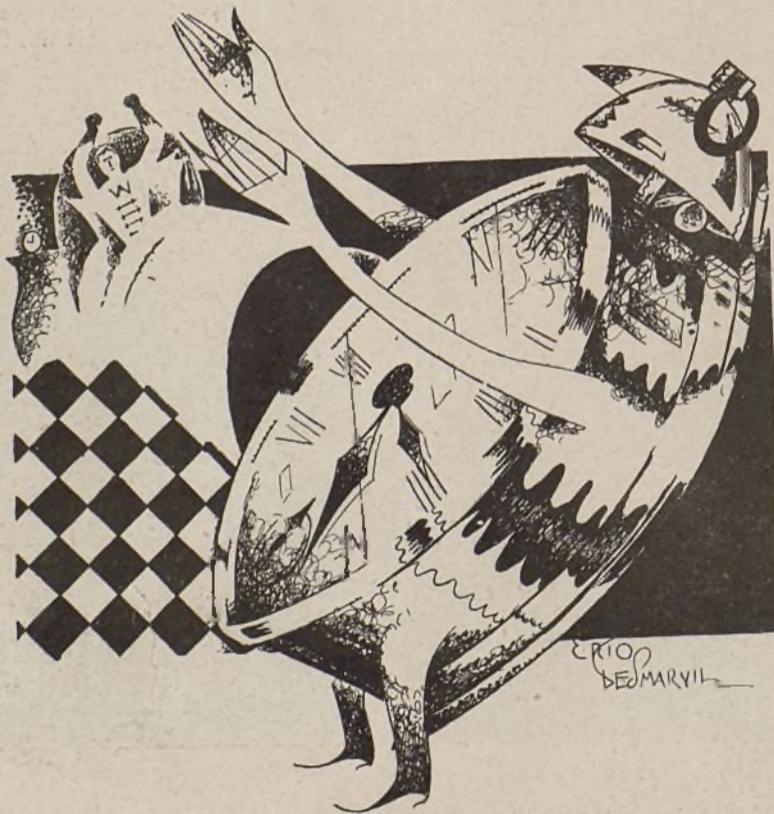
Me advertía preocupado, alarmado, como amenazado por algo extraño, irreal y amargo. Buceé en mí mismo. Y hallé, como siempre,

Triunfé, como siempre. Y sonreí

—Lo que me preocupa y atosiga—me dije—es el vecino de al lado. Sin darme cuenta, desde que he oído decir que se está muriendo, esta idea me domina y me persigue.

Yo dormía en el último cuarto de la casa, el que tenía su balcón en la fachada posterior sobre un jardín triste y húmedo. Y aquella noche, al saber ya que era el vecino el que me preocupaba, miré instintivamente hacia el tabique que corría a lo largo de mi cama.

Yo bien sabía que, al otro lado de aquel tabique frágil, delgado, estaba, paralela a la mía, la cama del enfermo. Cuando él hablaba con su mujer en su cuarto, yo oía toda la conversación. Y si yo, en el mío, silbaba o simplemente tosía, él también me tenía que oír. El tabique nos aislaba y separaba menos que una cortina, ya que en la tela de éstas



quedan los ruidos enganchados y amortiguados mejor que en la madera y en el yeso, que son, para ellos, casi una caja de resonancia. Mis ojos traspasaban bien fácilmente el tabique, llevados por una imaginación que no era necesario fuera muy fantástica.

Así, aquella noche vi, me imaginé al moribundo en su lecho, en su lecho de muerte, paralelo al mío. La habitación, en penumbra; quizá una lamparilla, inquieta y movable, como un anuncio y un presagio de los cirios que vendrían después. Olor a medicina y a sudor y a cerrado. Espeso olor. Y unas sombras silenciosas y angustiadas, cansadas, hundidas en algunos sillones, en los rincones.

Me desnudé rápidamente. Apagué la luz. Sin querer, al hacerlo, di un golpe con los nudillos en el tabique. Me pareció una explosión, una detonación. Casi tuve ganas de pedir perdón en voz alta al moribundo de al lado... Y me hundi entre las sábanas.

Tardé, claro, en dormirme. Y aun hoy no sé si, en realidad, dormí o pasé un par de horas en un estado de aletargamiento, de muerte interina, de sopor...

Pero a las dos horas desperté, o volví en mí, en medio de la oscuridad espesa, impenetrable, de mi cuarto. Me despertó una idea obsesionante que latía en mi cerebro quizá antes de dormirme, y que ahora, agrandada en el misterio de la noche y de la oscuridad, surgía potente, abrumadora, dominadora, terrible.

¡Estás al lado del moribundo; extendido, como él, en una cama; paralelo a él!—me decía aquella idea—. ¡Unos milímetros te separan de la Muerte, que está con él! ¡Quizá la Muerte, que aún no ha llegado hasta él, está aquí, en tu cuarto, escondida, emboscada, agazapada, esperando el momento de pasar a través del tabique a por su presa!

Y bruscamente, agrandando el terror, que hacía, bajo las sábanas, erizarse mi cabello y castañetear mis dientes, en la habitación de al lado se oyó ruido. Pasos. Voces veladas. Carreras silenciosas. Y un lamento, un lamento monótono, siempre igual, triste, triste, casi dulce y suave. Y apagado.

—¡Ay... ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Yo sudaba un sudor helado, como agua de hielo. ¡Estoy igual que él —pensaba—, estoy igual que él! Y, sin embargo, todo mi ser estaba tendido, anhelante, palpitante, hacia el cuarto del moribundo. Quería oír todo, saber todo, enterarme de todo. ¡Aunque me muriera!...

Bruscamente, el lamento cesó. Y, al cesar, un golpe fuerte, rotundo, seco, sonó en el tabique. Mi corazón se paró. Estoy seguro que se paró, que estuvo parado mucho tiempo. No respiraba, no se movía. Y pensaba: Se ha muerto. Y en la agonía, su cabeza, sus puños, han chocado contra la pared. Todos los que se mueren se vuelven contra la pared. Eso lo sé hace mucho tiempo. Ahora, al través de este tabique, a unos milímetros, está el muerto, vuelto hacia mí, mirándome... Y está con él la Muerte, ella misma, porque nadie más que ella ha sido la que me ha despertado al pasar por aquí. Alguien que viera a través de los tejados podría vernos al muerto y a mí, y creería que me estaba hablando al oído... Si respirara su aliento llegaría a mi cara... Y, dentro de pocos momentos, el frío, que ya se va apoderando de él, llegará hasta mí a través de esta pared finísima. Y me helará para siempre el corazón...

No me atrevía a moverme, ni a respirar, ni a abrir los ojos, fuertemente cerrados en la oscuridad y bajo las sábanas.

¡Miedo! Tenía miedo, un miedo infinito, un terror de angustia, en aquella hora, en aquellas tinieblas, en aquella noche terrible. Era algo sobrehumano, apocalíptico, mortal...

Mortal, sí, mortal. Si el muerto hubiera dado otra vez con los nudillos en el tabique; si, bruscamente, se hubiera dejado oír su lamento; si, sencillamente, una persona, alguien, hubiera dado un gran grito a mi lado; si se hubiera caído al suelo un libro en el despacho que estaba al lado de mi cuarto, en mi casa; si hubiera crujido un armario; si un ratoncillo hubiera chocado contra las patas de mi cama, yo hubiera muerto en el acto. Estoy seguro. ¡No digáis que no! ¡Yo lo sé bien!

EL DESPERTADOR

Mi corazón se hubiera roto, mi sangre se habría paralizado, mis venas habrían estallado. Y fué, sin embargo, un ruido el que me salvó. Un ruido largo, seguido, que al iniciarse casi me mata; pero que, al seguir por unos momentos, me salvó.

Porque en medio de la noche sonó el timbre claro de un despertador. Trrrin, trrrin, trrrin, trrrintintintin... Lo menos durante dos largos minutos. Y hasta mí, entrando por debajo de la puerta, saltando a mi cama, metiéndose conmigo entre las sábanas, llegó el ruido del timbre, alegre, claro, sonoro, vibrante, lleno de vida. Fué como un clarín...

Trrrrin..., trrrrin... Aquel timbre me hablaba de la vida diaria, normal, sana... De obligaciones que cumplir; de cosas que acabar; de responsabilidades divinas y humanas que respetar; de hazañas que acometer... De triunfos que lograr; de amores que conseguir... Y me prometía para pronto, para en seguida, el día, la luz del día, la luz del sol, la clara luz de la vida, llevándose todos los espectros que hay entre las sombras, todos los fantasmas que había en mi cuarto, en el del muerto y en mí mismo.

Os aseguro que me salvó la vida un despertador...

GABRIEL GREINER



Deléitese escuchando - en su casa - el arte incomparable de Pau Casals...



LA técnica maravillosa, el sentimiento incomparable que caracterizan la ejecución de Pau Casals, justifican sobradamente el entusiasmo que despiertan —entre los amantes del verdadero arte— los conciertos ofrecidos por este artista único, de exquisito temperamento.

El gran violoncelista catalán —calificado como el primero del mundo— figura entre la valiosa lista de artistas exclusivos de «La Voz de su Amo». Su repertorio —impresionado en discos eléctricos de esta marca— comprende las mejores obras de música clásica, reproducidas de modo admirable. El tono real, vibrante y emotivo que Pau Casals sabe imprimir al violoncelo, se percibe claro, perfecto, en todo su valor.

Oiga usted en una agencia «La Voz de su Amo» las obras que prefiera de Pau Casals, y pida también una audición de los tríos que este gran violoncelista ha impresionado en unión de Thibaud y Cortot.

*Gran Premio en la Exposición
Internacional de Barcelona*



Algunos maravillosos discos de Pau Casals

DB-1067. «Adagio» (Bach) — «Goyescas» (Granados). Intermezzo, acompañamiento piano.

DA-776. «Le Cigne» (Saint-Saens) — «Momento musical» (Schubert), acompañamiento piano.

DA-915. Siete variaciones sobre un tema de «La Flauta Mágica», de Mozart (Beethoven). Variaciones 1, 2, 3 y 4. Con Cortot.

“LA VOZ DE SU AMO”

COMPANIA DEL GRAMOFONO, S. A. E.
URGEL, 234, BARCELONA
PI Y MARGALL, 1, MADRID



AGUAS del río abajo discurría una trucha asalmonada, de vuelta del amor. No cantaba, pues las truchas no cantan en ninguna ocasión. Comía. Los pececillos trataban en vano de esquivar la truchasca voracidad.

El ir es ayunar.

El volver es comer.

En el amor del río y en el amor del mar.

La trucha asalmonada se llamaba Manolo. Saciado su apetito, en un pozo profundo la sorprendió el primer rayo de la luz solar. Se detuvo en el fondo. Sobre el azul oscuro de su piel sintió el contacto de otro azul. Entre dos cantos, resbalaba un pequeño pez vestido de celeste percal.

La trucha chica se llamaba Pascual.

Las dos truchas comenzaron a hablar.

—¿De dónde vienes?

—¿Qué haces aquí?

—Esperar.

—Yo vuelvo del amor—dijo Manolo.

—¿Qué es el amor?—preguntó Pascual.

Manolo reflexionó un momento antes de contestar.

—Hay que subir y que empujar mucho para llegar a él. El amor está muy alto.

—¿Es un dios? ¿Es hermoso? ¿Es bueno?

—El amor no es un dios, ni es la belleza y la bondad.

—Entonces, ¿es feo y malo?

—No es preciso ser absolutamente el Bien o el Mal.

—Aclara ese concepto—dijo Pascual.

Y contestó Manolo:

—Para eso tendré que preguntarte, y tú que contestar.

—Respóndeme, Pascual: ¿El amor es el deseo de algo o el deseo de nada? No te pregunto si el amor es el amor o no, porque sería ridículo.

—Indudablemente.

—Pero te digo: Unos huevos de salmón, en tanto que alimento delicado, ¿son un deseo de alguien?

—De alguien, sin duda.

—Y, entonces, ¿el amor es el deseo de nada, o bien el deseo de algo?

—Indudablemente, es el deseo de algo.

—Contéstame aún a esto: ¿El amor posee lo que desea, o bien desea lo que posee?

—Verosímilmente, el amor no posee el objeto de su deseo.

—¡Verosímilmente!—dijo Manolo—. Ves bien claro la necesidad de que quien desea, carece del objeto deseado; y que aquel que tiene una cosa, carece de deseo por ella. Estas deducciones me parecen rigurosamente necesarias. ¿Y a ti?

—A mí también me parecen rigurosas.

—Muy bien hablado. Estás contestando a todas mis preguntas con

gran acierto. Quien es alto, puede desear ser alto, y quien es fuerte desea ser fuerte.

—Esto es imposible, con arreglo a nuestras premisas.

—Perfectamente. Y si alguien nos dijera: «Yo estoy sano y quiero ser sano; soy rico y quiero ser rico; por lo tanto, deseo lo que poseo», le responderíamos: «Tú deseas la riqueza, ¡oh trucha!, la salud y la fuerza, y son para el futuro tus deseos; pues ahora, quieras o no, las posees. Cuando dices yo deseo lo que ahora tengo, es como si dijeras: yo deseo en lo por venir la posesión de lo que ahora tengo. ¿Esa trucha estaría conforme con nosotros?

—Sin duda alguna.

—Por lo tanto, toda trucha enamorada desea lo inactual y lo irreal, aquello que no tiene y es distinto de ella. ¿No son éstas las consecuencias del deseo y del amor?

—Evidentemente.

—Valor, pues—continuó Manolo—, y fijemos bien nuestras deducciones. Primeramente: El amor es el deseo de algo. Segundo: El amor es el deseo de algo que no tenemos.

—Perfectamente.

—Y ese algo que desea el amor, ¿es la belleza o la fealdad?

—Sólo la belleza puede ser el deseo del amor.

—¿No hemos acordado que amar es desear lo que no se tiene?

—Ciertamente.

—Luego el amor, que desea la belleza, ¿no puede ser bello?

—Mucho me lo temo.

—¿Y lo bello no es lo bueno?

—Tal creo.

—Entonces, si el amor carece de belleza, siendo inseparables la belleza y la bondad, el amor carece de bondad.

—No puedo contradecirte. ¡Oh, Manolo! Seré como tú dices.

—Mi querido Pascual: contradecir a Manolo no es difícil, pero es posible contradecir a la verdad.

Al llegar a este punto, Pascual miró de reojo a su interlocutor. Pensaba que Manolo le había timado, embarcándole en un diálogo artificioso para desembarcarlo en una conclusión falaz. El no sabía de amor; mas sospechaba que el diálogo es una galera en que hay que caer por la borda, si no se obedece al capitán. Y le dijo a Manolo:

—No me preguntes nada. Habla tú solo. Yo prefiero escuchar.

Manolo había leído en el Banquete de Platón y volvía de amar. Habló así:

—El amor es bello y feo, bueno y malo, ida y vuelta, mitad y mitad. No es un dios. Es un genio. Es su madre la Anguila Sutil. Su padre es el Gran Salmón. Es el río y el mar.

Pero el mar es tan ancho, tan profundo. Y tan verde. Y hay tantas cosas vagando por el mar.

El lenguado, pensamiento tumbado de perfil.

El atún, templado pez burgués
La marinera, vela de jabón.
El pez-espada, vanidosa nariz.
La boca financiera del esturión.
La Anguila y el Salmón.
Y muchas cosas más.

Hay todo eso en ese verde espejo de los azules cielos que es el mar, que mezcla en cada ola la sonrisa y las lágrimas, el agua con la sal, la inquietud con la serenidad.

El río es pureza, transparencia. Claridad.
Y todos los ríos van al mar.
Y todos son dulzura y dirección hacia el mar, que es espacio y sal.
Porque en el río y en el mar no puede hablarse de vida o muerte. Es todo navegar.

El salmón nace en el río. Luego va al mar. Y en la hora del amor, busca la dulzura del río, huyendo de la sal.
Y remonta la corriente del mismo río donde nació, con la carne encendida, porque es rosa el color de la carne sentimental.

La anguila nace en el mar. Luego sube al río. Y en la hora del amor, huye de la dulzura en busca de la sal.

Y atraviesa el ancho océano, gloriosa viajera de amor bajo las ondas del mar, en el abismo tenebroso, sobre el dolor de la penosa evolución del ondular.

Hijo de tales padres, el amor es bueno y malo, belleza y fealdad.

Ir y volver.

Ayunar y comer.

Otelo es un estúpido sueño de viaje de ida.

Al volver, el hastío. La terrible resaca del deseo. No desear.

Y es tan ancho, tan profundo. Y tan verde. Y su mirada está preñada de fatalidad.

Y es rosa.

Ondulación.

Delicia y traición.

Mariposa.

Dulzura.

Sal.

Empujadas por el deseo de belleza, las truchas subimos por el río. Es penoso el subir contracorriente, y en las aguas, cada vez más frías, más puras y más ricas en oxígeno, respiramos mejor. Y ya en la cumbre del torrente, nuestros pechos puros reciben el premio del amor.

Porque el amor es creación. Es la válvula por donde lo mortal asoma a lo inmortal.

Todo esto es bonito.

Mas ni belleza ni bondad.

Nuestra pureza, nuestro esfuerzo, nuestro amor, crea unas truchas iguales a nosotros.

Nada más.

Mas esto no es crear.

Es pesadez, que no inmortalidad.

Porque en la evolución sólo importa una cosa: llegar.

Y toda creación es superar.

El lecho de los torrentes sabe de nuestro amor y del dolor que nos produce amar. Mas ignora que tenemos un alma curiosa de sentir y de pensar. Su espíritu, sediento de belleza y de bondad. Algo más puro

que las aguas puras del río que nace, y que los huevos que hemos de fecundar. Una trucha ansiosa de crear.

Aquel que quiera por el verdadero camino llegar al verdadero amor, debe empezar, desde su juventud, por buscar los «bellos cuerpos». Primeramente, no debe de amar sino uno solo, a quien dedicará bellos discursos de amor. Luego verá que la belleza de un «bello cuerpo» es la hermana de la de cualquier otro. Más tarde, pasando de los «bellos cuerpos» a los bellos espíritus, a las bellas ciencias, llegará a contemplar la Belleza suprema, la Belleza en sí.

Sólo hablando de amor se puede hacer a la juventud mejor. Y si creemos a Platón, Sócrates aprendió esto de labios de una mujer.

Y dice Corydon por boca de André Gide: «Todo amor es natural; el de las truchas, en la cuna del río, y ese otro, socrático, que llaman hoy los hombres amistad. Y se lamentan de que los mejores medievales hayan amputado a los clásicos más de la mitad.» Y en esto tiene razón, porque aún resultan pesados y han perdido claridad.

Y aun hay más.

En ese *Libro Blanco*, de 50 ejemplares, que ha firmado tan sólo con sus iniciales Jean Cocteau, cuya heroína es el autor. Y entre sus socráticas aventuras, contadas con arte y desenfado, hay una sintomática de todo el amor actual. La de un adolescente enamorado de sí mismo, que se suicida con los labios contra un espejo, al comprender que hizo traición a su amor con otro amor.

Porque vivimos un momento de narcisismo sexual. Y cada uno busca la clase de espejo que necesita para ver el amor al mirar.

Y todo amor es bueno y malo, belleza y fealdad.

Y desde Proust hay en casi toda la moderna producción francesa un acierto de análisis y una *réclame* envuelta en una sospechosa sinceridad.

Y de cada escritor nos interesa su obra. No la clase de espejo que necesita para ver su amor al mirar.

Yo soy sólo una trucha que vuelve del amor.

Vivo en el río y no puedo ir al mar.

Ahora engordaremos con pececillos y filosofía.

Y el invierno próximo subiremos juntos a la cuna del torrente, empujados por el deseo de amar.

Entretanto, me placen estos discursos acerca del amor, como los de los hombres agudos, que fortifican entre nosotros la socrática amistad, mi querido Pascual.

Anochece.

Al terminar su discurso, Manolo quiso, como maestro cariñoso, acariciar a Pascual. Fatigado por su larga perorata, y sin costumbre de prodigar caricias, Manolo, por descuido, se tragó a Pascual.

El pez grande se come al chico.

¡Oh, Sócrates! Filosofía del río.

Gide: Historia natural.

Cocteau: El libro blanco de la tierra y del mar.

Y no saciado su apetito, Manolo subió mordiendo a un pez que vagaba iluminado por la plata de la luz lunar. Dentro del pez había un anzuelo. Y la filosófica trucha asalmonada se fué en busca de la inmortalidad.

Hacia ese plato de porcelana con una patata cocida y una raja de limón, que son las ventajas que tiene la inmortalidad de la trucha sobre todas las demás.

Dibujos de Navarro.

ANTONIO BOTIN POLANCO



Mientras aquí

triunfa el «jazz»

Miguel Fleta lleva

por el mundo la

música

española



Una escena de la ópera CARMEN



TANTO hemos importado del Extranjero, que ya nos va faltando espacio en España para el españolismo. Y el españolismo es algo más serio y respetable que los cromos de las cajas de pasas, que los pasacalles de los espectáculos de revistas, cantados por las vicetiples, y que los carteles de las corridas de toros. El españolismo es la expresión pura del espíritu nacional. El españolismo es D. Miguel de Cervantes, con su *Don Quijote de la Mancha*, y Goya, con sus majas y sus gentes de nuestro pueblo, y Calderón, con *Segismundo* y con *Pedro Crespo*, y Barbieri, y Bretón, y Chapí, antes, y ahora Vives, y Turina y Serrano... El españolismo es el Cid y los comuneros... Y Doña Isabel II, y el Cardenal Cisneros, y Galdós, y esa gran tela roja rota por una franja dorada, que sí en ocasiones sirvió para ocultar mercancías averiadas, en tantas otras fué emblema de bizarras afanes y de gallardos gestos...

Pero nos va faltando en España espacio para el españolismo. Yo espero ver a Ricardo Calvo, al señor de nuestra dramática, el intérprete prócer, plegando los telones ante los que alentaron todos los personajes del teatro español y llevando su carro de las cortes de la Muerte por los pueblos extraños, mientras aquí triunfan los melodramas yanquis y el contorsionismo de una negra de silueta andrógina. Yo espero el instante en que los músicos genuinamente españoles renuncien desdeñosamente

a ofrecer su arte, de recia significación nacional, en confusión con la estruendosa desarmonía del *jazz-band*... Aguardo un ademán franco de Amadeo Vives, que deja caer su batuta sobre las aberraciones circunstanciales del gusto de la multitud; y la mueca irónica de Serrano y el encogimiento de hombros, el apartamiento silencioso de ese árabe que es Turina.

Ya se nos ha ido Fleta, después de laborar durante mucho tiempo en España por la nacionalización de nuestro Teatro lírico. No habló una vez Miguel Fleta con quien tuviera facultades para salir en defensa de la música española, que no dijera algo favorable a la creación de un teatro lírico nacional. No dió un concierto sin que en el programa figurase algún número español. También Fleta es el españolismo. El españolismo que no cabía en España, y ahora, expatriado temporalmente, va por el mundo provocando entusiastas aclamaciones.

La primera actuación de Fleta en Manila ha tenido caracteres de extraordinaria solemnidad. Dejó España raíces muy profundas en Filipinas, y de aquellas raíces se nutre hoy el alma del país con jugos españoles. España tiene suficientes fuerzas espirituales en Manila para que al asomar Miguel Fleta al escenario, el españolismo filipino le acogiera con una conmovedora ovación, en la que el batir de las manos que aplaudían parecía batir de alas que volaran hacia el otro españolismo del genial y portentoso cantante. Pero en el teatro no todos los entusiasmas

dos espectadores eran fervorosos españolistas. Desde la primera autoridad local, hasta el pueblo, que se confunde en una masa anónima, llenaban la sala de la Opera House. ¡Tal vez el mismo nombre del viejo caserón, del viejo caserón testigo del paso de España por la tierra filipina, se clavó como un remordimiento en el alma de Fleta! Era preciso que allí la emoción española agitase al ambiente como un flamear de banderas... Y Fleta cantó *Te quiero*, y *Doña Francisquita*, y *Vizcaya*, de Anglada, y *Arnapolá*, de Lassalle, y la *Jota*, de Falla, y *El guitarrico* y *Granadina*, de Serrano.

¡Música española! ¡Música de su bravo Aragón, y de la Andalucía árabe, y del Madrid colorista de 180...! ¡Música del norte brumoso, de la Castilla calcinada, del Levante auri azul, perfumado y exuberante!... ¡Música española!

A su melodía, matizada por la prodigiosa sensibilidad de Fleta y embravecida por su poderosa garganta, Filipinas, emocionada, se estremeció. Fleta supo llevar otra vez hasta Filipinas el sentimiento de la raza española, el alma española, depurada de ambiciones especuladoras, limpia de todo afán de lucro, emancipada de las rapacidades de los gobernadores de otras épocas.

En los sucesivos conciertos el público se amotinaba en la calle; una vez el billete agotado, la muchedumbre se apretujaba en el interior del local, ávida de escuchar al gran tenor español; en butacas y palcos, el auditorio de las noches de gala; en las localidades altas, el pueblo, que se entregaba enardecido a una exaltada admiración hacia el cantante... Y en el escenario, tras el telón que cerraba el foro, ocultos en la sombra, hasta veinte frailes compatriotas de Fleta, que altera-

Mientras aquí triunfa el «jazz»...

ban el severo reglamento de su existencia monacal, para oír, trémulos, febriles, con el corazón agitado y un escalofrío en la espalda, cómo la voz privilegiada del tenor les llevaba música de la patria distante.

Fleta sigue su ruta, adentrándose en el continente asiático. China y Japón recibirán al gran cantante, y hasta aquellos países, tan extraños para nosotros, hará llegar el prestigio de nuestro arte lírico, en su noble peregrinación españolista, para cuyos anhelos no ha encontrado espacio en España.

¡Claro que bien pudiéramos ganar en el cambio! Porque ¿qué importa que echemos de la Patria todo español, si expatriado lo español conquista para sí el resto del mundo?

José ROMERO CUESTA

(Fotos Martín.)



Miguel Fleta durante uno de sus conciertos en Manila, con el maestro Anglada, y nuestro compatriota Valentín Cortés, director de la «tournee» del gran cantante.

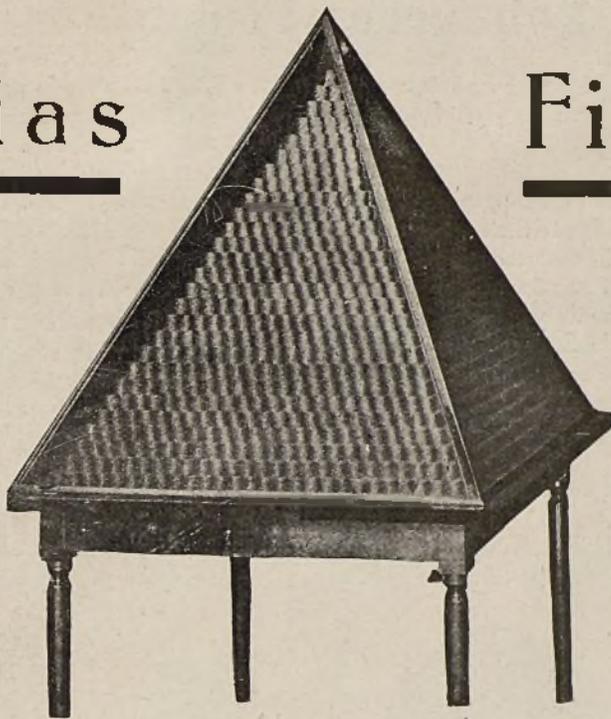
Eutrapelias

Financieras



Una interviú con

Doña Peseta



Nuestra reserva oro es tan potente en relación con los billetes circulantes, que sólo dos países la aventajan: los Estados Unidos y el Japón. He aquí una pirámide de monedas de oro en el Banco de España, con cuyas reservas podían hacerse otras 260 pirámides iguales de 10 millones de pesetas cada una.



GRACIAS a Dios que encuentro un interlocutor para el que están de más solicitudes y cumplimientos! Nada de petición de audiencia, ni enfadosas antepasas, ni cuestionarios preconcebidos. Soy dueño de los destinos de mi interrogada, y haré de ella lo que me plazca. Se me antoja preguntarle una porción de cosas, y no tendrá más remedio que contestarme. ¡Pues no faltaba más! ¡Ea! Aquí está. ¡Buenos días, mi señora doña Peseta!...

—Poco a poco, señor presuntuoso. Soy pobre, pero honrada. Quiero decir con esto que vuestra merced podrá gastarme en lo que más le acomode, incluso en gastos inconfesables, que para liquidar tales dispendios tenemos las monedas una ceguera particular. Pero de eso, con ser mucho, a presuponer que vaya yo a doblegarme fácilmente a todas sus curiosas impertinencias, hay un abismo. También las humildes pesetas, por mucho que nos deprecien y envilezcan, tenemos el santuario de nuestros secretos espirituales.

—Perdón, señora. He juzgado de ligero efectivamente. Es usted mía, puesto que la he sacado de mi bolsillo; pero reconozco en usted una personalidad ajena a esta idea de posesión accidental. Precisamente esa personalidad era lo que yo quería destacar en esta interviú. Mil perdones otra vez, y a los pies de usted...

—Beso a usted la mano y pregunte lo que quiera.

(Doña Peseta se esponja un poquito al penetrar en la realidad de mis intenciones. Es linda, aunque parece un poco agraviada por el uso y continuo rodar. Acaso también esté un poco antihigiénica... Pero conserva en la redondez de su efígie un encanto particular que la hace muy estimable todavía.)

Ha empalidecido un poco en el trasego y agitación de estos días, a prueba de emociones.

—Es usted la estrella de actualidad en la pantalla de los acontecimientos. Si, según dijo Herriot en 1926, «el franco está bajo la mirada del mundo», hoy podemos decir que es la peseta la que obliga a todo el mundo a volver la vista hacia estas áridas cuestiones económicas.

—Así es, en efecto, señor, y créame que bien lo siento.

—¿No la agrada la popularidad?

—¿Llama usted popularidad a estar en el balancín de los cambios actuando de heroína y expuesta a cada momento a romperse el bautismo? ¡Ah!, no créame: de testo esa popularidad.

—¿Habrà usted pasado muy malos ratos?

—Sólo Calvo Sotelo y yo lo sabemos. Hubo momento en que me di por muerta. Mis enemigos son atroces. Me cogieron por el cuello cuando menos lo esperaba, para obligarme a que cediera a mi esposo, que les hace mucha falta.

—¿Ah!, pero ¿es usted casada?

—¿Y lo ignoraba usted? Mi esposo es el oro del Banco de España, y contra él iban los tiros. Quieren secuestrarle, quieren llevárselo. Primero con melosas razones... El *Financial News*, de Londres, estuvo publicando una serie de artículos hablando de la situación de España y de sus remedios. El remedio de que yo volviera a adquirir mi antigua lozanía era que parte de mi esposo emigrara al Banco de Inglaterra. ¡Qué robusta y qué «estable» me iba yo a poner! Pero aquí no se tragaron el anzuelo, y entonces tiraron por la tremenda. Me cogieron en la encrucijada del segundo plazo del empréstito oro, para el que se necesitaba la cooperación de mis enemigos. Y no quiera usted pensar. Un verdadero caso de «apachismo financiero»... Pensaron que mi pobrecito marido saldría inmediatamente al verme maltratada, y entonces cargarían con él.

—Participo de su indignación, señora. Pero estamos en la tierra de Don Quijote y seguramente salieron en su favor numerosos valedores dignos de la ejecutoria hidalga de nuestra raza.

—Ni por pensamiento. Los únicos que podían haberme favorecido un poco, los exportadores, se llamaron andana, y las monedas extranjeras de su comercio quedaban en los Bancos de otros países sin que hubiera contrapartida a mi excesiva oferta. Así llegué a hundirme hasta 40,70 que tuvo la avilantez de pedir en canje una libra esterlina en Londres.

—Verdaderamente deplorable. Pero, según creo, no es ésta la primera vez que se ve usted en estos fregados.

—No, señor; hace unos treinta años también pasé las «ultravioletas» (¡perdón por el terminacho!) Fué cuando la catástrofe colonial. Pero entonces había un motivo fundamental que ahora no existe. Menos mal que acerté con un galeno de gran altura que hizo honor a su fama.

—¿Don Raimundo Villaverde?

—El mismo. «Villapierde», como le motejaban sus enemigos, a falta de más sólidas razones de crítica. «La peseta enferma»—usted recordará el titulito, porque sirvió de base a algunas piecicillas satíricas—recobró la salud y se hizo fuerte y vigorosa.

—Después pasó usted por épocas de gran esplendor.

—¿Calle usted, por Dios! Cada vez que me acuerdo de que en 1919

tuve «de rodillas y a mis pies» a ese fatuo y presuntuoso «parvenue» del dólar, se me dobla el alma de dolor. Y la libra esterlina también, y el franco suizo. No digamos nada del franco francés, a quien incluso llegué a perder de vista. Tan alta me puse yo y tan bajo y desmedido quedó él.

—¿Cómo fué el cambio de fortuna?

—Verá usted. Ya sabe que el «aire colado» de los presupuestos con déficit me es fatal. Pues bien: Villaverde suprimió el déficit, logrando que se saldara en 1906 el mayor superávit conocido hasta entonces. ¡Qué hombre! Seguí viviendo ya relativamente bien, sin acordarme de que en la *débacle* de 1898 llegó la libra a cotizarse a cuarenta y tantas pesetas. De 1915 a 1920, nuestro administrador, el Banco de España, a quien nunca podré agradecer bastante el desvelo que por mí se ha tomado, se dedicó a robustecer a mi marido, el que me garantiza y me respalda en todo momento, y a sus cuidados y solicitudes se debió que «engordara» más de 2.000 millones.

—¡Hermosa perspectiva para un matrimonio «por amor» como el de ustedes!

—¡Y tan hermosa! El año de 1918 llegué a brillar tan deslumbradoramente, que no dudo en calificar este año mi «edad de oro». La libra se arrastraba penosamente a mis pies con un valor que no llegaba a las 20 pesetas. El dólar apenas valía tres. Era yo la moneda prócer, el arquitrabe de la arquitectura financiera mundial, y me rendían vasallaje y pleitesía mis verdugos de hoy. Tan bien, tan bien nos encontrábamos, que no se vaciló un momento en conceder un préstamo de 350 millones de pesetas a «Mariana» y otro de 75 al «Tío Sam».

—¿También al «Tío Sam»?

—Sí, señor; y ahí está vivo y sano para no dejarme por embustera.

—Hablemos un poco de su esposo; ¿le parece?

—Sólo vivo por él y para él. Si no fuera por la confianza que inspira su fuerza en relación conmigo, fuerza en la que sólo nos aventajan los Estados Unidos y el Japón, ¿qué hubiera sido de mí?

—¿A qué se debe ese afán moderado de apoderarse de nuestro oro?

—En primer lugar, a la restauración de su valor como patrón monetario. El oro, contra la opinión de aquel «pringoso» señor Cassel, de Suecia, pinta todavía mucho en el mundo. También se reirán hoy de aquel buen alemán von Justi que decía que los envíos de oro que América nos hizo en el siglo XVII nos habían transformado en el pueblo más pobre de la Tierra. «¡Envidiejas!»... (Nótese que a medida que se exalta doña Peseta va perdiendo su léxico académico, derivando hacia un argot plebeyo de pañuelo a la cabeza y mantón alfombrado. Respetamos, sin embargo, sus castizas expansiones, y seguimos.)

—¿Y después?

—Después, ese «Banquito» Internacional de Pagos, cuya entrada es por invitación y exige la más rigurosa etiqueta monetaria—tener moneda oro o cosa que lo valga—, ha acabado de volver el sentido y el seso a todos. Y los que no tienen oro bastante para figurar entre los invitados se han echado a los caminos para procurárselo por todos los medios. Ahí tiene usted el caso de mi amigo el peso argentino. Toda la vida figurando como moneda oro, y ahora ha tenido que retirarse al «conventillo» hasta ver en qué para esto, porque tiran a dar.

Eutrapelias Financieras

—¡Me deja usted de una pieza! Pero, según creo, tuvo usted una época de resurgimiento allá por el año de 1927.

—Sí, señor; cuando se arregló definitivamente lo de Marruecos y se me resolvió aquel tumor que me salió en semejante parte... Las obligaciones del Tesoro, llamadas vulgarmente «deuda flotante».

—Siga contando, que soy todo oídos.

—Pues muy sencillo. Después de 1918 empecé a ponerme un poco lacia por la crisis industrial que siguió a la postguerra; pero no tanto que en el año 1920 no me hiciera valer todavía frente a mi rival la libra esterlina, que se mantenía por debajo de la paridad de 25,22. Bastaban, en efecto, poco más de 23 pesetas para hacerse con una esterlina. Seguí cayendo—ya sabe usted las vicisitudes de nuestro país en ese período—; pero en 1927 los dos acontecimientos señalados fueron como la herencia de un tío en Indias. Volvieron a auparme, a subirme, a vitorearme frenéticamente...

—¿No le dió a usted miedo y recelo tan súbito cambio de fortuna?

—¡Ni me lo miente! ¡Pensar que si hubiera habido un poco de síncope no pasaría estos apuros ni estos ahogos! Más de una vez me dije: ¡Cuidado, «Leandra», que esto parece «coba fina»! ¡No pierdas la cabeza!

—Sin embargo, ¿qué se podía hacer contra un movimiento tan favorable a nuestra divisa?

—Haga el favor de no llamarme «divisa», que aquí en España sabemos lo que esto significa. Y contestando a su pregunta, le diré que, efectivamente, si pudo hacerse: sencillamente, no dejarme subir tanto, aunque con ello hubiera padecido un poco el orgullo nacional, y oponerse a mis rápidas ascensiones para evitar que me diera el vértigo.

—Pues no lo entiendo...

—Porque no sabe usted tanto así de estas cosas. Bastaba haber tomado entonces, a favor del movimiento especulativo, unos magníficos rehenes de moneda extranjera que echar a las fieras cuando éstas volvieran la oración por pasiva.

—Sigo no entendiendo...

—Pues no puede estar más claro: la especulación se empeñó en que yo había de valer tanto y cuanto, y para ello derrochó la bras y dólares a granel para conseguirme. Con haberse apoderado de esas libras y esos dólares, no dejándome subir tan rápidamente, estábamos al cabo de la calle. Porque cuando viniera la contraria, como vino, hubiera sido suficiente devolver a la especulación sus monedas oro, y yo no hubiera tampoco bajado tanto ni tan desastrosamente.

—Comprendido, señora; discurre usted como una claridad meridiana.

—La experiencia, señor; nada más que la experiencia. ¿Quiere usted saber algo más?

—¿Le parece a usted poco? Quedo a sus pies con la más rendida gratitud.

—Beso a usted la mano.

(La entrevista hubiera tenido que acabarse de todas maneras, porque el camarero, viendo dar vueltas a la peseta sobre el mármol del café, se presentó a cobrar. Ni mi interlocutora ensayó la más leve protesta, ni yo hice nada por retenerla. Después de todo, lo que esta «peseta desconocida» me dijo, podrá repetírmelo cualquiera otra, porque todas han pasado las mismas vicisitudes, idénticos apuros.)

ANTONIO DE MIGUEL



Las monedas de todos los países han dado a nuestra peseta una batalla encarnizada que ha culminado en los cambios inverosímiles de 4070 pesetas por libra esterlina. Y sin embargo...



PARIS. Entrada de la iglesia de Saint Etienne du Mont. A la derecha el Panteón.

CARTA DE PARIS

PANORAMA DE

LA GRAN CIUDAD

POR ISAAC ROCHE



DERDONA, querida Paquita, que no haya contestado antes a tu carta. En primer lugar, como me decías que no pensabas venir hasta mediados de febrero, podía tomarme algún tiempo para informarte bien. Te tengo buscado alojamiento tal y como deseas. Se trata de un hotel familiar, situado en medio del Boulevard Raspail, con el *Metro* a la puerta, por si alguna vez no quieres tomar un *taxi*, cerca de Montparnasse, tu barrio preferido. La habitación que te reservan, con dos grandes balcones a la calle, cuarto de baño, calefacción, teléfono, te costará cuarenta francos al día, con el primer desayuno; y si te decides por la pensión completa, te cobrarán ciento diez francos, servicio del diez por ciento comprendido... Pero no creo que quieras prescindir de uno de los encantos de París: sus restaurantes, de todos los precios, cocinas y especialidades.

Como yo es posible que, cuando vengas, no me encuentre aquí, sino que me halle sobre el Atlántico, camino de Buenos Aires, te daré algunas noticias de diversa índole sobre la vida de París en estos momentos, sobre sus espectáculos y sobre otras cosas.

Debo comenzar por manifestarte, mi querida Paquita, que para nosotros, los españoles, que vivimos de las pesetas que ganamos en nuestro país, el nuevo año no ha podido comenzar con peores augurios: de un lado, la baja injustificada y trágica de nuestra moneda. Imagínate que, por cada mil pesetas que cambiamos, nos dan cerca de mil quinientos francos menos que hace unos meses. Y, de otra parte, el encarecimiento de la vida, creciente sin cesar. Desde primero de enero, la carne, los huevos, las patatas, la leche, el gas, el tranvía, el *Metro*, el autobús, todo cuesta alrededor de un veinte por ciento más. Los *taxis* han aumentado también, y este renglón era uno de los que más razonablemente estaban

resueltos en la ciudad de las luces. Todo esto ha originado un malestar general, pues además coincide con una baja insignificante en los impuestos y con el abaratamiento de muchos artículos al por mayor. Estamos, pues, en una era de contradicciones, que yo calificaría de «era de los imponderables», pues a causa de factores que no pueden pesarse ni medirse, ni siquiera señalarse, reina el desquiciamiento y la falta de lógica en todo.

Aumenta, pues, si insistes en tu proyectado viaje, en un treinta por ciento el presupuesto de gastos.

En cuanto a teatros, que es tu pasión favorita, te recomiendo que veas, sin que esta recomendación implique mi admiración y entusiasmo, *Le sexe faible*, de Bourdet—el autor de *La Prisonera*—, que triunfa ruidosamente en el teatro de la Michodière. La nueva producción de Bourdet es una sátira despiadada contra la mujer de hoy. Obra sin consistencia alguna, más débil que el título, y que, a mi juicio, llena el teatro, por la maravillosa interpretación, aparte de sus libertades de acción y de expresión. El tipo que presenta Bourdet de mujer yanqui, se comprende que indigna a los compatriotas de Wilson. Aunque la francesa tampoco sale bien parada de manos de este joven y audaz comediógrafo. Ya sabemos que existen viejas verdes como esa condesa; pero no creo que para ver una más valga la pena de pagar sesenta francos por una butaca.

En el teatro des Arts, los Pitoeff presentan una obra curiosa, original, extraña y desoladora en su pesimismo malsano. Se titula *Les criminels*; su autor es el alemán Bruckner, y está adaptada al francés por la señorita Steinhof y por el señor Mauprey. Se levanta el telón y aparecen nueve hogares de una casa. Las escenas se suceden, iluminándose la pieza donde la acción se desarrolla de momento, permaneciendo en sombras el resto. Y así, asistimos a un estrangulamiento, a desvarios de jóvenes por mala ruta, algunos de ellos desviados del todo; a juicios ora-

les en el mismo Palacio de Justicia: causas por robo, por asesinato, por abortos, por chantaje, cuyos encartados hemos visto moverse en sus casas momentos antes.

Obra, repito, extraña, pero de una tristeza y de un pesimismo tan grandes, que el espectador sincero e impresionable sale con el malestar de haber asistido a una elocuente lección en favor del suicidio...

¡El *Volpone*, de Romain y Zweig, sigue triunfando en el Atelier, como el *Melo*, de Bernstein, continúa proporcionando buenos ingresos en el Gymnase, a pesar de que esta obra data de la temporada anterior. Yo, francamente, no me explico cómo bajo la base eterna del marido, la mujer y el amante pueden los autores ganar tanto dinero. Y lo más curioso en el teatro de Bernstein es que, con el adulterio, en un país donde el divorcio pulveriza y destruye su razón de ser, puedan sus obras hacerse tricentenarios en los carteles.

Desde luego, querida Paquita, cuando vengas en febrero, no podrás ir a un teatro sin que veas a dos enamorados, sobre las tablas, darse besos de película, con iniciaciones a veces de algo más, como en *Melo*, aunque luego te hagan ver un suicidio y un cementerio en una patética escena de pantomima.

Si quieres ver una muestra de la Rusia soviética, en el teatro de L'Avenue representan *La Rouille*, obra en tres actos y diez cuadros, adaptada al francés por los señores Noziere y Bienstock, que presenta la célebre mademoiselle Falconetti. Es una pieza deslabazada, en la que los autores franceses no han procedido con absoluta lealtad, ya que la obra, que se ha representado en Moscú más de mil veces, resulta un documento antibolchevique.

En el Antoine se ha estrenado, con éxito, una comedia de Henri Jeanson, titulada *Amis comme avant*. Es el conflicto viejo, por incompatibilidad de caracteres, de un matrimonio, en el que el marido, por no comprometer el porvenir del hijo, aguanta las nerviosidades y tiranías de la mujer hasta el momento en que el vástago obtiene un puesto importante en la vida, que le permite prescindir del progenitor. Padre e hijo son excelentes camaradas, que se quieren entrañablemente y que, ras cada discusión o escaramuza, el armisticio y la paz son sellados con un apretón de manos y la frase, en ellos sacramental, «¡Amigos como antes!», que exaspera a la nerviosa y neurasténica mamá. El padre, pues, se va del hogar en cuanto puede marchar tranquilo sobre el futuro de su hijo, y la madre entonces es explotada por toda suerte de *gigolos* y bailarines, extractores de cheques para uso y abuso de otoñales al borde

CARTA DE PARIS

del invierno. El tercer acto de esta obra es por demás inverosímil y absurdo. El mismo padre, a ruegos del hijo, acude a poner orden en los desenfrenos económicos y sexuales de la desquiciada mujer. Estos franceses son realmente admirables en el sentimentalismo del

adulterio. Nadie como ellos saca partido de los infortunios conyugales.

Pero si quieres, dentro del Arte, un plato todavía más fuerte, ve al Studio Champ Elysées y verás *Le Peché*, obra en tres actos, de Rodolfo Orna. Allí tienes un adulterio más complicado, entre suegro y nuera, con su tragedia final como Jordán purificador, sanción imprescindible como concesión a la moral burguesa.

No dejes de ver *Marius*, de Marcel Pagnol, que ahora se representa en el teatro de París, en la rue Pigalle. Es más divertida que *Topace*, aunque menos profunda, y te emocionará a la vez que te hará reír. En el viejo puerto de Marsella. El conflicto de un muchacho honrado, que lucha entre el amor y la inquietud nómada de partir, de embarcarse hacia lejanas tierras, entrevistas y soñadas.

Bueno; todo esto, bien entendido, si la anunciada huelga de espectáculos no se realiza. Porque está anunciada precisamente para el 15 de febrero, fecha en que pensabas venir. Si el fisco no atiende a los empresarios, París irá a la huelga, y teatros, cines, *music-halls*, circos, todo quedará cerrado hasta nueva orden. Yo te confieso que me gustaría ver a París sin espectáculos y sin autos, por unos días, claro, sólo por unos días. París, sin espectáculos, ofrecerá por sí solo un espectáculo sublime, que valdrá la pena de ver, más que la mayoría de las comedias y revistas que actualmente se ofrecen al turista.

Y nada más, querida Paquita. Si no estoy aquí, como temo y deseo a la vez, cuando llegues a París, diviértete mucho, baña mucho—en la Rotonde y en la Coupole sobre todo—, y no dejes de visitar ciertos rincones y monumentos de París, como el Panteón, la rue Soufflot, la iglesia de Saint Etienne du Mont... Esa calle de Soufflot sobre todo, con la perspectiva de la fontana y al fondo el Panteón, resume de mano insuperable el espíritu ligero, grave, elegante y solemne a la vez de esta ciudad Única, Imperecedera e Insuperable.

ISAAC ROCHE

Paris, 1930.



PARIS. La Rue Soufflot, que lleva el nombre del arquitecto que trazó los planos del Panteón, es uno de los rincones que mejor resumen el espíritu de la gran ciudad

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido
su trabajo, y...

Radamante. — Sí, señor; aquí somos muy correctos, y contestamos a cada uno en el tono que se merece. Que usted sea mal poeta, nada tiene que ver con que tenga mucha educación, de lo que nos alegramos.

Ch. P. M. (Barcelona). — Vulgar; no nos sirve.

Greta (Sevilla). — Vulgar el canto al barrio de Santa Cruz, y nada nuevo de estilo. «Inter-cambio» no está mal. Apunta en su ritmo la promesa de mejores frutos. Insista, que no consiste la novedad en gastar mucho papel sembrándolo de palabras sueltas.

Malabar (Barcelona). — Suave y gracioso el ritmo de su «Las fresas en la loza de fina Talavera», pero aún no tiene la agilidad necesaria para merecer la publicación. Insista. Lea mucho y cultive amorosamente su jardín espiritual, escribiendo muchas cuartillas para romperlas luego y volver a escribir otras. Urge la depuración de palabras y conceptos. Usted puede arrancar a su lira muy bellas armonías.

M. S. A. (Madrid). — No está mal, pero nada nuevo.

Fedora. — Demasiada tristeza; no nos sirve.

J. A. S. (Madrid). — Usted perdona; aunque el mundo es muy malo, no creemos que sea tan malo como usted dice. Por eso no aceptamos su poesía.

Q. C. (Madrid). — Muy bien su elegía a la muerte de *Andrónico*; pero cuando le correspondiera salir en estas columnas ya no sería de actualidad. Envíe otra cosa.

J. J. P. T. (Astorga). — Celebramos que reconozca la incipiente renovación literaria de nuestra revista. Aunque usted no lo crea, sus cosas no nos resultan muy avanzadas aún. Esos malabarismos de vanguardia inocua aquí ya los hemos olvidado. Y conste que no somos enemigos de la verdadera vanguardia.

Jonatus. — Vulgar; no sirve.

A. J. U. R. (Madrid). — Superabundancia de adjetivos; hay que podar mucho la prosa de los jóvenes que vienen decididos a luchar en la república de las letras.

L. A. L. (Astorga). — No es tampoco lo que deseamos. Su nuevo envío tiene aciertos aislados, abundando en vulgaridades, como la de un *mero decorativo*. Usted puede enviar versos mejores.

J. M. A. (Riesco). — Sus trabajos acusan cierta natural inclinación hacia las bellas letras, que usted debe cultivar con esmero. Muchas lecturas y mucha ejercitación en escribir antes de lanzarse a publicar sus trabajos.

Lucifer. — Sí; hay que ser renovadores, pero

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista. Rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: "Para la sección "Los escritores nuevos". Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

« COSMÓPOLIS »
CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea

LA CATEDRAL



*Catedral,
la patina medieval
te ha cubierto con su manto
y tienes el dulce encanto
de una leyenda ancestral...*

*Tus pórticos cincelados,
tus figuras de granito,
desde los siglos pasados
duermen el sueño infinito.
Los policromados vidrios
de tus altos ventanales
semejant bellos delirios
de artifices inmortales...
El misticismo más puro
envuelve cual un sudario
al retablo semioscuro
que perfuma un incensario
y evoca el tiempo lejano
de tus naves la penumbra
sumergiendo en un arcano
la luz tenue que te alumbrá...*

*Catedral...
Monumento medieval,
tú atesoras raro encanto
porque el arte con su manto
cubrió a tu piedra inmortal.*

MARIA DOLORES BAS BONALD

Dibujo de Virgilio

no tanto. La verdadera poesía debe obedecer a un ritmo doble, plegado a las exigencias de la forma y del fondo. Escribir por emborrillar cuartillas, lo hace cualquiera que no sepa escribir.

J. P. B. (Madrid). — Nada nuevo su envío. No nos sirve.

R. L. A. (Oviedo). — No le extraña a usted que nos hayamos vuelto muy exigentes. Las circunstancias lo aconsejan así. No queremos engañar a nadie que pueda dedicar sus actividades literarias a cosas de mayor utilidad.

R. R. R. (Madrid). — Tampoco admitimos el montón de rípios que nos envía.

Larios. — Volvemos a los de los ojos, ojos, enojos, abrojos, etc. No nos sirve.

D. M. C. (Luarca). — No le extraña a usted que no hayamos contestado a su carta. Son tantas las que se reciben, y tan exigentes somos ahora, que muchas van al cesto de los papeles sin apelación posible. Y es inútil pretender contestación particular.

F. D. S. (Madrid). — Calme su impaciencia el señor poeta, que, a fuer de leales, dirémosle que, si Dios quiere, verá sus versos publicados en estas páginas. Ya falta menos que faltaba. Los que ahora nos envía no podemos admitirlos; y en cuanto a lo de que ve aparecer versos inferiores a los suyos, no lo dudamos, usted mismo sabe que antes éramos mucho más benévolos que ahora.

J. P. T. (Pozoblanco). — ¿Contestación sincera? Muy malos sus versos por anticuados y nada juveniles. El «Canto a Carmencita», inservible de todo punto. Pero si usted trabaja ahincadamente y estudia con fervor, logrará buenos resultados.

F. R. R. (Madrid). — Otro impaciente. Decimos a usted como a los demás. Ya aparecerán sus versos. Por lo pronto absténgase de nuevos envíos. Más de trescientas cartas mensuales obligan a ser parco en esta correspondencia.

Addeber. — Lo mismo decimos. Y además que sus versos, nada nuevos, mezclando asonantes y consonantes, y de ritmo feamente irregular, son inadmisibles.

Alma. — No nos cansamos de aconsejar el sano ejercicio de buenas lecturas. Usted puede lograr bellos trabajos, si se somete a una provechosa ejercitación de sus facultades literarias; pero un consejo leal: cultive la literatura como un deporte discreto, algo que le sirva de alivión romántico a sus inquietudes de todos los días.

C. R. G. (Valladolid). — Gracias, muchas gracias por los adjetivos que nos dedica. Verdaderamente que ninguna otra revista española le consagra a los noveles la atención que nos otros; y eso que nos es imposible hacer todo lo que quisiéramos. Sus bellísimos romancillos, entran en turno de publicación.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de los originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.º Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.

2.º Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección "Hemos recibido su trabajo y...", en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.º El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 5.º Cada original debe venir acompañado de un cupón.



ESPUMA

SIENDOLE todo indiferente a Fernando, en su imaginación sintió aquella mañana un granizado de ideas: primero, *cocktail*; luego, comida; después, alcohol, y más tarde, nada... ¡seguir respirando!

Simétricamente, Alicia resumió su día: primero, *cocktail*; después, comida, vestidos, coquetería y más vestidos...

Resultado de tantos materialismos: nulidad de seres.

Por esto, cada vez que se abstraen sus cerebros enmascarados, recuerdan lo perdido en su casamiento. Aquel Chunguito, suspira Alicia, decía cada ingeniosidad que parecía... ¡Qué pocholo!; lástima no verlo más. El *rimmel*, descompuesto, resbala en sus mejillas...

Aquella Carmela, piensa Fernando, era una mujeraza; aquello era hembra, no la birra estilizada que él tenía por mujer.

...

El verano suelta su máxima intensidad de calorías, y los adoquines en la calle, juegan a tostar suelas de zapatos.

En la estación del ferrocarril, el colorido de los mozos resalta azul y marrón. Un árbitro con galones dorados anuncia una partida. Lentamente, el trajín de hierros con crujidos de ruedas, el pasillo indefinido con sus ventanas cuadrangulares, dicen adiós a esos cuatro alambres telegráficos que brillan siempre; y al paisaje, recortado, unos puntos blancos lo salpican de chantilly.

...

Sol y mañana. Algarabía. En la playa, que es un azote sempiterno de agua, hay un azul intenso y granos de arena recién tostados. Fernando, blanco pantalón y chaqueta cognac; Alicia, vestido espuma de agua

y cabellos color moda. Más gente. Callados, indiferentes, abstraccionistas, se sientan. Esta mañana hay 360.000 calorías de más. Un silencio momentáneo en el concierto de las olas.

Grito de ella. Chunguito avanza; expresión atónita de él. Carmela llega, pero si vienen es como ellos, atados, unidos también por el círculo incomprensible. En la playa ha sonado un suspiro cuádruple de desencanto; una burbuja de agua, que, jugaba con otras mayores, se ha roto en la arena; espuma... Espuma.

M. HIGUERAS CATEDRA

(Dibujo de Tauler.)

MOMENTOS

¡FUE MI PRIMER AMOR...!

Pasó por el camino de mi vida
como pasa la luz por un abismo;
calentó mi existencia, entumecida,
disipando mi oscuro pesimismo...

¡Y la dejé pasar, alucinado,
con altivo y estéril fatalismo...!
¡Fué mi primer amor, y lo he matado...
lo he matado... yo mismo!

A VECES, SI LES HABLO,
NO ME ENTIENDEN...

A veces, si les hablo, no me entienden;
me miran con extraña confusión,
y comprendo que no somos iguales,
que no son como yo...

Entonces, ya callado, reflexiono
y deduzco, cual triste conclusión,
que ellos hablan y sienten a su modo
al modo que les dicta la razón...

¡Y yo que apenas hablo, siento todo
con sólo el corazón...!

CARLOS SARCE

(Dibujo de Servando del Pilar.)



Jimo

(EVOCACIÓN)

ENTONCES, ¿mañana?

—Mañana...

Hacia un largo rato que los dos callábamos; sin saber por qué, me sentía turbado por una tristeza indefinible al abandonar aquella tierra tuya, enrojecida de odios seculares, que me había brindado, dadivosa, un pequeño bazar de cosas amables; y, entre ellas, la más pequeña, la más amable, un lindo corazón de mujer: tu corazón.

Te sentí a mi lado como un viejo juguete, un viejo juguete de carne joven, y de alma tal vez; no sé; nunca oí hablar del alma de las mujeres del Harch. Además, tú, entonces, eras tan sólo una insignificante pequeña cosa emocionada, con los ojos de ónix turbios de pena en aquel atardecer africano y sensual.

Ya no había sol; San Amaro y el monte se cubrían de rumores vagorosos; tan sólo el Hacho piadoso, con sus prisioneros, prolongaba en sus muros la caridad de un último destello; pero la tarde era tan limpia, que allá, en el horizonte más lejano, donde se pierde el mar, se adivinaba un peñón evocativo y nostálgico: España.

El puerto comenzó a bordarse con las luces de colores de boyas y barcos; entre ellos, el mío parecía enviarme una llamada apremiante en cada bocanada de humo de su chimenea inquieta.

Un suspiro infantil y una lágrima desteñida de «coal», resbalando sobre tus mejillas morenas; te oprimí las manos, y tus brazaletes golpearon, quejumbrosos, sobre las muñecas ardientes; luego te oí balbucir con tu vocecita de niña mimada:

—Cuando pasen más lunas, teniente, ya no te acordarás de la pequeña Jimo.

No te dije nada; una dulce evocación del pasado, de nuestro pasado, inchaba mi garganta emocionada; reviví nuestros primeros encuentros, cuando todavía inaccesible para mí, ibas ataviada de mora por las blancas calles de Tetuán, las manos pintadas de alheña, en los dientes la locura del betel, y dejando a tu paso una imperceptible estela de almizcle y sándalo. Luego, mi sorpresa en Tánger, cuando, en el Gran Kursal francés, oí tras de mí una vocecita infantil que recitaba su lección recién aprendida:

—C'est l'officier espagnol, qui ne veut pas me saluer.

Aquella diminuta elegante que tenía ante mis ojos eras tú, que, emancipándote de la severa tutela del Majzén, volabas al cosmopolitismo



POR
FRANCISCO
PALAZÓN

de la ciudad internacional para cambiar, sin remordimiento, tu molestísimo y misterioso manto por alguna creación «ultra-smart» importada de la «rue de la Paix».

Seguramente que las repetidas libaciones del burbujeante y travieso Pomery extra-dray martirizaban tu garganta, acostumbrada al inocente té aromático de tus compatriotas. Pero no importaba, tú reías feliz y brindabas conmigo por nuestro encuentro, ¡mektub!, por el negro del «banjo», por tus quince años maravillosos, precocemente en sazón...

Después, nada: muchas noches de estrellas, llenas de cuentos de Hoffman para tus oídos de niña; visitas a los bazares indios de telas brillantes; falsos Smirnas, y diminutas babuchas recamadas que buscaban tu breve pie de Cenicienta; ¡nada!

Paseos que llenaban de confidencias pueriles; alguna caricia de tu mano breve cuando brillaba la luna llena;

¡nada! En la nueva vida civilizada de que querías saturarte, los cuentos de niños y las babuchas de Cenicienta no tienen el valor de un suspiro...

Hubiera querido una piadosa mentira adornada para tu adorable congoja. Pero no la hallé y te dije:

—Volvamos; ¿quieres?

Y volvimos a Ceuta en el mismo coche que meses antes te hizo sentir el escalofrío de tu primer vértigo.

Olía a jazmines, a tierra mojada, a todos los aromas enervantes de la noche estival. No dijiste nada en todo el camino; sólo en el muelle, un último gesto inútil de rebeldía y súplica.

—¡No quiero, no quiero; llévame contigo!

Te calmé como pude; tal vez te prometí volver; pero tú, sin creermelo, repetías llorando:

—Cuando pasen más lunas, teniente, ya no te acordarás de la pequeña Jimo.

Ya pasó mucho tiempo; de mis recuerdos, muchos se perdieron en el polvo del olvido y la distancia; quedan algunos; el tuyo también. Hoy que lo exhumo, envuelto en la bruma de esta tierra gallega, siento como nunca la nostalgia de mi galón de teniente, y de tu mano breve, cuando brillaba la luna llena.

FRANCISCO PALAZÓN



Sitios Reales de España

PALACIO DE POBLET



PUERTA REAL DE POBLET



Se levanta el Monasterio de Poblet en una fértil llanura de la provincia de Tarragona—término municipal de Vimbodí—, al pie de una cordillera de montañas denominadas montes de Poblet, que son las principales fuentes del río Francolí. Esta situación privilegiada; sus panoramas espléndidos; la abundancia y singular calidad de las aguas, preferidas entre las ferruginosas y magnesianas, y la suavidad del clima, han atraído a los alrededores del monasterio una numerosa colonia, y se han construido multitud de villas y lujosos *chalets* de un aspecto agradable y pintoresco.

Poblet es ejemplo completo de las más grandes instituciones del Cister. Fué su fundador Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y de Provenza, y príncipe soberano del reino de Aragón, el cual, en 1142, hizo donación del *Hortus de Poblet* a Sancho, abad del monasterio cisterciense de Fontfroides, junto a Narbona. Bajo su dirección se convirtió pronto en una verdadera población, que reunía en su recinto granjas, dependencias, oficios y cuanto era necesario para que los monjes no tuviesen que salir de él.

Las construcciones forman tres vastos recintos murados con sus respectivas puertas de comunicación.

Encerraba el primer recinto una calle con habitaciones de labradores, obreros, guardas y conversos para los trabajos del monasterio y sus posesiones. El segundo recinto, al que se entraba por la llamada Puerta Dorada, contiene en una gran plaza irregular la capilla llamada de Santa Catalina, donde oraban los recién llegados, la Bolsería, Hospital de Pobres, Hospedería y Palacio Abacial, derribados en su mayor parte; y al sur, el moderno Palacio Abacial, con un largo corredor cubierto que a través del huerto lo comunicaba con la clausura.

El tercer recinto está defendido por una fortificación de cuatro frentes con sus torres, mandada construir por Pedro IV para custodia de las dependencias claustrales, que constituían la parte fundamental del monasterio; a saber: claustro, sala capitular, sacristías, refectorio, dormitorio, biblioteca, etc., y, sobre todo, la Iglesia Mayor, donde estaban las tumbas de los reyes de Aragón.

Da acceso a este recinto fortificado la llamada Puerta Real, pieza

completa del arte militar del siglo XIV, decorada con los timbres reales; entrando a la derecha, entre la Puerta Real y el Atrio de la Iglesia, estaban los antiguos lagares, sobre los cuales se construyó el palacio del Rey Don Martín, distinguiéndose perfectamente las dos épocas de las construcciones: la parte baja, hasta el suelo del piso primero, es la más antigua, y estaba destinada al uso indicado; y la parte alta se empezó a construir en tiempo de dicho monarca, destinándose a grandes salones, la parte de encima de los lagares, y a dormitorios, la parte superior del Atrio de la iglesia (Galilea), en donde se ven principiadas las obras del mismo género que las del palacio, y donde había una abertura o tragaluz para que la familia real pudiera presenciar los divinos oficios. La edificación de esta residencia real en el interior del Monasterio de Poblet no es un caso aislado al contrario: fué costumbre bastante generalizada entre los monarcas medievales construir algunas habitaciones para su residencia en los principales monasterios; con lo que conseguían el doble fin de satisfacer su devoción, asistiendo a los actos del culto, y tener segura defensa en las obras militares de que estaban provistas las casas monásticas de la época.

A veces, estas dependencias reales eran tan importantes que resultaban verdaderos palacios, y éste es el caso de las construcciones que mandó levantar Martín el Humano en el Monasterio de Poblet, en los últimos años del siglo XIV, y que, por su muerte, quedaron interrumpidas, sin que nunca se haya llegado a terminarlas. Lo intentó Felipe IV; pero a poco de principiar las obras tuvieron que suspenderse, a consecuencia de los disturbios que en aquella época agitaban al Principado, y no es de lamentar, porque las obras de ladrillo ejecutadas en la segunda época, que remataban la hermosa fábrica de sillería de la construcción primitiva, eran de un gusto tan detestable que ha ganado mucho el arte con su desaparición. El número y capacidad de las habitaciones; las hermosas puertas, con los escudos de la casa de Aragón, y sus ventanales, de estilo ojival de la mejor época, revelan la suntuosidad que se proyectaba imprimir a la regia morada, que es, si no la mejor joya artística de las construcciones de Poblet, una de las que merecen figurar en primera línea.

Responde a ese tipo característico e inconfundible de palacios de es-

tilo exclusivamente gótico sin mezcla alguna de mudéjarismo, de que posee Cataluña la mejor colección; lo cual se

explica porque, mientras en Andalucía, Castilla y León la influencia musulmana empieza a manifestarse de los siglos X al XIII, en Cataluña tuvo el mudéjarismo un menguadísimo desarrollo, y persiste el tipo cristiano puro en los siglos XIV y XV.

La planta es rectangular, y mide 38 por 15 metros. La portada del arco de medio punto, con archivoltas e intrados, finamente moldurados; baquetones apoyados en basas finas y rematadas en capitelitos de dos órdenes de hojas de col rizadas, y las dovelas prolongándose por encima de las molduras para formar un ancho abanico, característico de la arquitectura catalana; en la clave hay un escudo con las barras reales dentro de un lóbulo decorado con frondas; el resto de las fachadas es muy sobrio, de sillarejo bien trabajado, y coronada por una rica cornisa de piedra.

La distribución interior es sencillísima: franqueada la portada, hay un patio del que parten dos escaleras voladas: la de la izquierda, hoy arruinada, conducía a las habitaciones de la servidumbre, y la otra, muy importante y artística, a las regias estancias; presenta la disposición característica regional de estar al descubierto, disposición frecuente en Italia, probablemente de origen florentino, desde donde se importó a Cataluña. Al final de la escalera está la puerta de entrada a las habitaciones, que, como las de las salas de recepción, son hermosísimos ejemplares del arte cuatrocentista catalán, y recuerdan la factura de otras obras maestras de Barcelona: son de arco semicircular, con impostas, y decoradas con frondas deliciosamente esculpidas, montantes y arco de intradós finamente moldurados, baquetones de largos capiteles y pequeñas bases ochavadas, y la archivolta superior, decorada con hojas decoradas, remata, elevándose sobre la clave de una gran alcahafa o pella muy decorativa, sobre la que campea en un recuadro el timbre o yelmo real de justar, con su cimera de dragón naciente y el lambrequin cuadrado de Aragón.

La composición arquitectónica de las salas de recepción es verdadera, mente regia; está dividida la estancia en tres tramos, por medio de dos arcadas traveseras de piedra, que arrancan de ménsulas o modillones, figurando dos genios alados, y sostienen un escudo cuadrado, timbrado con la gran corona real, en cuyos cuarteles alternan las barras de la insignia del rey y el creciente, y la punta de escaques de la reina

Sitios Reales de España

María de Luna; lo cual hace suponer que la obra se hacía en tiempo del rey Martín, y antes de la muerte de la reina.

Los muros son lisos, perfectamente contruídos con sillares regulares de piedra cálida dorada al exterior por el sol y rematados por rica cornisa de arcadas flamígeras apoyadas sobre peanitas que representan calaveras, alternando con cabezas de damas y caballeros de un naturalismo tan sorprendente que parecen retratos; en el muro que da al lado del claustro se abren dos hermosas ventanas provistas de anchos asientos de piedra para asomarse cómodamente; ambas son rectangulares, trígeminados sus huecos por dos maineles y con calados en la parte superior completamente diferentes y de distintas manos sus esculturas. Una tiene un friso de calados circulares con cuadrículado interior, y encima una faja con seis ángeles músicos, afrontados dos a dos, con las alas y rostros, en cambio, son inexpresivos, de caras gordiflonas encuadradas por largos tirabuzones; las impostas y capiteles de los maineles se adornan con follaje, y las mensulillas de arranque de la pestaña son figurillas con lesanas perfectamente trazadas.

Los calados de la otra ventana forman pináculos y frontoncillos; también sus maineles e impostas llevan figurillas pero de rostros más naturalistas que los anteriores y de expresión justísima; si se duda, los mejores del monasterio y de lo más selecto de la época. Representan un genio guerrero con manto y borgoñota blandiendo un alfanje y abrazando un escudo, en el que se le ve una carátula, y a su lado otra figura semejante, también con manto y de espaldas; en los capiteles de los montantes se representa un genio cubierto de llamas, que parece apostrofar a un ángel alado que toca un violín; en el otro montante se representa una escena escabrosa, y todo ello envuelto en rizados follajes.

Entre las dos ventanas hay un ancho hogar o chimenea sencillísima, de piedra, formando un arco rebajado de poca altura, con su campana y enfrentando con ella en el muro opuesto del salón que da al patio de las escaleras, otra gran ventana de arco apuntado y de calados flamígeros de hermosa tracería, formando un hueco trígeminado por dos maineles; las figuras del arranque de las pestañas representan el busto de un fraile leyendo y el de un anciano barbado, que parecen verdaderos retratos por su enorme naturalismo.

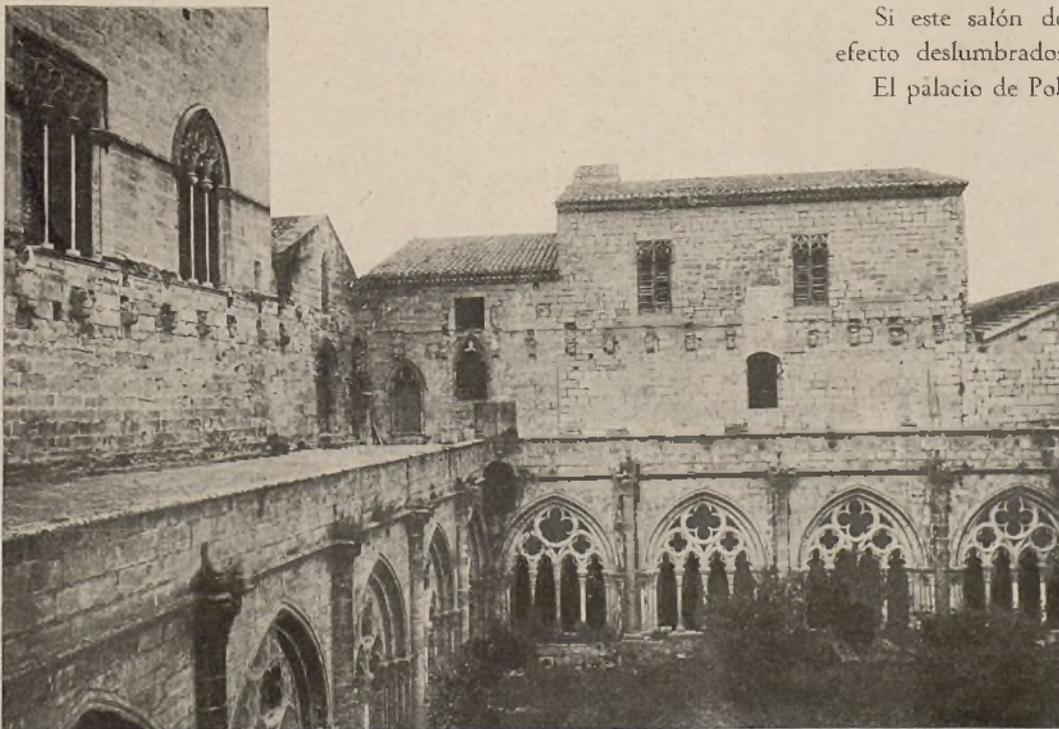
Al mismo patio se abre otra ventana de la antecámara real, de forma rectangular, con calados y dibujos muy semejantes a los de una de las ya descritas en la sala mayor.

Si este salón de recepción se hubiera terminado, produciría un efecto deslumbrador; pero, desgraciadamente, no llegó a concluirse.

El palacio de Poblet que acabamos de describir, reducido a pequeña superficie y englobado en el enorme monasterio, es, sin embargo, uno de los monumentos más importantes del arte palaciano español como monumentalidad, como muestra del estilo regional específico de Cataluña y como expresión de las costumbres cortesanas del siglo XIV.

(Texto y fotografías facilitados

por el Patronato Nacional del Turismo.)



MONASTERIO DE POBLET.—CLAUSTRO EXTERIOR.

JANSEN

DÉCORATION
ANTIQUITÉS

PARIS:
6 et 9, RUE ROYALE

Exposición de Barcelona 1929

GRAN PREMIO

UN HOMBRE RECUERDA SU PASADO

Novela por M. Constantin-Weyer

Obra que obtuvo el Premio Goncourt 1928

Traducida al español por A. P. - Copyright Agence Littéraire Internationale, 4 et 6, Place du Panthéon. Paris - Derechos adquiridos para España y la América latina por la «Editorial Precioso».

Ilustraciones de Perals.



(Continuación)



XPIRÓ a la misma hora en que, hacia el Este, después de haberse apagado una a una las estrellas, el terciopelo oscuro del cielo se apartaba para dejar ver en el infinito una ventana de un verde lechoso... La nieve era todavía azul, y el bosque, de un bistro profundo. Detrás de la ventana verde, unas luces oro y esmeralda resbalaban muy despacio.

El día no puso término, como de costumbre, a los intolerables conciliábulos de los lobos. Los oía en la espesura, en la pradera, en una honda donada, sobre una colina, aullar con estridencia, largamente, su invitación.

Sentado al lado del cadáver, cuyos ojos acababa de cerrar con mi pulgar tembloroso, necesitaba desligarme de él, evadirme del sueño de ayer hacia la realidad de hoy. Era evidente que mientras los lobos pudieran sentir su olor, por muy débil que fuese con aquel frío—imperceptible para los pobres sentidos humanos—, me seguirían, amotinados, en trailla. Pudiera ser que me atacaran. Pudiera ser que atacaran a mis perros. Y la muerte de mis perros habría disminuído singularmente el valor de mi propia piel. Conté mis cartuchos. Conté los que heredaba de Pablo. Tenía todavía muchos. Pero ¿había medio de tirar veinte, veinticinco o treinta balas a la vez para fulminar a toda una bandada de lobos arremetiéndolos furiosamente? No, todo aquello no era nada... ¡Pobre Pablo!... ¿Y cómo se lo diría yo a Magd?... ¡No! Era en los lobos en los que había que pensar en aquel momento. Entonces se me ocurrió la idea de envolver al muerto en una de sus mantas. Le haría un ataúd de hielo... Era suficiente para ello fundir mucha nieve... Sorprende que dé tan poca agua un puchero de nieve... Sí; pero, a medida que la nieve se funde, se echa otra en el agua ya tibia. Fué una ocupación que casi me distrajo de mis pensamientos fúnebres... Apenas tenía una marmita de agua, regaba con ella el cadáver. Cuando juzgué que el espesor era suficiente para engañar el olfato de los lobos, ya era de noche. Y, no obstante, mientras construía un rústico trineo de abedul, no dejaron de aullar durante toda aquella noche. Pero había en sus aullidos una incertidumbre que me chocó... Durante veinticuatro horas reflexioné bastante acerca del hablar de los lobos, y ya empezaba a comprenderlos.

Esperé que fuese de día para salir del bosquecillo donde hallé asilo. A mi derecha, hacia el Oeste, había un bosque, del cual me aparté deliberadamente. No obstante, sabía que alargaba mi camino. Y sabía también el peligro que corría al aventurarme en aquella inmensa llanura helada y desierta. Pero el cadáver pesaba con su última voluntad sobre la mía. El mismo peligro de la muerte no me apartaba de ceder a aquella cosa ya sin nombre, que codiciaban ávidamente los lobos.

Me uní al cadáver, y, dóciles afortunadamente, los dos equipos de perros me siguieron arrastrando filosóficamente su carga. La correa de tiro me cortaba diagonalmente el pecho, quitándome cerca de la cuarta parte de mi aliento. Así como pesaba el cadáver sobre mi voluntad, así pesaba también sobre mis hombros, sobre mi pecho, sobre mis riñones, sobre mis pantorrillas. Era mi tirano, como yo era el tirano de los perros.

Los lobos me dieron escolta a distancia. Si se hubiesen acercado, no habría podido resistir la tentación de hacer polvo a uno de ellos, de un

balazo bien apuntado. «Pudiera ser que eso calmara a los demás.» Pero, sin duda por no estar seguros de que hubiese allí una carroña buena de comer, conservaron prudentemente la distancia. Los veía entrecruzarse, con su andar ligero, doblando los riñones, parándose en un otero, sentándose como los perros. Me imaginaba ver su cabeza de perfil, con las orejas tiesas. Después se deslizaban detrás del banco de nieve, desapareciendo a mis ojos, reapareciendo media milla más lejos. Si uno de ellos, imprudentemente, se sentaba a sesenta pasos y yo tomaba una de las dos carabinas que había colocado sobre el muerto, en el momento en que iba a tirar se convertía en un punto móvil sobre el cual tenía yo buen cuidado de no malgastar un cartucho.

...

De este modo anduve errante... Durante el día, al acecho... Casi privado del sueño por la noche... Pegado a mí, el cadáver se bebía mi vida. Me sentía, me veía adelgazar. Que mi peso disminuía, no era, ¡ay!, sino mucha verdad. Las raquetas se hundían menos profundamente en la nieve. Así, encontraban menos huella los trineos. Lo peor es que las patas de mis perros empezaron a resquebrajarse. Me fué preciso, durante la noche, cuando acampábamos, apartar, de mi propia ración de *pemmican*, un poco de grasa. La reblandecía apretándola entre las palmas de mis manos, ante un fuego miserable que me dejaba helado por detrás sin llegar a calentarme por delante. Aprendí a tiritar, pero no lo bastante de prisa para entrar un poco en calor. Con la grasa convertida en ungüento, curé las patas de los perros gruñones que intentaban morderme antes de ponerse en corro, para lamer la grasa, primero, y después, la parte dolorida... Había dispersado a los lobos, pero me aparté del bosque. Era necesario atisbar la más pequeña huella de vegetación, escarbar en la nieve, para descubrir un arbolillo enano que me proporcionase combustible suficiente para mi té. La reserva de carne disminuía de un modo alarmante. Racioné mi *pemmican*, aunque necesitaba el alimento de dos hombres normales. El menor esfuerzo me ponía sudoroso, traía a mis labios la angustia, corría ante mis ojos un velo móvil... Y al acertarse mi paso, antes tan largo, comprendí mi fatiga y vi que vivía con rapidez extraordinaria de los tejidos de mi cuerpo... Percibí mi presión nerviosa por los escalofríos que producía en mí el menor ruido, y que repercutían sobre todo mi cuerpo en ondas frías y dolorosas, hasta el momento en que erizaban sobre la columna vertebral un pelo puramente imaginario (pero que perteneció a antepasados muy lejanos, de la edad de las cavernas) y, acariciando mi nunca a contrapelo, iban a cargar los cabellos de una electricidad mortífera. Durante aquellos días estuve tentado, para salvar mi vida, de abandonar el cadáver. El no quería—o, al menos, me lo parecía—, y cada mañana me lo recordaba con insistencia... Llegué a aborrecer a un amo tan exigente, que deseaba mi muerte para que le hiciese compañía... Lo injuriaba groseramente, con tanta violencia, que mis perros se arrastraban atemorizados... Estuve a punto de golpearle, y me contuve a duras penas para no llenar de puntapiés sus costados de hielo.

...

Vinieron días en que ya no hubo nada que comer. Registré los paquetes del muerto, y herví unos mocassines viejos que encontré en ellos. Tan inmundada sopa me dió ánimos para recorrer veinte millas más.

Los perros se midieron con los ojos. Si mi látigo no hubiera vigilado, se hubieran arrojado unos sobre otros para devorarse. Traidor y cazurro.

el segundo perro mordió al conductor en la corva. Sin duda, esperaba que yo permitiera que remataran al herido para comérselo. Intervine, látigo en mano, y desenganché al herido para darle la última probabilidad de luchar contra la muerte. Era un perro experimentado que había hecho conmigo tres expediciones, y yo sabía que si existía alguna forma de salir adelante, daría con ella.

Anduvo, furioso, con los ojos ensangrentados, erizado el pelo, alado del tiro. Pero la carga era muy pesada para los demás.

Debí decidirme a abandonar la mitad de las pieles. Las pertenecientes al muerto, naturalmente. Pero el muerto me mandaba de un modo imperativo que las llevara hasta el fin para Magd, y yo no estaba dispuesto a desprenderme de la mía. Así, pues, los siete perros esqueléticos tuvieron que sufrir como yo mismo sufría.

Dormirme en semejantes condiciones hubiera sido condenarme a muerte. Era probable que me devorasen mis perros... ¿Qué hacer?... Había que caminar, caminar, caminar. Caminar hasta que encontrase algo que matar... «Cuando me caiga, mataré un perro... ¡Antes, no!»

Seguí con el odio y la desesperación en el alma. ¡Un hambre agudísima abrasaba mis entrañas... Mi estómago se endurecía como si fuese de cuero reseca... Una niebla perpetua, esfumaba el día y la noche ante mis ojos.

Había caminado más de sesenta horas..., pero no llevaba recorridas ni quince millas. Estaba cansado de mirar al frente, a la derecha, a la izquierda, en busca de alguna provisión posible... Mis perros, extenuados antes que yo, se acostaron. Entonces, abandonando el cadáver, me fui hacia un banco de nieve, coronado de un polvillo ligero, que yo percibía a unos centenares de pasos poco más o menos. Me costó cerca de una hora para llegar.

Se dominaba la llanura a distancia de algunos pies solamente; pero lo bastante para que, antes de llegar a la cima, viese, a tres millas apenas, lo que podía ser la salvación: el bosque. «Ahí—pensé—encontraré algo de caza, seguramente.» Considerando por adelantado asegurada la salvación, decidí concederme el lujo de cinco minutos de descanso. «Pero cinco minutos nada más.» En esto no transigiría. Cuando me regocijaba quitándome las raquetas, para tenderme de manera que la cúspide del banco de nieve me protegiese contra el viento, sentí el deseo de levantar otra vez la cabeza, y vi, a unos veinte pasos, a un lobo que pasaba tranquilamente y no había advertido mi presencia. En tiempo normal, no lo hubiese fallado. No tenía prisa, pero era necesario—¿verdad?—disponer de todas las probabilidades a mi favor. Mojándome ligeramente los labios con la punta de la lengua, silbé quedamente, para imitar el llamamiento de un roedor, y, como supuse, el lobo se paró para saber de dónde venía el ruido y si descubriría algo comestible. Hice un esfuerzo prodigioso para no temblar, y disparé. El retroceso me golpeó la cara violentamente. «¡Señor, qué débil estoy!—pensé—. He debido de errar el tiro.» Al pronto no me atreví a mirar, porque estaba seguro de no alcanzarle, si me veía obligado a correr tras él. Luego, otro esfuerzo de la voluntad me dió ánimos para levantar la cabeza, y vi que había apuntado bien. Me calcé rápidamente las raquetas, ya desaparecido todo mi cansancio. Fué como si la vida del lobo se hubiese transfigurado en la mía... El animal estaba muerto, bien muerto... Bebí la sangre que fluía de su cuerpo, mezclada

Un hombre recuerda su pasado

con pelos y fragmentos de hueso, en el sitio de la nuca, por donde había salido la bala. Después comí nieve empapada en sangre. En seguida le destripé y mordí en el mismo hígado, caliente. Olfía mucho, y en cualquier otro momento me hubiera parecido que el tufillo de aquel animal era intolerable. Pero entonces me parecía delicioso.

Era menester llevárselo a mis perros, y darles a ellos también las fuerzas que el muerto nos legaba. Fué una cosa pesada. A un hombre cuyas nueve décimas partes han sido vencidas por el frío, el hambre, la

fatiga y el insomnio le cuesta mucho trabajo echarse a la espalda un lobo, por flaco que sea. Mi voluntad lo consiguió, sólo ella.

Mis perros y yo éramos, después de alimentarnos, otros seres, capaces de franquear en menos de dos horas la distancia que nos separaba del bosque. Y allí empecé por hacer un poco de fuego con leña seca y por prepararme algo de té. Y, cuando lo hube bebido, la fortuna me favoreció una vez más, pues oí, no muy lejos, hacia el Oeste, el ruido de un oríñal que atravesaba el bosque. Se detuvo para comer, y luego comenzó otra vez el ruido de ramas holladas. Conseguí matarle; volví a buscar a los perros y al cadáver, y acampamos todos juntos, alrededor del animal muerto, cada uno de los perros atado separadamente a un árbol, ante un montón de vituallas suficiente, y yo, asando y comiendo carne hasta la hora en que me deslicé envuelto en mis pieles, en un abrigo confortablemente abierto en la nieve, con una buena astillita que se quemaba lentamente, y bajo la cual, cada vez que despertaba de mi ligero sueño salvaje, removía la hoguera con una rama seca para avivar la lumbre.

Pasándome la mano por mi cara huesosa y barbuda, medía yo la pérdida de mi propia sustancia. Aunque el oríñal muerto me procuró carne en abundancia, como

medida de precaución fui a cazar también al día siguiente, y maté otro animal, del cual recogí los pedazos mejores. Luego llevé a los perros para que comieran.

Tranquilizado ya acerca del porvenir inmediato, decidí quedarme varios días en aquel sitio, y no continuar el camino mientras no recuperase fuerzas.

El muerto continuó imponiéndome su voluntad. Pero ya de un modo más atractivo. «Seremos cuñados» me dijo. Y me hechó a Hannah en los brazos. Esto estaba de acuerdo con el magnífico deseo que yo tenía de vivir. Ya cansado, casi desorientado por la pérdida de fuerzas, buscaba un apoyo externo. Necesitaba aumentar mi vigor con otro que





se me uniera. Rubia, con los cabellos recogidos en rodete, el lazo de faya negro colocado sobre la nuca, Hannah acudió a cogerme de la mano. Me traía su amor; traía también algunos gérmenes de odio. Amarla a ella era poco; era preciso, además, aborrecer a aquel Archer, que se me aparecía, con sus cabellos de fuego, sentado junto a ella, en la barrera. Yo adivinaba todo lo que sus ojos podían haberme dicho, sin que su boca hablara. Me ayudaba a asar las rebanadas de orinal; me ayudaba a disponer las pieles para la noche, y cuando me tendí para dormir, se tendió a mi lado, para descansar conmigo, con la cabeza sobre mi pecho. Yo le contaba cuentos, como se hace con los niños. Le enseñé a acariciar a los perros, sin que la mordiesen. Ella me obligó a cortarme la barba hirsuta, esmaltada de granos de hielo alrededor de los labios. Me abrochó el cuello de mi chaquetón de *mackinaw*, forrado de pieles de liebre. Por ella era por quien yo echaba astillas en la lumbre. Correspondía a mis cuidados y a mis pensamientos ayudándome a vencer en la ruda pelea contra la fatiga y el frío. No tenía más que pasarme la mano por las costillas y tocar los tejidos que se formaban para medir lo que ella me traía; cuánto le debía yo. ¡Y el muerto seguía vigilándonos!

Gracias a este apoyo inesperado, sin duda, pude emprender otra vez el camino. ¿Había que ir hacia el Suroeste? ¿Hacia el Oeste? El terreno parecía subir hacia el Oeste; pero, de todos modos, estaba en la cuenca de la bahía de Hudson. ¿Cuánto me había desviado hacia el Este? Me hallaba en un país completamente desconocido para mí. Caminando en derechura hacia el Sur, encontraría en algún sitio seres humanos, pero tenía empeño en entrar por Edmonton. Conocía el mercado de pieles, y sabía cómo podría vender mi cargamento y mis perros en las mejores condiciones.

Me pareció muy natural que el viaje me resultara menos largo y menos penoso. Con el borde de los ojos bien sombreado de carbón (no quería volverme ciego otra vez), disfrutaba tranquilamente de las fantásticas piruetas de la luz en los cristales de hielo suspendidos a una altura infinita en la atmósfera, o sobre los hexaedros microscópicos de la nieve. Las aristas transparentes de estos prismas innumerables jugaban a descomponer la luz, a polarizarla, a refractarla. De todo esto conocía yo, poco más o menos, el mecanismo. Pero la ciencia me parecía pasada de moda. Me despojaba de ella como de un vestido ridículo. Me figuré de pronto que aquéllo era un baile de hadas organizado para distraerme... ¡Digo, para distraernos! Era el regalo magnífico que el sol y el invierno nos ofrecían unidos, y, naturalmente, ridículamente, me pareció normal que nunca se hubiese metido la Naturaleza en tales gastos, por mi causa. Era un presente repujado de plata, engarzado de aguamarinas, de topacios, de esmeraldas, de zafiros, de rubíes, de berilos, de amatistas. ¡Y

cuánto nácar y cuánta perla!... Nunca reunió el Oriente de *Las mil y una noches* tantos tesoros como los que puede gastar, dilapidar, en algunos minutos, el magnífico Noroeste. Su Majestad el Invierno y Su Alteza el Verano firmaban en mi acta de casamiento...

La sangre de un hombre fuerte y joven circulaba entonces rápidamente por mis venas. Las tres o cuatro libras de carne que me comía diariamente, mascando algunas hojas de té para preservarme del escorbuto, me devolvían una actividad que se manifestaba hasta en mi cerebro. Así como la fuerza aflúa a mis piernas, a mis hombros, a mis brazos, la ilusión aflúa también a mi cabeza.

¿Arrastraba yo al muerto, o me empujaba él? Tan pesado antes, me parecía ligero, casi inmaterial. Todo sucedía como si, por haberle yo obedecido, me procurase un regreso fácil.

Al mismo tiempo se abolía, en lo concerniente a mí, por lo menos, el sentimiento de la Muerte. No lo tuve nunca muy intenso. Me parecía natural que otros sembrasen en las pistas del desierto la manchita blanca e incoherente de su esqueleto. ¡Yo no! Yo estaba—o al menos así lo creía—destinado a triunfar, y el triunfo supremo es sobrevivir. Como un dios, me llenaba del sentimiento de la Inmortalidad. Aunque arrastraba tras de mí un cadáver, las palabras Muerte, Decrepitud, Vejez me parecían huecas de sentido profundo. Pasaban sobre mi cabeza tan distantes, tan inalcanzables como los planetas. Bastaba que sintiese esta vida que me llenaba por entero, para asegurarme que había traído conmigo, a este mundo, algo nuevo. Una redención esperada desde hacía mucho tiempo por la Humanidad miserable: la Victoria contra el Aniquilamiento corporal... Por eso había muerto Pablo. ¡Yo no!

Luego, después de haber matado otro animal y haberme festejado todo un día con mis perros al lado de su carroña, evolucionaron mis ideas un poco más todavía.

Me pareció que Pablo, aquella cosa lamentable que yo llevaba arrastrando, era, por su misma esencia, un vencido. Vencido, no solamente por la Muerte, sino también por el Amor. Había muerto y no se casaría con Magd. Así, los dos grandes fines se le escapaban a un tiempo. Era difícil saber cuál era consecuencia del otro. ¿Se murió porque había hecho un esfuerzo superior a sus pobres fuerzas para asegurarse la posesión de la mujer amada? ¿Perdió a esta mujer por haberse muerto? Yo gané la partida contra la Muerte, y ganaría también la partida contra la Mujer. Me casaría con Hannah. En cambio, Pablo, vencido, descansaría en el olvido.

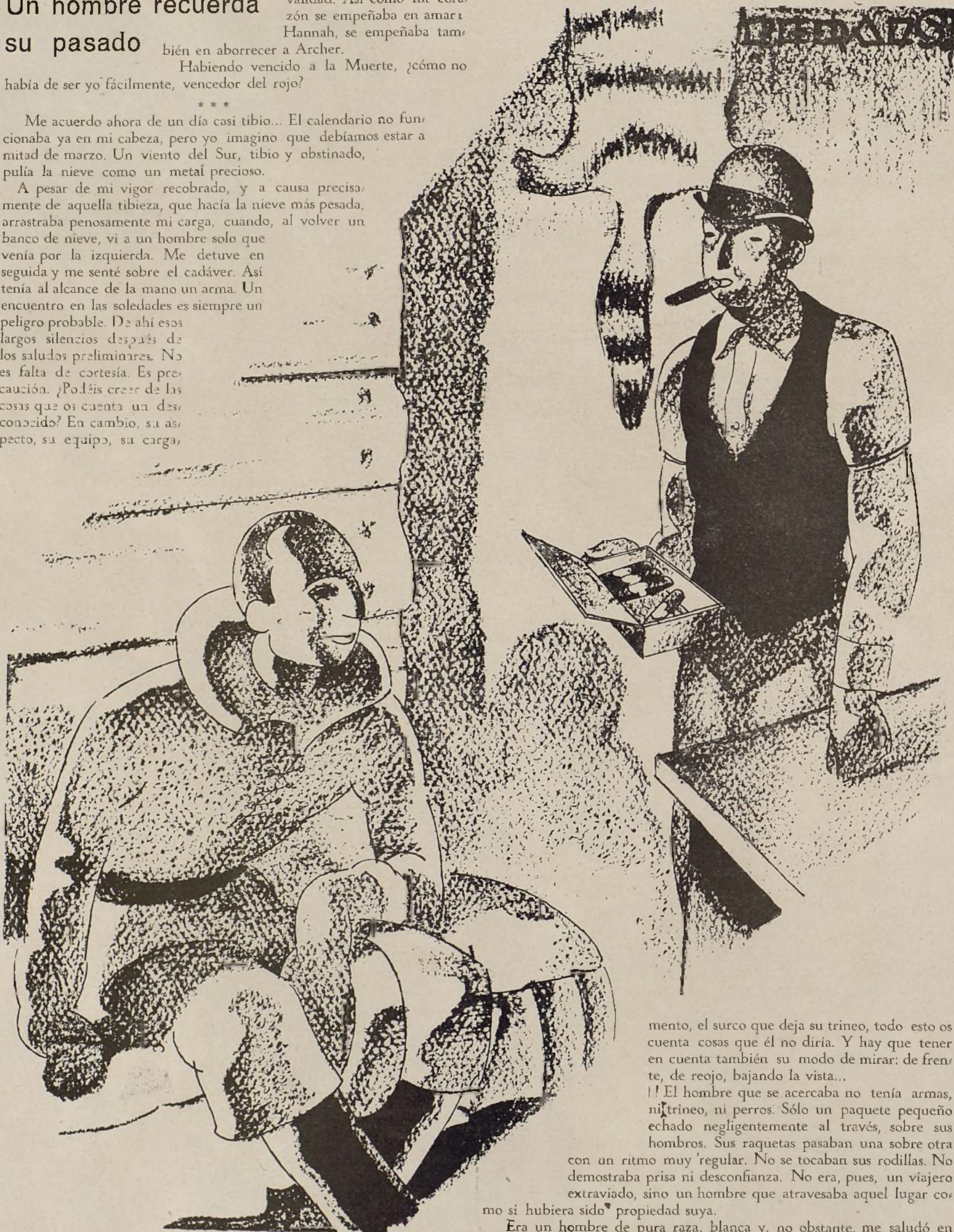
Esta exuberancia de vida se manifestaba, además, en mí por otra ri-

Un hombre recuerda su pasado

validad. Así como mi corazón se empeñaba en amar a Hannah, se empeñaba también en aborrecer a Archer. Habiendo vencido a la Muerte, ¿cómo no había de ser yo fácilmente, vencedor del rojo?

Me acuerdo ahora de un día casi tibio... El calendario no funcionaba ya en mi cabeza, pero yo imagino que debíamos estar a mitad de marzo. Un viento del Sur, tibio y obstinado, pulía la nieve como un metal precioso.

A pesar de mi vigor recobrado, y a causa precisamente de aquella tibieza, que hacía la nieve más pesada, arrastraba penosamente mi carga, cuando, al volver un banco de nieve, vi a un hombre solo que venía por la izquierda. Me detuve en seguida y me senté sobre el cadáver. Así tenía al alcance de la mano un arma. Un encuentro en las soledades es siempre un peligro probable. De ahí esos largos silencios después de los saludos preliminares. No es falta de cortesía. Es precaución. ¿Podéis creer de las cosas que os cuenta un desconocido? En cambio, su aspecto, su equipo, su carga,



(Continuará en el próximo número)

mento, el surco que deja su trineo, todo esto os cuenta cosas que él no diría. Y hay que tener en cuenta también su modo de mirar: de frente, de reojo, bajando la vista... ¡! El hombre que se acercaba no tenía armas, ni trineo, ni perros. Sólo un paquete pequeño echado negligentemente al través, sobre sus hombros. Sus raquetas pasaban una sobre otra con un ritmo muy regular. No se tocaban sus rodillas. No demostraba prisa ni desconfianza. No era, pues, un viajero extraviado, sino un hombre que atravesaba aquel lugar como si hubiera sido propiedad suya.

Era un hombre de pura raza, blanca y, no obstante, me saludó en lengua cree. Le respondí lo mismo, y en seguida se sentó a mi lado. Después, sacando de un bolsillo de su pelliza un paquete de tabaco y un

el palacio de la felicidad

(CUENTO INFANTIL)

POR

José María Díaz López

ILUSTRACIONES

DE

S E R N Y



CUANDO Alberto sintió la blanda caricia del lecho gratamente oloroso y blanco por la limpieza acogedora del hogar, hizo sus oraciones fervorosamente, impregnando su espíritu de esa bendita paz que produce el placer de sentirse bueno ante los ojos propicios de Dios. Después evocó con el recuerdo las fabulosas narraciones que habían sido objeto de sus lecturas durante aquella jornada, y repasó en su mente la descripción de aquel "Palacio de la Felicidad", donde se gozaba el espectáculo de las más bellas imaginaciones. Ingentes columnas, rematadas por los más caprichosos capiteles, labrados en la rutilante amarillez del oro. Techos y muros enjorados con la más variada pedrería, y en los que resaltaban hermosos cuadros, pintados con tan brillante colorido, que tejía en la armónica fusión de su gama el ensueño de un arte supremo. Multitud de tapices, dando fondo a las líneas suaves de graciosas esculturas fundidas en los más preciosos metales. Fragantes flores, invadiendo con su color y el penetrante perfume de su esencia, la refulgente



atmósfera. Toda una fantasía forjada con soberbios arcos, esbeltas columnas, lujosas galerías de cristal traspasadas de luz, escalinatas festoneadas de yedra, jardines de plantas olorosas y los rumores musicales del agua al romper el iris de los surtidores en la esmeralda de los estanques, en cuya superficie entretejían sus giros los rojos peces. En este palacio se encontraban todos los placeres y riquezas que pueden apeteecer los sentidos y todos los jue-

gos y diversiones capaces de colmar el espíritu inquieto de un niño.

Esta visión de todos los goces sin trabas fué cerrando los ojos del pequeño Alberto, hasta que un sueño azul de niño bueno venció al cansancio de su cuerpo sano y vigoroso. Y como en la preciosa edad de la niñez dormir es alentar las bellas esperanzas con la dulce realidad de un sueño, Alberto siguió soñando dormido, que era tanto para él como vivir despierto. Y soñó que aquel palacio se alzaba en una cumbre de quimera, muy lejos de la tierra que pisamos los hombres, y que para llegar a él, alcanzando aquella altura, había que cumplir las condiciones que proclamaba un pájaro

seccion recreativa

Aqui tenéis el automóvil de Totó
Recortadlo y pegadlo conveniente-
mente y os servirá de muy agradable
entretenimiento.



muñecos de tijera



perdido entre los árboles umbrosos en la solemne calma de un gran bosque. El extraño pajarillo advertía al caminante que cruzaba la selva con esta canción, dicha con clara voz humana:

"Feliz será quien alcance las puertas de aquel palacio donde vivir es un sueño de prodigiosos encantos. Mas, para llegar a él, no ha de detener su paso ni la sed, ni la fatiga, ni la sombra, ni el regato, que es condición la dureza para lograr goce tanto."

Invitado por un ardiente deseo de conseguir tanta felicidad, el protagonista de este sueño contado, o más bien de este cuento soñado, comenzó a subir en dirección al palacio que coronaba aquella altura tan poco accesible. Su voluntad le disponía el ánimo a huir de cualquier desaliento y a vencer cuantas dificultades le presentasen la fatiga o el hastío.

Anduvo mucho, tanto que había perdido la noción del tiempo empleado y del espacio recorrido. Cuando el hambre, la fatiga y la sed comenzaron a clavar en su cuerpo su penetrante garra con insistente fuerza, el intrépido caminante extendió ansiosamente la mirada a los lados del camino, echando de ver cuánta abundancia tentaba su acuciadora necesidad. Pendiendo entre el espeso follaje de los diversos árboles, como en una increíble fusión de los climas más opuestos, mostrábase, sazonados y encendidos, frutos de distintos colores y formas. El firme propósito de conquistar la dicha hizo cerrar los ojos al hambriento viajero y seguir andando con la desazón irresistible que provocaba en él la continencia.

Más tarde fué el atrayente espectáculo de un pinar cruzado de sombras profusas, que paliaban el ardor del sol bajo el dosel del verdor, mientras sonaba el vago zumbido del silencio, adormeciendo con su hálito perfumado de beatífica soledad.

¡Qué grato lugar para reparar dulcemente su forzada vigilia! Pero el constante caminar le llevaría al premio deseado.

Siguió andando, jadeante, extenuado, y de nuevo sintió la necesidad de fortalecer su ánimo para luchar contra la ocasión que por tercera vez se le ofrecía. Desde unos altos peñascales vertía un manadero su claro chorro de límpido cristal que, cayendo sobre los limpios guijos de un hondo cauce, con alborotado clamor de espumas, se remansaba después y ofrecía, con reflejos de sol y sombras verdinegras, el encaje de plata del agua purísima.

El palacio de la felicidad

Alberto no pudo resistir esta tercera llamada a sus deseos, y, arrojándose, puso sus labios sobre el tembloroso líquido, bebiendo hasta saciar su irresistible sed. Al instante, el pajarillo que cantó en la selva las condiciones requeridas para llegar al palacio, apareció sobre una rama próxima, y dijo así: "Quien sacia los apetitos inmediatos pierde la satisfacción lejana de otros mayores". El niño reconoció cuán instintivamente había obrado, y ya se disponía a preguntar al pajarillo cómo podría enmendar su falta, cuando llegó hasta donde ellos se hallaban una oveja blanquísima de hermosos vellones rizados, adornada, según el modo convencional de ciertas églogas, con un rico collar del que pendía una esquila de oro. El hermoso animal habló de esta manera al pájaro: "La posesión de tus alas te hace

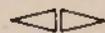
creer que la felicidad se halla siempre lejos, más allá de los espacios remotos. No comprendes que los humildes la encontramos muy próxima en el goce de nuestra insignificante pequeñez." E indicando al niño que la siguiera, le condujo hasta un sombrero, donde unos pastores seesteaban tranquilos y dichosos en la contemplación de sus pingües rebaños. Allí, una pastorcilla hermosa, engalanada con la belleza de su gracioso candor y una dulce inocencia, mostró al huésped la dicha de la vida sencilla, plena de goces inefables. Alberto aprendió a contemplar la obra magna de Dios en los múltiples encantos de la Naturaleza, gustó el dulce zumo de los racimos de ámbar, percibió el aroma que exhalan las florecillas silvestres y halagó sus sentimientos más íntimos tañendo las sonoras cañas de la rústica flauta, cuyo son expresaba el puro amor que encendió en su espíritu la blancura celestial de la zagala.

* * *



El niño despertó y, con la luz del nuevo día, se mostró ante sus ojos la evidencia de que la felicidad está en cada momento de nuestra vida, siempre que sepamos hacerla brotar clara y pura de nuestra conformidad, sin alejarla de nosotros con la ambición de lo imposible. Este es el verdadero "Palacio de la Felicidad", en el que entran cuantos conocen las puertas de la bondad y de la virtud, que dan acceso a esta morada en donde reina la satisfacción.

JOSÉ-MARÍA DÍAZ LOPEZ



14.º
CERTAMEN

Sección criptográfica

por "Framarcón"

FEBRERO-
MARZO

CHARLA CON DON EUGENIO MOLINA,
EL CONCURSANTE "ANÓNIMO" QUE EN REÑIDA COMPETICIÓN
CONQUISTÓ EL TÍTULO DE CAMPEÓN SOLUCIONISTA DE "COS-
MÓPOLIS" EN 1929.

—¿Don Eugenio Molina?
—Sí, señor; tenga la bondad de pasar, me dice una muy res-
table señora, conduciéndome a un severo despacho en donde me deja,
no sin antes haberme invitado a tomar asiento y requerido mi nom-
bre para anunciarme.

Ya solo, mi vista ha comenzado a vagar por la estancia y descu-
bierto allá en un rincón, y a través de las vidrieras de un soberbio
armario-librería, artísticamente desordenado, un cráneo humano que,
falto de los incisivos superiores, impone más que la muerte misma;
en el mismo mueble y por entre unos tomos voluminosos, adviértese
el esqueleto de un regular reptil; sobre la mesa de escritorio, tam-
bién en desorden, el símbolo del emblema criptográfico, un buho mar-
móreo sosteniendo con su encorvado pico un reloj esférico que marca
las tres y diecisiete; al lado, el número de COSMOPOLIS correspon-
diente al mes de diciembre; en otro rincón, una vitrina repleta de ma-
terial científico e infinidad de tubos, cajas y frascos de productos que,
si bien pueden proporcionar alivio a la humanidad doliente, pueden
también complicar un mal y hasta originar la muerte si no se aplican
con conocimiento de causa o por error.

El despacho de un médico así dispuesto es cosa seria, donde la
risa no se manifiesta, y si se manifiesta no se expande; en él, hasta
las más grandes alegrías, se demuestran con lágrimas.

Cuando más sumido me encuentro en estas divagaciones, hace
irrupción en la estancia un caballero:

—Usted perdone, Framarcón—me dice, tendiéndome su mano, que
estrecho con efusión—; cuantísimo lamento—continúa—haberle he-
cho esperar; el ejercicio de mi profesión no me deja un rato libre;
sentémonos, pues, y charlemos, que en ello tendré gran placer.

—Vengo a felicitarle—le digo—por el éxito rotundo e indiscutible
que ha tenido usted en el campeonato como solucionista; ha que-
dado usted proclamado campeón.

—¿Es posible?
—Le repito que ha sido usted el héroe de la jornada; su pliego
fue el único que resultó contener el total de soluciones exactas; así,
pues, el triunfo ha sido justo y merecido. Y, a propósito, ¿De cuándo
data su afición a la Criptografía?

—Desde que el gran criptógrafo D. Enrique Marin empezó estos
torneos, hace ya algunos años, en el periódico "Informaciones".

—La elección de maestro no pudo ser más acertada; yo también
aprendí de él por aquella época y en el mismo diario. "Informacio-
nes", y los aficionados a la Criptografía debemos al gran Enrique
Marin, el criptógrafo por excelencia, ratos de verdadero placer. ¿No
lo cree usted así, doctor?

—¿Y cómo no? Sus trabajos, para mí, al menos, fueron de verda-
dera enseñanza, pues aquellos que no podía solucionar los...

—Los tiraría al cesto de los papeles—le digo interrumpiéndole y
adelantándome a los acontecimientos.

—Nunca; los guardaba cuidadosamente, para luego, en su día, con
las soluciones a la vista, estudiar su manera de hacerlos e ir de este
modo adquiriendo la práctica necesaria.

—Ha acudido usted antes de ahora a alguno de estos certámenes?

—A ninguno en absoluto; este es el primero al que me he pre-
sentado, teniendo en cuenta su importancia e interés, por ser de cam-
peonato, y mi debut, aunque jamás pude sonar con este resultado, ya
ve que no ha podido ser más afortunado.

—¿Cómo se explica que siendo usted tan gran solucionista haya
dejado de acudir hasta ahora, a estos concursos?

—Por tres razones esenciales. La primera, el poco tiempo libre
que el estudio de mi carrera de Medicina me dejaba para poder de-
dicar algunos ratos a la solución de tanto pasatiempo; y después de
terminada mi carrera, seguirme faltando tiempo, ya que todo lo ab-
sorbe el ejercicio de mi profesión. La segunda, porque sin ayuda de
nadie que me pudiera aconsejar u orientar, no me aventuraba a
mandar pliegos con una o más faltas, sabiendo que a estos concursos
acuden verdaderos "ases" de la Criptografía sin el menor error;
era, por tanto, ir a sabiendas de quedar eliminado, al no tener segu-
ridad absoluta de que mis soluciones eran acertadas, aunque muchas
veces pude comprobar, al publicarse la correspondiente lista, que coin-
cidían con las mías, aun aquellas en que yo tenía dudas o no me
gustaba del todo su resolución. Y la tercera, por temor a las "penas",
tan admirables como invencibles.

—Luego, ¿usted no forma parte de ninguna "pena"?

—No, señor; y es más: creo firmemente que esa ayuda que se
prestan los componentes de ellas en los concursos ordinarios es equi-
voca cuando se trata de concursos como el hecho por usted en COS-
MOPOLIS, en el que se ventila el campeonato del año.

—¿Lo que quiere decir que usted es partidario del espíritu de in-
dependencia?

—Sí, amigo Framarcón; sucede en las "penas" que unos a otros
se comunican la solución del trabajo que han enviado, sin duda al-
guna con miras al premio que se concede al que resulte más difícil
de resolver; con lo cual ellos mismos se eliminan de tal recompensa
desde el momento que facilitan un crecido número de soluciones
"dadas por el propio autor o autores" a los compañeros de "pena",
dando con ello una gran facilidad a un pasatiempo aislado, que el
autor, al no comunicarlo a nadie, tiene ya muchas probabilidades de
resultar vencedor. A estos concursos-campeonatos deberíamos ir con
las soluciones que cada uno exclusivamente hubiéramos resuelto, y
de este modo, aun en las mismas "penas", podría existir algún día
un campeón indiscutible: esto sin perjuicio de que reanuden su ad-
mirable colaboración en los concursos no de campeonato, que son los
que antes he conceptuado de ordinarios.

—¿Qué concepto le merece la Criptografía?

—Admirable por todos los conceptos, pues desempeña una función

Núm. 432. PRETENDIENTES



Solución:

altamente educadora, pues está condensada admirablemente en el
lema que usted expone constantemente en la admirable COSMO-
POLIS; es decir, que es "el arte de instruir deleitando".

—¿Cuál de los trabajos publicados en el concurso-campeonato es,
a su juicio, el más original?

—El de la señorita Eguía, titulado "Idílico", y después el del se-
ñor Muruaga, titulado "El infeliz morirá de hambre".

—Y el más difícil, ¿considera usted que es el 381, de que es autor
el señor Gea? He de advertirle que este problema ha obtenido la
copa de pasatiempos, pues solamente lo solucionaron nueve concur-
santes.

—Desde el momento que usted me anuncia que el 381 ha sido el
que ofreció mayor dificultad, me pone usted en un compromiso, pues
ahora pueden tomar por presunción lo que está muy lejos de serlo;
de mi sólo puedo decirle que, aun siendo de construcción muy com-
plicada, no me ofreció gran dificultad su resolución; otros ha habido
que me han dado mucha más guerra, costándome un verdadero triunfo
dar con la solución.

—¿Lo que quiere decir que los hubo más difíciles?

—Sí, señor; el de la señorita Cañas, por ejemplo, titulado "Pron-
to me casaré", es, sin duda alguna, el más complicado de todos los
que componían el campeonato: tanto, que siempre creí fuese este
trabajo el que se llevase la copa de los difíciles.

—¿Su opinión acerca del certamen-campeonato?

—La mejor que puede formarse y, desde luego, encantado de su
resultado; más que por el premio en sí, por un triunfo que, sine-
ramente lo confieso, jamás pude sospechar alcanzase de este modo.
Ahora estaba bien seguro de que mi pliego de soluciones no tenía
pero, y por eso me decidí a mandarlo; pero bien lejos de mi ánimo
que fuese a resultar vencedor absoluto; conste que ésta ha sido la
mejor recompensa que haya podido obtener mi modesto trabajo.

El reloj esférico que sostiene en su uico el buho marmóreo marca
las cuatro y diez; una hora aproximadamente de amena charla.

Un fuerte estrechón de manos da por terminada nuestra entre-
vista; ya en la puerta, el doctor, que supo conquistar el máximo y
más preciado galardón de la Criptografía, me ruega transmita en su
nombre, y por mediación de COSMOPOLIS, un saludo sincero y la se-
guridad de su admiración a todos los solucionistas que con el com-
partieron.

FRAMARCON

ESTAFETA:

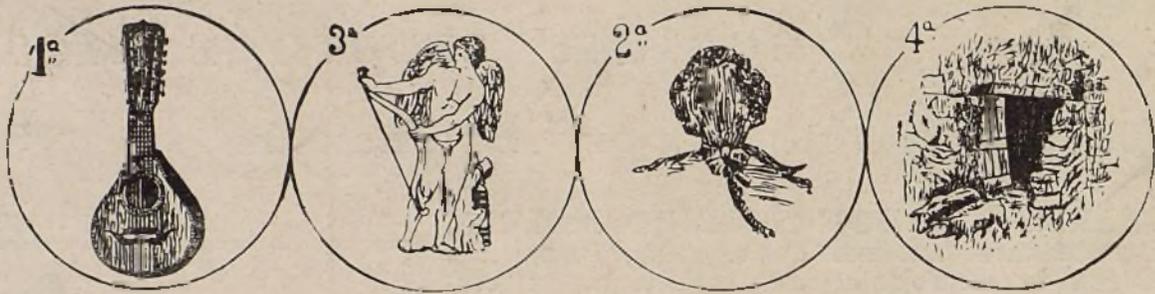
J. Gea Sacasa (Mahón).—Recibidas "foto" y respuestas
a mi cuestionario a propósito del certamen-campeonato;
éstas, muy interesantes. Una y otras aparecerán en
el número de marzo; agradecidísimo. Celebro obre
ya la copa en su poder; enhorabuena.

"Noticiero de Inca" (Mallorca).—Reconocidísimo
al simpático colega por su atención, deferencia y
elogios criptográficos hechos públicos en su nú-
mero de 18 de enero próximo pasado.

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRAFICO

Los no suscriptoras acompañarán a sus
pliegos dos de estos CUPONES,
pegados aisladamente por este
lado y en lugar de firma.

Núm. 433.
(Silábico framanconista.)
CORREA



Solución:

Núm. 434. LO ORIGINA EL TRAVIESO CUPIDO



BASES

Concurso febrero-marzo

A) Este, como anteriores certámenes, tendrá carácter bimestral y comprenderá los problemas insertos en el presente número, más aquellos que se publiquen en el de marzo próximo.

B) Envío de soluciones.—Se relacionarán en medio pliego de papel escrito por una sola cara en sentido no apaisado, cuidando de dejar a la izquierda un pequeño margen que permita su fácil encuadernación a ulteriores efectos y de archivo. Todo pliego vendrá acompañado de los indispensables cupones, pegados éstos totalmente para evitar su extravío al abrir la correspondencia.

Los suscriptores no acompañarán cupones, bastando hagan constar esta circunstancia y número de suscripción al pie de la firma. El plazo de admisión de pliegos expirará el 30 de marzo para los solucionistas de Madrid, el 2 del mismo mes para los de provincias y el 5 para los de Baleares, Canarias y Marruecos.

Estos pliegos se remitirán a nombre del director de la revista, consignando en letra grande la parte superior del sobre la indicación de PARA EL CERTAMEN CRIPTOGRAFICO.

C) Premios.—Como de costumbre, consistirán en preciosos y prácticos objetos de arte de la acreditada casa de esta Corte Plata Meneses, plaza de Canalejas, 4.

Primer premio: Estuche con seis hueveras, seis cucharillas, salero y bandeja, 104 pesetas.

Segundo premio: Bonito juego de licor compuesto de seis copitas y bandeja, 84 pesetas.

Tercer premio: Estuche con dos cucharas, dos tenedores, dos cuchillos y servilletero, 64 pesetas.

Cuarto premio: Bonito estuche con seis cucharillas para el café, 27 pesetas.

Quinto premio: Juego de entremeses, compuesto de ensaladera y dos tenedores, 21 pesetas.

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos resulten contener el total ó mayor cuantía de soluciones exactas, siéndolo por sorteo en caso de empate ó de igualdad de condiciones.

Los premios sexto, séptimo y octavo consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a nuestra revista, meses de junio a noviembre, ambos inclusive; serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, incluidos aquellos cuyos pliegos resultasen con faltas sin limitación de número; únicamente quedarán excentuados de esta suerte los señores favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

D) Resultado del certamen.—Este, la adjudicación de premios, suscripciones y las soluciones se harán públicas en el número de mayo.

E) Sorteo.—El de los cinco primeros premios, caso de haber lugar a su celebración, así como el de las suscripciones, será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 8 de abril, a las diecinueve horas.

F) La correspondencia relacionada con esta Sección se dirigirá a nombre de FRAMARCON, consignando en la parte superior del sobrecrito, en letra grande, URGENTE.

M. Botella. (Santa Cruz de Tenerife). El plazo marcado para envío de pliegos de esas islas es justo y equitativo, señor; yo también debo a usted gracias por su colaboración como solucionista.

E. de la Fe (Las Palmas).—Este veterano concursante saluda muy cordialmente a D. Eugenio Molina y a D. Juan Gea Sacasa, nuestros indiscutibles campeones de 1929.

María J. Alonso (El Plantío).—Señora o señorita: Su pliego no contenía más soluciones que al núm. 417 (palabras cruzadas) y a los 424 y 425. ¿Qué ocurre? No obstante, y con arreglo a las bases del concurso, ha entrado en sorteo para las suscripciones.

A MIS SOLUCIONISTAS.—Pongan ustedes mucha atención en el pasatiedo número 434 y no se asusten del AMOR: única manera de que no se les resista la solución.

Por falta de espacio no se publica el retrato del Sr. Molina.

(AFRICA)

CERTIFICADOS

SRA. DOÑA

IRELE

TEATRO VALENCIANO

Solución:

Núm. 435 (sobre).
NOMBRE, DOS
APELLIDOS Y
DESTINO

CONCURSANTE

Nombre: D.
Pueblo:
Provincia:
Calle:
Núm.: